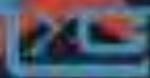
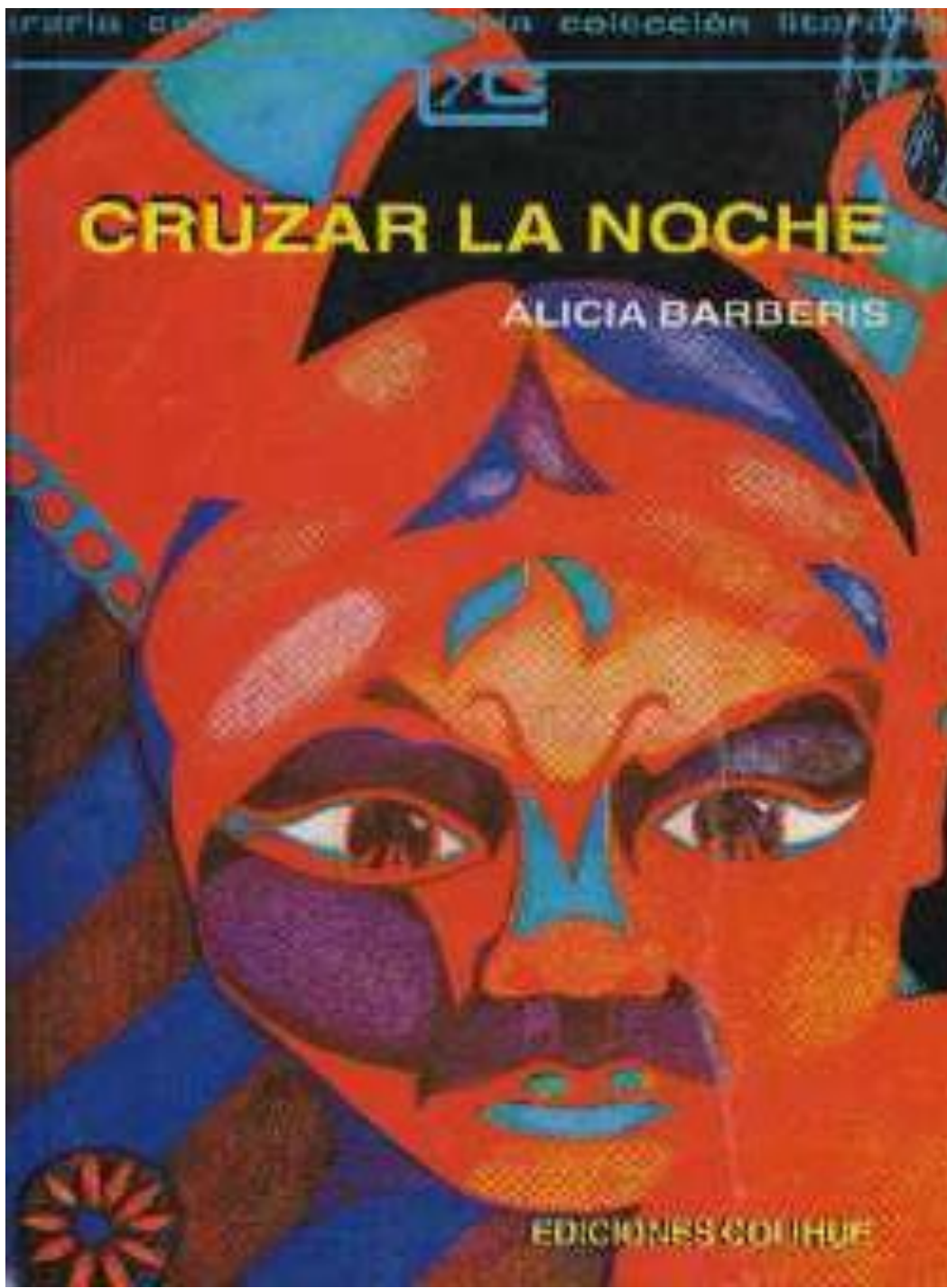


...na colección literaria



CRUZAR LA NOCHE

ALICIA BARBERIS



EDICIONES COLIHUE

CRUZAR LA NOCHE

A las Madres y Abuelas

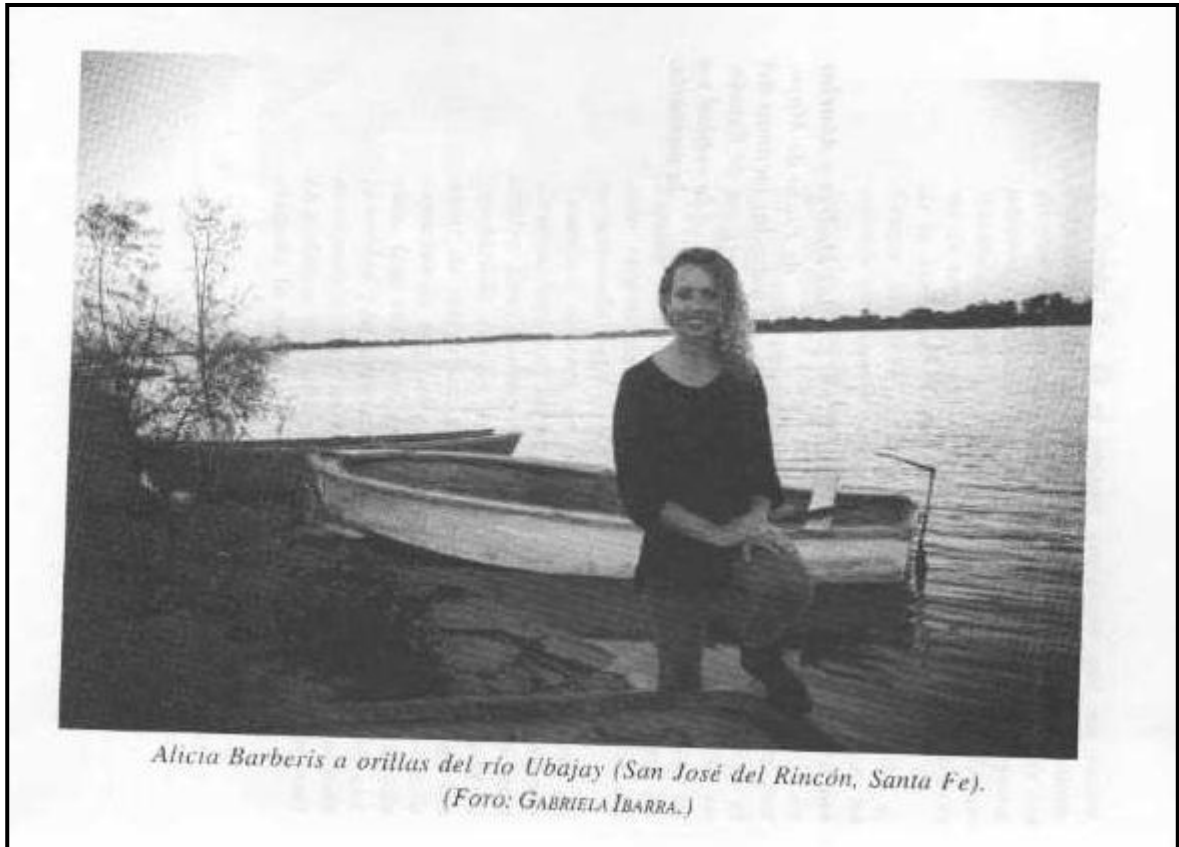
De Plaza de Mayo.

A todas las víctimas del

Terrorismo de Estado.

A la verdad y a

la memoria.



*Alicia Barberis a orillas del río Ubajay (San José del Rincón, Santa Fe).
(FOTO: GABRIELA IBARRA.)*

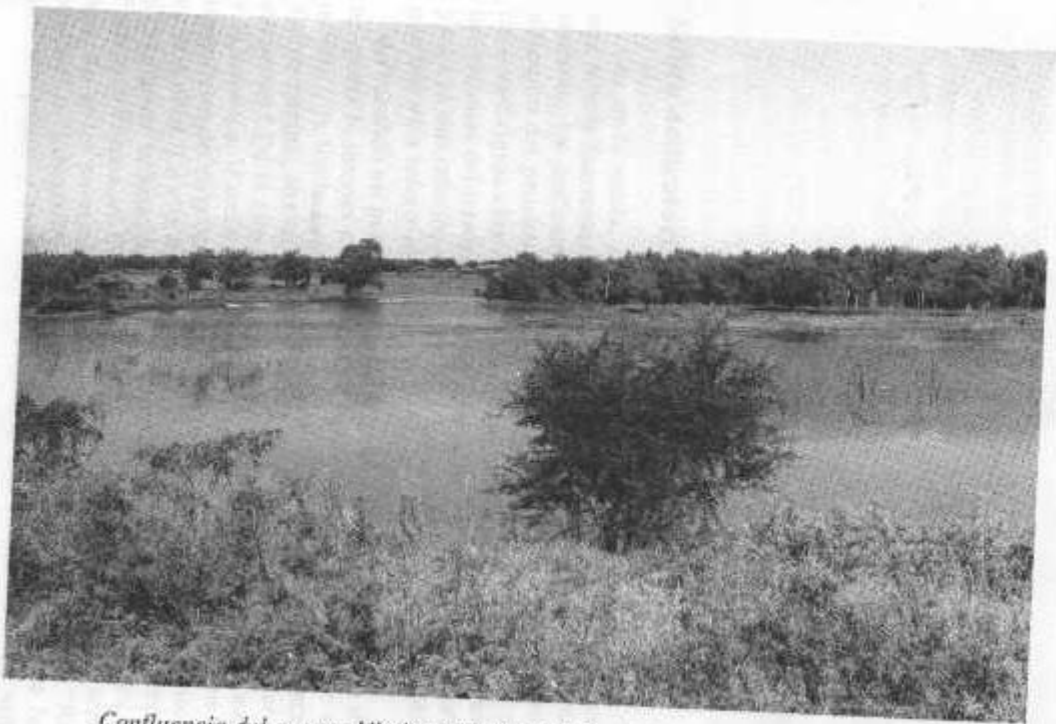
*Para vivir con un pedazo basta:
en un rincón de carne cabe un hombre.*

*Un dedo sólo,
Un trozo sólo de ala
Alza el vuelo total de
Todo un cuerpo.
Silencio.
Detened ese tren
Agonizante
Que nunca acaba de
Cruzar la noche...*

Miguel Hernández



San José del Rincón, Provincia de Santa Fe.



Confluencia del arroyo Ubajay con el río Colastiné. (FOTO: GABRIELA IBARRA.)

1

La mañana en que Mónica llegó con Mariana a la quinta, Pablo no tuvo ninguna premonición de que iba a conocer a la persona que modificaría para siempre su vida.

Él había salido en su ciclomotor, con el canasto colmado de plantines, que despedían el olor intenso de las flores de septiembre.

La arena reseca frenaba las ruedas y hacía casi imposible que pudiera mantener el equilibrio. Al llegar a la esquina de los pinos se encontró de frente con el automóvil.

La moto se le fue de las manos y su cabeza fue a estrellarse contra el tronco de uno de los árboles, mientras los colores de las plantas se mezclaban con la arena revuelta.

Cuando bajaron del coche, Pablo ya estaba sentado, frotándose la frente dolorida y mirando el canasto vacío.

— ¡Coño! ¿Te has lastimado? —le preguntó la mujer con un marcado acento español.

Pablo negó con la cabeza mientras las miraba desde el suelo. La que habló le recordaba a una hippie del festival de Woodstock, con su túnica de colores indefinidos, sus colgantes extravagantes y su oreja bordeada de aros diminutos, que quedaban al descubierto cada vez que ella acomodaba su largo cabello ondulado. La más chica parecía salida de una foto publicitaria: zapatos inadecuados para las calles de arena, piernas largas y elegantes que asomaban debajo de una falda diminuta y un rostro hermoso en el que resaltaban sus ojos, enormes y grises, que parecían mirarlo con desaprobación. Él hizo un gesto de bronca y se levantó de un salto.

Se miró y sintió cómo subía la sangre a su cara. Bajó la vista y comenzó a sacudirse —avergonzado— la arena que se le había pegado al cuerpo, a la ropa, a los cabellos. Se sentía torpe y sucio, ante la sonrisa burlona de la chica.

Mónica se puso a juntar los plantines y los fue metiendo en una caja que sacó del auto. Cuando terminó le dio unos billetes y le dijo:

—Espero que alcance.

Entonces se oyó por primera vez la voz de Mariana, que habló con un tono deliberadamente despectivo:

— ¿Por qué se los vas a pagar si no tenés la culpa? Si él estaba mirando la luna, lo lamento, ¿qué querés?

Mónica continuó como si no la hubiese oído:

—Nosotras venimos a vivir a la quinta que está acá a la vuelta, "Palma sola", la que tiene rejas verdes. Si llegaras a pasar por ahí y tienes más flores, te vamos a comprar. Seguro que tú estás bien, ¿no?

Pablo afirmó con su cabeza porque la voz, si le salía, delataría lo ridículo que se sentía en ese momento. Miró con odio a Mariana y después se puso a enderezar la patente. Le dio marcha a la moto y se alejó por el césped de la orilla, camino a su casa, deseando con todas sus fuerzas doblar en la próxima esquina para que lo perdieran de vista.

Mónica observaba todo tratando de recuperar las imágenes, algo distorsionadas por la nostalgia, pero que aún sobrevivían después de tantos años de exilio voluntario.

El lugar no había cambiado demasiado. Las casas de fin de semana, de líneas puras y simples, emergían en medio de jardines enormes y bien cuidados, separadas unas de otras por vallas de troncos secos, que apenas podían distinguirse debajo de las frondosas enredaderas. La villa se extendía apacible, contenida por las aguas de la laguna en uno de sus límites, y separada del río por la única ruta pavimentada que la conectaba con el mundo: hacia el sur con la ciudad, y hacia el norte con el pueblo —casi una aldea—, que parecía detenido en el tiempo desde hacía más de cuatro siglos. Si bien el lugar estaba notablemente más poblado, seguía emanando la misma pureza, la misma magia, que Mónica percibiera la última vez que estuvo allí, casi veinte años atrás.

Mariana bajó del automóvil y se reencontró —con algunas diferencias entre las proporciones reales y las que guardaba su memoria— con la imagen de la casa de su abuela, que preservaba entre los recuerdos más lejanos de su infancia, tal vez un poco envejecida, pero conservando el mismo olor a leña de pino, a eucaliptos y a madreselvas.

Un parque alfombrado de césped verde y salpicado por matas de flores, delataba el cuidado de Juan, el jardinero. Plátanos enormes anunciaban su sombra fresca sobre la galería de arcadas blancas con baldosas coloradas y ruidosas, que le trajeron a la mente las rayuelas de tiza que saltaba en las vacaciones de sus primeros años, cuando se quedaban algunas semanas, en los veranos calientes y perfumados.

Pérgolas cubiertas de jazmines endulzaban el aire y debajo de la galería asomaban cacharros toscos de barro, de los que salían los brazos verdes de los helechos.

El viento sacudía las ramas de los árboles y a Mariana le pareció, por un momento, que le traía la voz de su abuela llamándola para la hora de la leche.

En el centro del parque se erguía —elegante— la palma que le valiera el nombre a la casa.

Mónica vio la mirada de Mariana y acariciándole el cabello le dijo con dulzura:

—Cuando yo tenía más o menos tu edad, tu abuelo compró la quinta. Alcancé a venir muy pocas veces, pero siempre me atrajo la palma, que ya estaba grande. Cuando la vi por primera vez, me vino a la memoria un poema de Guillen: Palma sola. Yo me sentía tan sola como ella, así que algunos atardeceres venía a recitarle y a recitarme esos versos...

*La palma que está en el patio,
nació sola;
creció sin que yo la viera,
creció sola;
bajo la luna y el sol,
vive sola.
Con su largo cuerpo fijo,
palma sola,
sola en el patio sellado,
siempre sola,
guardián del atardecer,
sueña sola.
La palma sola soñando,
palma sola,
que va libre por el viento,
libre y sola,
suelta de raíz y tierra,
suelta y sola,
cazadora de las nubes,
palma sola,
palma sola,
palma.*

—Creo que de tanto escuchar ese poema, aceptaron al fin ponerle el nombre a esta casa. A lo mejor con la secreta esperanza de que yo dejara de recitarlo.

— ¿Y dejaste de hacerlo?

—Nunca. Cuando estaba en España y la nostalgia me ahogaba lo recitaba para adentro, como si rezara, y me parecía que estaba menos sola; quizás era cierto, porque los recuerdos me acompañaban.

Por primera vez, desde que su tía había llegado a su vida, Mariana la miró de otra manera. Tal vez el hecho de que le confesara su soledad hizo que no se sintiese tan lejos. Cuántas veces ella se había sentido sola, incluso antes de que sus padres se fueran y, sin embargo, nunca se había animado a contárselo a nadie. Ni siquiera a Lucía. Le parecía mentira que esa mujer extraña, que se mostraba tan segura, se hubiera podido sentir sola alguna vez.

—Algún día me gustaría que me contases cosas de cuando eras chica, de mi mamá, de esta casa, no sé, si tenes tiempo, qué sé yo.

Pese al tono, todavía altivo y duro, Mónica sintió que por primera vez su sobrina demostraba interés en algo que ella decía. Pero no le dio demasiada importancia y trató de que sus palabras sonaran casi indiferentes:

—Podría ser. Supongo que ya tendremos tiempo para eso, pero ahora... ¿Qué te parece si empezamos a bajar todas nuestras cosas...?

Y las dos fueron incorporando sus pertenencias a la casa, mezclándolas con los muebles rústicos, con las pinturas de otras épocas, con los olores antiguos que la habitaban, hasta dejar impreso un sello particular, casi imperceptible, que reflejaba la mixtura sutil del pasado con el presente.

2

Mariana releyó las últimas páginas de su diario, protegida por la puerta cerrada de su nueva habitación:

Agosto del 94

Un pedacito de cielo gris se recorta entre los edificios a través de la ventana. Me llega el perfume de mi papú y, como no lo veo, me hago creer que todo está igual, pero sé que cuando deje de escribir y regrese a la sala lo voy a encontrar en su sillón de ruedas, con la mirada perdida, seguramente extrañando al igual que yo, nuestra casa que está a más de dos mil kilómetros de distancia.

Estaba todo tan bien un año atrás, que esto me parece una pesadilla. Y, para completar la mala onda, lo de mi abuela. Yo sé que no la quería tanto, la traté poco, casi no la conocía, pero siempre me pasa lo mismo, cuando comienzo a sentirme más cerca de alguien, pasa algo que me desbarata todo.

Este departamento oscuro, que huele a cosa vieja, me descompone, pero no estar acá significa acompañar a mamá en la sala de velatorios y eso es todavía peor. No me gusta el contacto con la muerte.

Cómo quisiera poder ver a Lucía. Me escribió contándome que sale con Fede, casi no puedo creerlo. Por ahora voy a tener que acostumbrarme a seguir hablando con ella a través del papel. A lo mejor más adelante, si la operación de mi papá resulta, nos volvemos. Pero se me va a hacer muy largo, más ahora que se van tan lejos. Si al menos hubieran terminado las clases me podría ir con ellos. En cambio me voy a tener que quedar acá, en esta ciudad aburrida, con una tía que todavía no conozco. El tiempo me pasa despacio como si estuviese en una cárcel.

No tenía ánimos como para escribir nada, así que cerró su diario y lo escondió detrás de sus libros.

Recién estaban a principios de septiembre, faltaban casi tres meses para que terminasen las clases y ahora debería vivir ese tiempo —que le parecía tan largo— en la quinta, con la hermana de su madre, hasta que sus padres regresaran.

Mariana salió al parque a respirar el aire puro de la mañana. Las lechuzas vigilaban protegidas entre las hojas de la palma, calentando sus plumas grises que el viento despeinaba.

Caminó un rato con las manos en los bolsillos y la mirada perdida, recordando el día en que acompañó a su mamá al aeropuerto. Cuando vio descender a Mónica del avión, se dio cuenta de que ese personaje era su tía por el abrazo que se dieron con su madre, y no pudo evitar el sentimiento de rechazo hacia esa mujer excéntrica, de cabellos gruesos y enrulados como tirabuzones, que le cubrían casi toda la espalda. Iba vestida con una falda de elefantes pintados que rozaba el piso y terminaba en un ruedo de flecos, al igual que su blusa. Todo en ella era extraño, el abrigo tejido al telar que cubría sus hombros, la carterita diminuta que llevaba cruzada sobre el pecho, los anteojos de sol, redondos y chiquitos.

"Tiene olor a sahumeros. No la soporto" —le había dicho a su mamá cuando estuvieron a solas—. "Y lo que menos aguanto es que hable como una española".

Le dieron ganas de reírse al recordarlo.

Mónica se acercaba a través del parque, con las manos cubiertas de barro y Mariana sintió fastidio al tener que interrumpir sus pensamientos.

— ¿Quieres que tomemos unos mates?

— ¿Mates? No, gracias, no tomo. Como a mi papá no le gusta el mate, en casa nunca tomamos.

—Bueno, si quieres puedes probarlo... y de paso puedo contarte algunas cosas de cuando tu madre y yo éramos pequeñas. Como el otro día me lo habías pedido...

—A lo mejor en otro momento, hoy tengo mucho que estudiar.

Y se alejó hacia su cuarto, con gesto hosco, dejando bien en claro la distancia que deseaba conservar.

Los estudiantes que vivían en la Villa o en el pueblo, viajaban a diario en colectivo para asistir a los colegios de la ciudad. Pablo y Mariana se habían encontrado varias veces en la parada y él intentó saludarla; pero, ante la mirada burlona de la chica, optó por mantenerse indiferente durante el resto de los encuentros.

Era mediados de septiembre y la primavera ya se anunciaba. Ese mediodía, Nano había almorzado en la casa de Pablo y ahora estaban juntos esperando el micro. Nano no paraba de hablar, proyectando con entusiasmo el grupo de rock que querían formar.

Mariana se acercaba caminando entre las malezas que crecían en la orilla del camino. Venía pensando en Lucía, en los lagos y en las montañas del sur, que en esta época seguirían cubiertos de nieve, y no

podía dejar de comparar sus recuerdos con el paisaje que la rodeaba, tan diferente, tan húmedo, tan llano, que lograba producirle un gran aburrimiento.

Iba tan abstraída, que le pareció escuchar el ruido del colectivo y comenzó a correr para no perderlo.

Pablo la reconoció desde lejos, pese a que con el uniforme parecía más nena. Ella venía agitada y con los cabellos revueltos y cuando estaba por llegar hasta ellos, uno de los zapatos le quedó atascado en la arena. Pablo sintió un placer especial ante la posibilidad de vengarse, no sólo del primer encuentro, sino de todos los días en que ella simulaba no verlo.

La esperó tranquilo, sintiéndose amparado por la compañía de Nano. La miró burlón, y le dijo: —Hola, nos conocemos, ¿no?

Mariana apenas le respondió con un "Hola", que casi no se oyó, mientras trataba de calzarse el zapato.

Pablo se largó una carcajada mientras agregaba: — ¿En tu colegio usan medias decoradas? Ella miró sus piernas y se dio cuenta de que las medias estaban cubiertas de abrojos. Se agachó y se los fue quitando mientras le contestaba sin mirarlo:

—Parece que acá la estupidez es crónica. Por lo que veo, todavía no te curaste.

—No se puede creer lo forra que es —le dijo Pablo a Nano tratando de conseguir un aliado; pero, cuando lo miró, se dio cuenta de que ni siquiera debió de haber oído las primeras palabras.

Su amigo estaba absorto en la contemplación de las piernas de Mariana, que asomaban debajo de la falda color vino, plisada, que apenas le cubría la mitad de los muslos. Nano la miraba trezarse el largo cabello rubio hacia un costado y cuando ella levantó la vista y lo miró con sus enormes ojos grises, él le sonrió, fascinado. Ella ajustó el cordón de sus zapatos y terminó de arreglar su uniforme de colegiala. Después lo volvió a mirar a Nano devolviéndole la sonrisa y, al sonreír, se marcaron los dos hoyuelos que se formaban a un costado de su boca y su cara pareció llenarse de luz.

—Subí, boludo —le dijo Pablo a Nano, dándole un empujón, cuando paró el colectivo y se dio cuenta de que su amigo seguía como hipnotizado mirando a Mariana, que ascendía al coche con deliberada lentitud.

Mónica pintaba una síntesis de escarabajos que formaban una guarda geométrica alrededor de un plato de cerámica, cuando sintió que su sobrina la observaba por arriba de su hombro.

Hizo como que no la había visto. Encendió un cigarrillo y aspiró el humo lentamente. Después se puso a tararear una melodía.

Dio los últimos retoques a sus escarabajos alineados y dijo:

—Hay una carta para ti sobre el escritorio. La he traído esta tarde del pueblo.

Mariana se sintió descubierta y, como disculpándose, susurró: "Me gusta lo que pintaste". Después se fue a dormir, pasando antes a retirar la carta, para leerla tranquila en su cama.

Washington, septiembre de 1994 Querida Mariana:

Hace apenas unas horas que llegamos y ya te escribimos para contarte las últimas novedades.

Estamos instalados en este hospital que más se parece a un hotel de lujo. Papá está dormido, seguramente agotado por el viaje, así que aprovecho a garabatear unos renglones antes de que se despierte, porque después tengo que atenderlo continuamente.

Recién mañana lo verán los médicos, pero ya estuve hablando con Powell, un militar que es nuestro contacto acá, y me asegura que los médicos intentarán una operación con altas posibilidades de éxito. Sé que no te debe resultar fácil estar tan lejos nuestro, mi amor, pero estoy segura de que entendés que ahora la salud de papá es lo más importante.

Nosotros te extrañamos mucho. Es la primera vez que tenemos que separarnos y no puedo dejar de pensarte en todo momento. Me pregunto si estarás bien, si te sentará el clima tan húmedo, si te resultará muy difícil adaptarte al nuevo colegio... En fin, me gustaría que me contaras todo eso en una carta.

Espero que puedas llevarte bien con Mónica. En verdad estos dieciocho años sin vernos han marcado grandes diferencias entre nosotras, pero de cualquier manera es tu tía, y en eso coincido totalmente con tu padre: no quisiera que tuvieras que vivir con alguien que no sea de la familia. Me acuerdo de tu cara de fastidio cuando la conociste... No puedo pedirte que trates de quererla, pero sí que intentes al menos una buena convivencia. En ella podrás confiar como en nosotros, de eso estoy completamente segura.

Apenas tengamos noticias de la fecha de operación volveremos a escribirte. Estudia mucho y no te olvides de tu promesa, no sólo debes ser buena, sino que también lo debes parecer. Trata de evitar cualquier murmuración de la gente, ya sabes que ese lugar es muy chico y los chismes corren rápido. Hacelo sobre todo por papi, que está tan mal y te quiere tanto.

Contéstanos contándonos todo lo que puedas. Si te aburrís podes pedirle a tu tía que te dé algunas clases de cerámica.

Un abrazo muy muy grande. Dale muchos cariños a Mónica y acordáte que te queremos mucho y que para nosotros sos lo más importante del mundo.

Mami

Mariana dobló la carta después de haberla leído varias veces y se fue a dormir abrazada a un oso panda de peluche, que había rescatado de un baúl en el departamento de su abuela, antes de que se mudaran. La imagen de ese oso la llevó a una de las vacaciones de su niñez y se durmió soñando que corría por el campo, al encuentro de su padre, con las rodillas perfumadas de tréboles y los cabellos adornados con retamas.

3

Después del encuentro del colectivo Pablo había vuelto a ver a Mariana todos los días, pero ella seguía sin saludarlo. Nano —que durante el año vivía en la ciudad—, lo volvía loco diciéndole que quería instalarse en la quinta, por el sólo hecho de poder encontrarla todos los días en el ómnibus.

Pablo y Nano asistían a un colegio estatal mixto, junto con Loli, Gastón y Cris. Los acercaba el hecho de que los cinco pasaban los fines de semana en la Villa o en el pueblo, algunos porque vivían en forma permanente, otros porque tenían casas quintas y Cris, porque siempre estaba invitada a lo de Betiana Arce, que también formaba parte del grupo.

Betiana Arce cursaba cuarto año en un colegio religioso, en el mismo colegio y en el mismo curso donde había comenzado Mariana, cuando se mudara, a fines de julio. Débora iba con ellas, pero en quinto y, por ser prima de Betiana, se unía al grupo los fines de semana y durante las vacaciones. El último domingo Nano vio a las chicas saludarse en la plaza del pueblo y así pudo averiguar que la rubia de ojos grises que lo deslumbrara en el colectivo se llamaba Mariana.

Aún quedaban flotando entre Pablo y Cris los resabios de una historia de amor casi secreta que comenzara durante el viaje de estudios, a mediados de agosto, pero que parecía ir diluyéndose en el olvido, ahora que la magia desaforada del viaje había terminado.

Cris trataba de reavivar el fuego en todo momento y Pablo parecía corresponderle. Sin embargo, desde hacía varios días el rostro de Mariana se le aparecía en medio de las explicaciones sobre la utilidad de la merceología o entremezclado con fórmulas de fracciones y raíz cuadrada, e incluso cuando se ponía a trabajar en el invernadero. Entonces —de acuerdo a las circunstancias en que esto ocurriera— sacudía la cabeza tratando de regresar al aula, o se ponía a remover compulsivamente la turba húmeda, hasta que el cansancio se llevaba las imágenes.

El domingo irían con todo el grupo al río. Esta vez el plan era un almuerzo compartido y un viaje hasta la isla en piragua.

Nano le había dicho que iría Mariana, "la mina que me dio vuelta el mate, la amiga de Betiana" y él ya no pudo quitársela de la mente.

"¿Qué me pasa? Si es una flaca tarada que no tiene nada, ni siquiera en la cabeza, y encima es una forra..." Pero no podía dejar de pensar en ella.

Ana asomó la cabeza llamándolo:

—Pablo... —Estoy acá...

—Anda a llevar estos plantines a Palma Sola, me llamaron recién por teléfono, hay que llevarlos urgente.

—Déjate de joder... si siempre lleva Juan las plantas para esa

quinta...

—Sí, pero después que murió doña Ángela, vino a vivir una de las hijas con una sobrina, la chica debe de tener más o menos tu edad, según me dijeron, y parece que la tía es un poco estafalaria. Y como se encarga ella del jardín, a Juan lo despidieron. —No me extraña, deben ser bastante rayadas... — ¿Qué, las conoces?

—Un día las vi, casi me pisan con el auto. La más vieja, que debe ser la tía, por lo que me decís, parece una hippie, y la sobrina es una agrandada imbecible. Encima la hippie habla como los gallegos... —Bueno, acá tenes. Lleva todo enseguida. —Ufa, ¡cómo jodés, vieja!

Pablo se fue adentro y demoró más de quince minutos peinándose y cambiándose de ropa.

Cuando Ana lo vio, sonrió para sus adentros. Era grande y fuerte, con músculos desarrollados, mucho más alto que ella. Le vio la sonrisa blanca, de boca grande, que iluminaba su piel mate, cuando pasó a su lado sacándole la lengua a modo de saludo. Lo miró alejarse por el sendero de arena bordeado de llores, y se quedó contemplando la marca de sus enormes zapatillas, recordando las huellas que dejaban sus primeros zapatitos en ese mismo sendero, cuando José le enseñaba a caminar llevándolo de las manos, casi diecisiete años atrás.

Pablo dejó el ciclomotor en la entrada de Palma Sola y se puso a hacer sonar la campana que hacía las veces de llamador.

Como nadie salía, se acercó a la galería y dejó la caja con plantines sobre una mesa. Iba a golpear las manos, pero se quedó escuchando una voz dulce que entonaba una especie de letanía en un idioma extraño.

Se asomó a un enorme ventanal abierto y la vio. El olor del barro flotaba en el aire y parecía hechizar a la mujer, mientras hundía sus dedos en la masa oscura y pegajosa.

Su larga cabellera se sacudía con el movimiento de sus brazos, como si llevara el ritmo de la canción. Estaba vestida totalmente de blanco y uno de sus hombros asomaba —desnudo— a través del borde caído de su blusa.

Pablo la miraba en silencio sin poder despegar la vista. Al rato ella pareció salir de su encantamiento y lo vio. Se acercó a la ventana con las manos embarradas y lo saludó con una sonrisa. —Hola.

—Hola. Le dejé el pedido sobre una mesita, no... no quería interrumpirla.

—Bueno, gracias. Pasa por favor que ya voy por el dinero. Pablo entró y se puso a esperar mientras miraba una de las piezas de cerámica que estaba sobre un tablón. Después, como la mujer se demoraba, probó a tocar un trozo de barro recién amasado, jugando a dejar la marca de la punta de sus dedos en él. La voz de ella lo asustó.

—Acá tienes lo tuyo. Ya nos conocíamos, ¿no? —Sí, sí... Perdóneme... yo.

—Está bien. ¿Nunca has amasado barro? —No.

— ¿Quieres probar?

—Otro día porque... hoy estoy apurado. Se me hace tarde.

—Bueno... Para la próxima compra, te llamo más temprano y mientras te enseño algo del modelado tomamos unos mates. No me has dicho cómo te llamas...

—Pablo.

—Yo soy Mónica.

—Bueno, ahora me tengo que ir. Hasta luego...

—Hasta prontito.

Pablo puso en marcha la moto y, al alejarse, le pareció ver que una de las cortinas se corría. Aceleró tratando de mantenerse sobre el borde de césped, preguntándose si sería Mariana la que estaba mirando detrás de la ventana.

Cuando Pablo se fue al colegio, Ana comenzó a trasplantar unas marimonas recién llegadas, en cacharros y cestos de mimbre. Levantó el volumen de la música. Estaba segura de que Vivaldi hacía que las plantas crecieran más fuertes y más verdes.

Cuando levantó la vista el hombre estaba a dos metros de ella. La música había impedido que escuchara su llegada. —Está cerrado, señor. —Pero ya estoy adentro.

Era alto y fornido y aparentaba unos cincuenta años. Sus bigotes le llegaban hasta el borde justo del labio superior, cubriendo el espacio amplio que tenía entre la boca y la prominente nariz, y Ana pensó que seguramente los recortaba con meticulosidad frente al espejo cada mañana, para no mordérselos con las tostadas. Llevaba la cabeza casi rapada y su mirada era tan penetrante que logró intimidarla. Ella generalmente no se asustaba. Estaba acostumbrada a manejarse sola desde hacía mucho tiempo, pero ni la cara ni la actitud del hombre le gustaron. Había una prepotencia sutil, una velada amenaza en esa mirada dura, en esa sonrisa irónica, que apenas se adivinaba, por la torsión del bigote.

—Abro a las cuatro.

Él, como si no la hubiese oído miró a su alrededor, y luego, deteniendo la vista un rato en las piernas de ella, agregó: —Necesito treinta espinos de fuego, ahora. — ¿Los va a llevar usted?

—Los mando a buscar en un rato con mi empleado, téngalos preparados.

— ¿A nombre de quién pongo la factura?

—No necesito... Aproveche para evadir tranquila.

—No soy evasora, acá tiene su boleta.

Como el hombre no se iba, ella le indicó cortésmente la puerta.

Él volvió a mirarla de arriba a abajo, torció nuevamente el bigote como si sonriera y se fue, dejando una sensación de inquietud en Ana.

La tarde pasó lenta para Pablo. Recién era jueves.

Mientras la profesora de matemática llenaba el pizarrón de fórmulas, él se imaginaba que era domingo. Casi podía sentir el sol ardiendo sobre su espalda y el viento que le traía el olor del río. Se veía a sí mismo nadando en las aguas barrosas y se imaginaba a las chicas, en traje de baño, tumbadas en la arena de espaldas al cielo, con el corpiño desabrochado.

—¡Delconté! ¡Delconte! ¿Terminaste tu ejercicio?

Pablo pareció recordar que Delconte era su apellido y regresó al aula.

—¿Aterrizaste?

—Perdón, profesora, estaba distraído y... —No hace falta que lo digas. Tenes un uno. —Pero no, escúcheme si yo...

—Es la última que te perdono, Delconte. Pónete las pilas. Por suerte el timbre anunció la hora de salida. Nano lo aturdió hablándole del grupo de rock y de Mariana, mientras él asentía sin discutirle absolutamente nada.

—¿Se puede saber qué te pasa, loco? —le preguntó su amigo. —Nada, que estoy cansado y no veo la hora de que terminen las clases.

El viaje en colectivo lo dejó a solas con su pensamiento. Sospechaba que los jueves Mariana debía salir más tarde porque nunca la encontraba. A esa hora siempre viajaba de pie, sacudido por las frenadas bruscas y apretujado entre la gente que luchaba por ganar un asiento vacío.

Cuando llegó a la parada, el sol era un disco rojo que se marcaba en el horizonte tormentoso. Pablo se descalzó y caminó las cuadras que lo separaban de su casa, sintiendo que, la arena tibia entre los dedos de sus pies, lo ayudaba a descargar un poco la tensión que lo agobiaba.

4

—Mariana, el domingo iré hasta la ciudad, al departamento de la abuela a buscar unos papeles porque el lunes tengo que pagar unos impuestos sin falta. Si quieres puedes venir conmigo.

—Lo que pasa es que el domingo me invitó una chica del colé para ir al río con un grupo de amigas y de amigos y... —Me parece muy bueno que salgas un poco. —De cualquier manera todavía no sé si voy a ir... Los pocos chicos que conozco son imbancables. Además nunca fui al río y no creo que me guste. Debe estar lleno de mosquitos.

—Cuando éramos pequeñas, íbamos con tu mamá de tanto en tanto al río. Nos llevaba tu abuelo, por supuesto sin que nuestra madre se enterara. A ella le hacíamos creer que íbamos a la playa. Aprendimos a nadar con él. Algunos domingos cruzábamos a nado hasta las islas y jugábamos a que éramos tres exploradores buscando tesoros perdidos. Tratábamos de llevar algo que nos pareciera importante y lo enterrábamos haciendo alguna marca para volver a buscarlo en el próximo viaje. —¿Y después lo encontraban?

—Casi siempre, porque apenas llegábamos trazábamos un mapa, indicando el lugar del tesoro escondido.

—¿Y qué era el tesoro?

—El tesoro eran cosas diferentes. A veces eran golosinas que compraba papá, pero muchas veces escondíamos cosas valiosas. Me acuerdo que un día habíamos enterrado unas pulseras de plata de la abuela. Eso había sido idea mía. Jamás las encontramos, pero papá no protestó. Y por supuesto que guardamos el secreto...

—Mi mamá nunca me contó esas cosas. Si le preguntaba algo de cuando era chica me decía que no se acordaba de nada. ¿Cómo haces para acordarte de tantas cosas?

—Creo que a tu mamá no le gustaban tanto esas aventuras. Ella es más práctica, menos romántica. Le molestaba demasiado el sol, y vivía quejándose de los mosquitos, las hormigas coloradas, las moscas, el calor, el frío, la lluvia, la arena... Era muy parecida a la abuela. Venía con nosotros pero siempre protestaba y decía "Por qué no me habré quedado con mami en la ciudad". Te digo más, tu abuelo compró la quinta cuando ya éramos grandes, yo alcancé a venir algunas veces antes de irme, pero tu madre —que yo recuerde—, no ha venido nunca.

—Sí que vino. Al menos vino cuando ya estaba casada, porque yo me acuerdo bien de las veces en que veníamos a quedarnos cuando era chica. Casi siempre vinimos con ella sola, porque mi papá no podía. Humm... ¿Qué es esa asquerosidad que estás preparando?

—Mira que no voy a permitirte, ¿en? Es comida sana y natural: semillas de sésamo, con zanahorias ralladas, repollo, tomates, pimientos y copos de maíz.

—Suenan horripilante. Yo quiero comer carne.

—Bueno... Tendrás que cocinar entonces.

—Si yo no sé cocinar...

—Me parece que ya tienes la edad justa para aprender. Yo tenía apenas un par de años más que tú cuando me fui a vivir a España. Y ahí no tenía a nadie que cocinara por mí.

—¿A los dieciocho ya sabías cocinar?

—Bueno, cocinar cocinar... para ser sincera, voy a confesarte que no todas las comidas se me quemaban. Y de las que sobrevivían al siniestro, cuando no me había propasado con la sal o las especias, o estaban crudas o demasiado sosas, pero ya sabes... "Para el hambre no hay pan duro".

La convivencia iba suavizando la relación lentamente. Si bien Mariana todavía miraba a su tía como si fuese extraterrestre, en algunos momentos se sentía atraída por esa mujer extraña, de polleras desflecadas y costumbres extravagantes, tan distinta a todas las mujeres adultas que conocía. Hasta su acento español, que al principio le chocara, contribuía a darle una cuota de encanto que le sumaba magia a la personalidad fuerte y misteriosa de su tía. Mónica puso un trozo de barro sobre la mesa y le dijo: — ¿Qué te parece si intentas modelar algo? Prueba sin miedo, como cuando eras pequeña y jugabas con plastilina. Yo me voy hasta el pueblo para buscar la correspondencia.

Cuando Mariana quedó sola, se dejó llevar por la música que había puesto su tía. Cantos gregorianos, le había dicho. Jugueteó con el barro, tocándolo apenas con la punta de los dedos, mientras su pensamiento se cargaba de nostalgias. Extrañaba. La última carta de su mamá le trajo la noticia de que la operación se haría recién a principios de noviembre, y que era muy probable que no pudieran volver antes de enero.

Al rato comenzó a amasar el barro, a apretarlo entre sus dedos, a jugar con él. Después sus manos fueron modelándolo, y poco a poco comenzó a emerger una forma humana con alas de ángel, influenciada —tal vez— por las imágenes que veía todas las tardes en los muros de la iglesia, cuando entraban a rezar, antes de su clase de religión.

Mariana sentía como si la figura de barro fuese tomando vida propia. Era extraño, pero no necesitaba pensar demasiado adonde debía poner o quitar arcilla. Se dejaba llevar por su instinto y por la música, mientras contemplaba sus manos como si fuesen ajenas, configurando la escultura.

—¿Y, Mariana, vas a ir el domingo?

—Mira Beti... no sé todavía. Los mosquitos no me atraen mucho y además no conozco a nadie.

—No conoces a nadie, pero si no vas no los vas a conocer nunca —le dijo Débora—. Va a estar recopado porque van chicos, también. No como en este colegio inmundo que somos todas minas.

—Sí, por ahí tenes razón. Donde yo vivía antes nos juntábamos chicas y chicos, pese a que a mis viejos mucho no les copaba.

Además estoy harta de pasarme los domingos a solas con mi tía.

—El otro día la vi. ¿Siempre te viene a buscar ella?

—No, ese día fue casualidad.

—Me gusta la onda que tiene, medio folk, ¿no?

—Lo que pasa es que es artesana y se viste de una forma algo estrafalaria...

—Me encantaría conocerla, nunca vi a ninguna artesana. ¿Me la vas a presentar el domingo cuando te busquemos? —dijo Betiana. —Bueno, pero todavía no sé si voy, ¿eh?

Mónica estacionó el auto frente al correo como todos los viernes. Retiró la correspondencia y decidió caminar un poco por las calles mágicas de ese pueblo perdido.

Miró las farolas antiguas, los frentes de las casas cubiertos por una pátina grisácea y verde, las rejas artísticas cargadas del misterio de otra época. Era como si el tiempo no hubiese pasado.

Desde alguna ventana abierta le llegaba el sonido de un piano, que fue apagándose mientras ella caminaba, dejando sus huellas silenciosas sobre el camino de arena.

Entró en una callecita que descendía en suave pendiente. Algunos rayos de sol se filtraban a través del techo que formaban las ramas de las acacias, al unirse en una glorieta natural y salvaje.

Continuó caminando, mientras acariciaba la carta de Ismael en su bolsillo, dilatando el gozoso momento de leerla. Sin prisa se dirigió hacia el río.

Un par de canoas descascaradas se hamacaban con el viento sobre las aguas barrosas. Los sauces remojaban sus ramas en la orilla y más allá del río, todo era un horizonte verde que se recortaba contra el cielo, y se reflejaba sobre las Ondulaciones del agua, con matices y tonalidades diferentes.

Unos pasos a sus espaldas la sobresaltaron. Al darse vuelta se encontró con un hombre que intentaba —infructuosamente— pasar inadvertido.

Había algo en él que no le gustó. No podía precisar qué era, pero su aspecto de indiferencia estudiada, simulando un interés en el paisaje, que no concordaba con su imagen, quedó flotando en la mente de Mónica.

El viento comenzó a soplar más fuerte, levantando remolinos de arena. El instante de magia había terminado.

5

El domingo se presentó nublado y frío. De a ratos lloviznaba. Mariana estaba lista desde hacía más de media hora cuando vio que llegaban las chicas, cantando a los gritos.

—Desafinamos como loros —dijo Débora a modo de saludo. — ¿Qué piensan hacer? —les dijo Mariana— El día está horrible. —Quedamos en encontrarnos con los chicos en la plaza —le contestó Cris—. Pero no creo que podamos ir al río.

—Pero vamos igual, loco —las interrumpió Betiana—, ya tenemos todo preparado.

—Para variar no penses, ¿no? ¡Cómo vamos a ir con el frío que

hace! —le dijo Débora.

—Mariana, ¿y tu tía, la artesana? —le preguntó Beli.

—Ella no tiene horarios muy normales... Generalmente duerme hasta las tres de la tarde —le contestó Mariana—. Me parece que la vas a tener que conocer otro día...

Ana se puso a regar las plantas, mientras escuchaba "Concierto para dos mandolinas", de Vivaldi.

Se sentía sola y, como todas las veces en que Pablo salía, se preguntaba si la vida tenía algún sentido para ella cuando su hijo no estaba.

Sus amigas compartían los fines de semana con su familia y ella con su soledad.

Se daba cuenta de que sería muy difícil que su corazón se despertara otra vez. Estaba amordazado, bien cubierto y a salvo de cualquier experiencia que la hiriera.

Sin embargo, muchas veces pensaba en Sergio. Lo conocía desde hacía poco tiempo, pero había algo en esa mirada tierna que la seducía. Él había ido varias veces a comprar plantas, en las dos últimas semanas, o simplemente a conversar con ella, y se enfrascaban en interminables charlas.

Por eso se alegró cuando atendió el teléfono y escuchó su voz invitándola para que almorzaran juntos. Se sorprendió cantando frente al espejo, mientras se arreglaba para el encuentro.

Mariana apenas había respondido un "Ya nos conocemos", cuando los presentaron, enfatizando el tono duro de sus palabras con una mirada cargada de desprecio.

Pablo la miró con indiferencia y le dijo despacio a Loli:

—Es una forra, pero te juro que no voy a pasarle bola.

Gastón, estirado sobre un banco, propuso:

— Dale, decidan... Vamos a alguna parte que esto es un embole.

—Si quieren damos una vuelta en "La Rana" —dijo Pablo.

"La Rana" era una camioneta Ford A muy antigua. Había pertenecido al abuelo de Pablo, y Ana, cansada de escuchar las súplicas de su hijo, decidió regalársela para el último cumpleaños, previa promesa de que conduciría con cuidado. Después de trabajar durante varias semanas la habían transformado en una especie de auto deportivo, quitándole la capota, retapizándole el asiento, fileteando las llantas, colocándole una bocina vieja que sonaba como el grito de un animal prehistórico y lustrando a fuerza de puño, la capa de pintura verde oscuro que le dieron con soplete, y los herrajes metálicos. Había quedado soberbia, pero le faltaba un toque de "personalidad". Así que decidieron dejar las huellas de sus manos y sus pies, en un tono de verde más claro. Después de esto, y debido al parecido con los batracios, por votación unánime, la bautizaron con el nombre de "La Rana".

—Sí, dale, que hace mucho que no paseamos en "La Rana" —dijo Beti.

—¿En esa catramina? —le preguntó Mariana mirándolo directamente a Pablo, con sonrisa burlona.

—Bueno, si no te gusta puedo buscar el Mercedes de Pa —le contestó él, aflautando la voz.

—¡No seas mala onda, nene! —gritó Débora. — La mala onda es ella, no yo. Bueno el que quiere venir que suba y el que no...

—Dale, chicas, déjense de joder y vamos. Está feo para ir al río —dijo Nano—. Yo conozco un lugar que está buenísimo. Es un rancho abandonado. Podemos acampar ahí que si llueve no pasa nada.

—¡Ya sé cual es! —gritó Betiana—. Es el que está en el camino real. Está rebueno, vamos.

A Mariana no le quedó otra cosa que subir a la "catramina". Tuvo que sentarse en la parte trasera, sobre un almohadón descolorido, justo detrás de Pablo. De tanto en tanto sus ojos se encontraban en el retrovisor enmohecido.

Mónica se despertó después del mediodía. Encendió el grabador y mientras Kítaro la arrullaba con su música, estiró su cuerpo lentamente.

Dormía siempre con la ventana abierta para poder ver el cielo apenas se despertaba. Hoy estaba amenazante. Abrió la carta de Ismael que esperaba desde el viernes en su bolsillo.

Terminó de leerla y sonrió. Lo extrañaba, pero no tenía ganas de volver.

Después de almorzar se puso a quemar unas vasijas de la nueva serie que había comenzado y sintió, como siempre, que la magia del fuego se confabulaba con la tierra y el agua para darle vida a sus vasos, pero el alma se la daba ella.

Eran más de las seis de la tarde cuando terminó y salió hacia la ciudad en su coche.

El camino real era un sendero tortuoso de arena que iba bordeando el río. Tenía profundas estrías que le dejaba la lluvia y algunos iremos estaban tan poceados que por muy despacio que fueran, no pararon de saltar en todo el trayecto.

Mariana se sujetaba como podía a las barandas de la camioneta y, cuando llegaron, se dio cuenta de que su cabello estaba enmarañado y cubierto de arena.

—Estoy hecha un desastre —dijo al bajar—. ¡No podías ir un poco más despacio! ¿Sabes cómo me golpeé en el piso de esa catramina?

Pablo tomó entre sus dedos la mejilla de Mariana y, acercando su rostro al de ella, puso la mejor de sus sonrisas mientras la miraba a los ojos, diciéndole, como si le hablase a una nena chiquita:

—Pobrecita... Se le golpeó la colita... Por eso ahora es un poquito culo roto, la nena.

Mariana se puso roja de furia, pero, al mismo tiempo, al sentir la mano de Pablo en su piel y ver sus ojos tan cerca, no pudo evitar una oleada de sentimientos confusos que no quiso tratar de aclararse.

—Déjala tranquila, loco —le dijo Betiana a Pablo.

Entraron al rancho y se pusieron a improvisar asientos con ladrillos huecos y los almohadones del auto. Después abrieron una cerveza y los ánimos fueron calmándose.

Pablo había llevado la guitarra y —aunque no lo reconoció públicamente— Mariana se emocionó al escuchar su voz entonada y profunda. Cantaba con los ojos cerrados y cuando los abría, su mirada parecía regresar de un sueño. Las miraba a todas, menos a ella. Almorzaron adentro del rancho porque la llovizna caía intermitente y soplaba un viento fuerte desde el río. Mariana tiritaba, sin abrigo, con las ráfagas de aire frío que se colaban por las grietas de las paredes. La paja del techo estaba perforada en varias partes, permitiendo que el viento y la llovizna también penetrasen por ahí. —Tenes frío —le dijo Débora—. Chicos, ¿quién le presta una campera a Mariana?

Nano se quitó la remera, quedándose con el torso desnudo y se acercó para colocársela en la espalda.

—No —le dijo ella—. No te vas a quedar sin remera...

—Por vos soy capaz de cruzar el Aconcagua desnudo —le dijo

Nano.

Los chicos se largaron a reír y Mariana le agradeció con una de sus sonrisas de hoyuelos marcados, que tanto seducían a Nano.

Pablo se levantó, se quitó la campera y se paró dirigiéndose hacia Mariana, pero después siguió un par de pasos más adelante y le dijo a Cris, mientras le colocaba el abrigo sobre los hombros:

—Vos también estás temblando. Me parece que a esta casa le haría falla calefacción...

El grito de Mariana los asustó a todos.

—¡Saquen ese bicho monstruoso de mi pie! —gritaba.

Débora tomó con su mano al "bicho monstruoso", que no era otra cosa que una ranita verde minúscula, casi transparente, y con enormes ojos saltones que le daban una apariencia muy cómica.

Todos se reían, pero Mariana estaba furiosa.

Después del almuerzo Sergio acompañó a Ana hasta su casa. Se sentó en una hamaca paraguaya y no dejó de mirarla mientras ella servía el café.

Cuando Ana le alcanzó la taza, él se la quitó de las manos y la apoyó sobre una mesa. Después la tomó por la cintura y la acercó despacio. Le rozó el cabello con los labios y cuando iba a besarla ella se apartó.

—Se va enfriar el café —le dijo.

—¿Qué te pasa Ana?

—Que por ahora va a ser mejor que sigamos siendo solamente amigos.

—Por ahora...

Ella no contestó nada. Sonrió y se quedó con la mirada perdida, pensando.

La tarde pasó demasiado rápido, entre charlas y caminatas. Cuando Sergio se fue, anochecía.

Prepararon el mate, después de dos horas de cantar, de jugar a las cartas y contar chistes. Mariana se sentía incapaz de soportar un minuto más. Le venían a la mente las imágenes de los encuentros con sus amigos del sur, los paseos con el auto importado del padre de fede; las pistas de esquíes, donde se encontraban con sus equipos fosforescentes; las tardes de nevadas en las confiterías del centro, compartiendo fondue de chocolate, y no podía evitar el malestar que la invadía, mientras contemplaba el río manso y barroso, desdibujado con la llovizna, a través de un agujero de la pared del rancho.

Cuando al fin decidieron regresar, y ya estaban subiendo a La Kana, Mariana resbaló en un charco y se golpeó con el estribo de la camioneta. Al levantarse alcanzó a ver su ropa sucia y mojada y reaccionó con furia ante las risas de Pablo. Primero tomó barro arenoso con sus dos manos y comenzó a tirárselo, pero después, y al ver que él seguía riéndose, le quitó la guitarra y corrió hacia el río. Nano quiso alcanzarla pero ya era tarde.

Pablo logró rescatar el instrumento, después de diez minutos de nado, porque la corriente era bastante rápida y lo único que le dijo cuando salió del agua fue: "Pendeja boluda".

6

Cuando Mariana llegó a la quinta ya era de noche. Betiana le había prestado ropa seca que le quedaba bastante ajustada y para aumentar la ingratitud de la tarde, había tenido que aceptar que Pablo la trajera, porque le avergonzaba más confesar que no había llevado dinero para el colectivo y no se sentía con ganas de caminar los dos kilómetros que separaban a Palma Sola de la casa de Betiana, que estaba en las afueras del pueblo.

Nano era casi tan corpulento como Pablo, pero a diferencia de éste, tenía el cabello largo y rubio, hasta casi la mitad de la espalda. También su piel, demasiado clara, contrastaba con la de su amigo. Sus rasgos eran armoniosos y podía decirse que era lindo; pero Pablo, pese a que sus facciones eran imperfectas, tenía una fuerza que cautivaba las miradas. Había a su alrededor como un halo de misterio y su risa concordaba con una voz tan seductora, que era fácil entender por qué casi todas las chicas estaban enamoradas de él.

Durante el trayecto Nano le hablaba a Mariana, tratando de seducirla, y le propuso pasar a buscarla el lunes a la salida del colegio para ir a tomar algo. Incluso se rehusó a bajar en su casa antes de dejarla a ella. Mientras Nano hablaba, Mariana miraba de reojo a Pablo y le parecía que se ponía molesto con las invitaciones del amigo. Siguiendo un impulso aceptó que Nano pasara por ella el lunes y le dio un

beso en la mejilla al bajar, mientras a Pablo apenas le dejó un saludo entre dientes y no alcanzó a escuchar si tuvo respuesta, debido al ruido del acelerador.

Ahora, al leer la nota que estaba pegada en la puerta, terminó de sentir que no era un buen día. El mensaje de Mónica decía que se había ido a buscar los papeles al departamento de la abuela, que si se le hacía demasiado tarde, dormiría en la ciudad, y que ella podía quedarse en la quinta, si así lo deseaba.

La idea de pasar toda la noche sola en esa casa enorme, en medio del campo, la aterraba, así que no tuvo que meditar demasiado la decisión.

Mariana dejó que la ducha caliente le terminara de quitar el frío, se cambió y se fue a esperar el colectivo a la ruta.

—Me vuelve loco, hermano —dijo Nano—. ¿Viste los ojos que tiene? ¿Y los pocitos que se le hacen cuando se ríe? Y ni hablar de las gomas... No puede ser más linda.

—Ni más forra —le respondió Pablo—. Debe ser una nena de mamá, es insoportable.

—Lo que pasa es que ustedes se cayeron mal de entrada. Es dulce...

—Y agrandada. ¿No viste la cara de asco que tenía en el rancho? Y mejor ni hablemos de cuando me tiró la guitarra. La hubiera cagado a pinas.

—Lo que pasa es que no está acostumbrada a estar acá —siguió defendiéndola Nano—. Estuve investigando a Betiana y me contó toda la historia. Es muy jodido lo que le pasa. Fueron muchos cambios, por eso por ahí se pira un poco, pero eso la hace más linda, loco. Es una mina con polenta. Otra no se hubiera animado a tirarte la guitarra al río.

—Justifícala porque estás caliente —le dijo Pablo—. No sé si estará buena, pero que es forra, es forra.

—Mañana me la transo, loco, y después te cuento.

Pablo se fue furioso, invadido por sentimientos contradictorios, sin poder borrar el rostro de Mariana, que ahora se le aparecía, repitiendo las imágenes de la tarde. Trató de pensar en otra cosa para no tener que buscar explicaciones a los deseos de insultarla y de besarla al mismo tiempo que lo estaban acosando.

Mónica oprimió el botón del portero para que su sobrina pasara. —Me parece que no te has divertido mucho, ¿me equivoco? —Fue un bajón... —Un bajón vendría a ser algo así como muy malo, ¿no?

—Peor, malísimo.

—Bien, pero... ¿a qué se debió el bajón, al lugar o a la gente?

—Un poco a las dos cosas. El lugar era deprimente y la gente mejor no hablar. Bueno, en realidad algunos zafan, pero uno especialmente, logró arruinarme el día.

—Debe haber sido un chaval muy malo para que quiera hacerte eso, ¿no?

—Es el tarado ese del vivero, el que se cayó de la moto, ¿te acordás?

—Sí. Si la memoria no me falla, me parece que se llama Pablo.

—Sí. Es un agrandado que se la cree porque hay un montón de minitas muertas por él. Las chicas me contaron que tuvo mil historias y el muy tarado debe pensar que todas somos iguales. Como yo no le pasé bola se la agarró todo el tiempo conmigo, gastándome por cualquier cosa. Pero te aseguro que terminó peor que yo... Ay, pero hablemos de otra cosa. ¿Encontraste los papeles que buscabas?

—No. Hace horas que los busco. Si quieres ayudarme, de pronto los encontramos temprano y podemos regresar a la Villa...

—Bueno. Decime por dónde busco y qué papeles son.

—Son los recibos de impuestos inmobiliarios de la quinta. Yo continuare revisando el escritorio y tú, si quieres, puedes buscar en el dormitorio de la abuela, en la cómoda, en las mesas de noche, en fin, donde se te ocurra.

Mónica canturreaba en catalán, mientras iba abriendo biblio-ratos y sobres. Mariana comenzó a abrir cajones y puertas en la otra habitación. Revisó minuciosamente hasta que encontró una cadena de plata con una llavecita minúscula. En el fondo del ropero había visto un cofre antiguo, no muy grande, y supuso que ésa era la llave para abrirlo.

Lo sacó con cuidado y lo abrió.

Eran cartas. Las fue sacando de a poco, mientras sentía el olor a papel viejo que salía del cofre.

Una letra apretada, con mayúsculas recargadas de adornos, se dibujaba en las hojas más amarillentas.

Mariana se puso a leer:

Clusellas, 2 de septiembre de 1948

Ángela, querida mía:

Te extraño tanto que la única manera que encuentro para aplacar esta angustia es escribiéndote a diario. Muy pronto podremos casarnos, entonces nada ni nadie podrá separarnos.

A veces despierto por las noches y descubro que te he soñado, llevándote del brazo por la plaza de tu pueblo, mientras los hombres me miran con envidia, como ocurrió el último domingo en que nos vimos, ¿te acuerdas?

Cuando nos casemos, amada mía, tendremos a nuestros hijos: Héctor y Mercedes, tal como lo hemos elegido y seremos por siempre una familia feliz.

Mi amor, no sé si te ha ocurrido lo mismo que a mí, pero la última vez que estuvimos juntos, cuando nos despedimos, sentí que el beso que nos dimos fue diferente. Entonces comprendí que ya no

podemos esperar demasiado para casarnos. Quiero que seas mi esposa para poder amarte el resto de mis días y que...

Las risas de Mariana atrajeron a Mónica que se acercó a su sobrina y se puso a leer con ella:

...y que ninguna caricia nos sea prohibida.

Te amo desde el fondo de mi corazón y sé que nada podrá separarnos. Recibe con esta carta un millón de besos y el deseo de que sigas esperándome y soñando conmigo.

Eternamente tuyo,

Armando

Mónica y Mariana se rieron juntas.

—Pero mirálo al abuelo... Lo apasionado que era, quién hubiera dicho... Después continuaron hurgando en el cofre, siguiendo la historia de amor.

—Claro que Héctor nunca llegó. Y aparecí yo. Por suerte me pusieron Mónica y no Héctora.

Mariana reía con ganas.

Después siguieron revolviendo en el cofre y fueron desfilando fotos amarillentas, estampitas de bautizo, mechones de cabello atados con cintas manchadas de óxido...

—Mira, la participación del casamiento de mis viejos.

—Y aquí está la primera carta que le mandé a mamá desde España...

Leyeron cartas durante casi una hora, reviviendo momentos que Mónica creía olvidados, recuperando instantes que Mariana desconocía.

—Bueno basta, después la seguimos, ¿quieres? —dijo Mónica—. Debemos encontrar los papeles que necesito para mañana.

—Ay, dale la última, sé buena, después te ayudo. ¡Mira! Esta es de antes que yo naciera. Se la mandaba mami a la abuela. A ver que le decía...

Buenos Aires, diciembre de 1976

Querida mamá:

No quiero cargarte de angustia porque sé lo mucho que debes estar sufriendo con la enfermedad de papá. No hace falta tampoco que te excuses —como lo haces en tu última carta— por no haber podido estar a mi lado en estos momentos difíciles. Entiendo perfectamente que papá te necesita más que yo. Además Mauricio se ha portado muy bien. Le concedieron una licencia y estuvo cuidándome todo el

tiempo, durante la semana en que me internaron para los estudios, después en los días previos a la cirugía y ahora, en la convalecencia, más que nunca. Por momentos lo desconozco, ya que nunca fue demasiado tierno, y ahora está pendiente de mí todo el tiempo. Supongo que ya te habrá llegado la carta anterior, en la que te contaba que me irían a operar. Ya han pasado veinte días y recién la semana pasada, en la consulta con mi ginecólogo me enteré de la verdad. No pude escribirte en ese momento porque entré en estado de shock. Pero ahora necesito decirte lo que me está pasando porque tengo miedo de volverme loca.

El médico me explicó que cuando me abrieron se encontraron con ramificaciones inesperadas y que tuvieron que extirpar absolutamente todo, para asegurarse de que no quedara ni siquiera un indicio de la enfermedad. Eso significa —como ya podrás imaginarte— que nunca podré ser madre. Mauricio firmó la autorización y ahora se siente culpable.

A mí tuvieron que inyectarme un calmante porque me dio un ataque de nervios cuando me lo dijeron. No puedo entender por qué no me consultaron. El hecho de tener que someterme a la tortura de los rayos, no me angustia tanto como la certeza de saber que nunca voy a poder tener hijos. Estoy destruida y no puedo ocultártelo.

Mariana estaba pálida, miró por un momento a Mónica y después continuó leyendo.

La semana próxima comenzaré con el tratamiento. Mauricio consiguió que le prolongasen la licencia y podrá acompañarme para hacerme la aplicación de rayos. El médico dice que sólo es preventivo, que con la operación se ha hecho una limpieza profunda, pero tengo miedo.

Mauricio trata de consolarme diciéndome que podemos adoptar, que no hay diferencias, que si lo adoptamos de recién nacido será igual, pero yo siento que nunca será lo mismo.

Te pido por favor que me respondas, porque te necesito más que nunca y...

—Siempre lo supe... siempre lo supe —balbuceaba Mariana, con la cara desencajada.

Mónica no hablaba, sólo atinó a tomarle una mano, pero estaba segura de que Mariana no la sentía. Tenía la piel helada y parecía que hablaba para sí misma.

—De verdad que siempre lo supe. Nunca me contaban nada de cuando era chiquita, ni me explicaban por qué no tenía hermanos, ni a quién había salido tan rubia, ni por qué ellos tenían los ojos tan marrones y yo los tenía tan grises.

Mariana se quedaba mirando el vacío durante un rato y después continuaba:

—A veces con Lucía embromábamos con eso de que éramos adoptadas y ahora me acuerdo del reto exagerado que me dieron cuando nos escucharon. Yo no entendía por qué habían reaccionado tan mal...

si era una broma. Cuando yo le preguntaba a mi mamá si estaba muy gorda antes de que naciera, ella me contestaba, pero se ponía rara y enseguida cambiaba de tema. Ahora entiendo... ¿Por qué no me lo dijeron? ¿Por qué en todos estos años nadie me dijo nada?

Mónica no podía evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas al ver a Mariana, tan desvalida, tan triste. Oprimió más fuerte su mano y ella pareció reaccionar.

— ¡Vos lo sabías!—comenzó a gritar Mariana—. ¡Lo sabías! ¡Lo sabías y no me lo dijiste!

—Te juro que no, chiquita, te juro que no sabía nada. — ¿Por qué, por qué me mintieron? ¡¿Por qué?!

Mariana comenzó a tirar todo lo que encontraba, presa de un ataque de nervios. Las cartas volaron por el aire ante la patada que le dio al cofre. Siguió con los portarretratos que adornaban la cómoda, con los floreros y después se encerró en el baño y no respondió a los llamados de Mónica durante toda la noche.

7

Habían transcurrido dos semanas desde la noche en que Mariana se había enterado de que no era hija de Mauricio y Mercedes.

Aquella terrible mañana, después de abrir la puerta del baño, Mariana leyó hasta el último papel que encontró en el cofre.

El único indicio que halló sobre la adopción fue una carta que decía con mucha vaguedad:

"... Espero que hayas destruido la carta anterior. La beba que nos entregaron es hermosa, como podrás ver en la foto que te enviamos. El único problema que tuvo es una inexplicable infección en su oreja derecha, a eso se debe el vendaje que tiene. Tuvieron que hacerle una pequeña intervención y ha perdido el lóbulo, pero los médicos nos aseguran que tienen todo bajo control y que el oído no se ha visto afectado...

El mes próximo nos iremos al sur, ya que Mauricio ha pedido que lo trasladasen allá y... "

Mariana siempre había tratado de ocultar su oreja con el cabello. Mauricio y Mercedes le habían dicho que se le había encarnado un arito de oro siendo muy beba, y que el orificio de la otra oreja se le había tapado. Por eso nunca había usado aros.

Y ahora, al leer esto, Mariana comprendió que ellos desconocían lo ocurrido y que por eso siempre había sido tan vago el relato que le hicieran sobre el hecho.

Entre todas las cartas que leyó, encontró una que Mónica le enviaba a Angela desde España:

"...No puedo creer lo cambiada que está Mercedes en las fotos que me mandaste. Su panza está tan enorme que me hace pensar que tal vez, vaya a tener mellizos. ¿Hay antecedentes de partos múltiples en la familia de Mauricio? Dile de mi parte que..."

Eso le sirvió a Mariana para convencerse de que Mónica realmente no sabía nada de la mentira que habían urdido. Pero esto pareció no importarle demasiado y, desde aquella noche, no volvió a dirigirle la palabra.

Permanecía tardes enteras encerrada en su cuarto y cuando salía caminaba sola por el parque o se hamacaba sobre su propio cuerpo, en silencio, mirando hacia la pared.

Durante esos días parecía que ella había dejado de pertenecer al mundo. Se había olvidado de todo, del colegio, de su aspecto personal, hasta de la comida, ya que sólo tomaba algo de leche o alguna fruta. Se la veía demacrada y ojerosa en los pocos momentos en que salía de su dormitorio.

Había una carta de Washington que permanecía cerrada sobre su cómoda desde hacía más de una semana.

Ese sábado, se levantó cerca del mediodía y estaba deambulando en camión, con los cabellos revueltos, mordisqueando una manzana, cuando escuchó las voces que provenían desde el taller.

—Está muy mal, y por eso me toca todo a mí. No lo entiendo. Nunca creí que fuera a reaccionar de esa manera.

—Pues a mí me parece muy lógico. Debe ser muy difícil tener que aceptarlo. Además imagínate que los chavales, cuando son adolescentes, no reaccionan nunca en forma previsible. —Pero es inteligente. No puedo entenderlo. Mariana agudizó el oído tratando de escuchar mejor. La conversación le llegaba en forma parcial y supuso que estaban hablando de ella.

Ana ya había ido varias veces a entregar personalmente pedidos de flores o plantas a Palma Sola y había aceptado los mates y lacharla que le ofreciera Mónica. Ahora, hacía un largo rato que estaban conversando y una vez agotados los temas más triviales se había atrevido a hacerle algunas confidencias.

—Bueno, puedes venir cuando quieras. Por ahí te hace bien que hablemos. Yo también a veces me siento sola y no he encontrado muchas personas con las cuales comunicarme de verdad en este lugar.

Mónica acompañó a Ana hasta la puerta y alcanzó a ver cómo se corría la cortina del cuarto.

El domingo por la mañana Mariana se despertó por los fuertes golpes que daban en su ventana. Las risas de las chicas eran inconfundibles.

—Tenes un minuto para abrimos y cinco para vestirme y venir con nosotras. Hoy no te lo perdonamos...

—gritó Betiana.

Mariana salió a la galería con cara de dormida.

—No nos vengas otra vez con que estás depre, como nos dijiste el otro día, que vas a dejar de estudiar y todas esas pavadas, ¿eh?

—Te va a hacer bien venir con nosotras. Vamos hasta el río con los chicos, llevamos el mate y no nos vamos si no nos acompañas — le dijo Cris mientras le acariciaba el pelo—. Además te prometemos no llevarte al Rancho Real y protegerte de todas las ranas transparentes y monstruosas que se crucen en tu camino.

El mayor logro fue arrancarle una sonrisa a medias después de mucho esfuerzo. Estuvieron sentadas con ella por más de media hora y al ver que todo era inútil y que no podrían convencerla, se fueron hacia la plaza para encontrarse con el resto del grupo.

—¿No vas a abrir la carta? —le preguntó Mónica.

Mariana le respondió levantando los hombros.

Mónica estaba pasándose miel por la cara, envuelta en una bata, recién salida de la ducha.

—Por lo que parece hoy tampoco vas a dirigirme la palabra. Mira, yo estoy tan mal como tú. Descubro después de tantos años que mi madre y mi hermana son dos desconocidas, que mintieron alevosamente, hasta el punto de fingir un embarazo para perpetuarlo en fotografías, sin importarles nada...

Mariana seguía muda, mientras se hamacaba, sentada sobre el piso, de cara a la pared.

—Lo único que sé es que eres una inmadura y una egoísta, que has vivido toda tu vida entre algodones —siguió Mónica—, y ahora, ante el primer problemita te derrumbas. Eres una cobarde, una nena de mamá que no puede sobreponerse.

Mariana no aguantó más. Se levantó de un salto tumbando una silla.

—¡Sos una hija de puta! ¡Cómo podes hablarme así! ¡Pequeño problemita decís, hija de mil puta! —le gritó, mientras se abalanzaba sobre Mónica agarrándola de los cabellos.

Cayeron las dos al suelo. Mariana le pegó y la insultó. Mónica sólo trataba de esquivar los golpes. Cuando se calmó un poco la abrazó con fuerza y comenzó a acariciarla, mientras la calmaba con palabras dulces y la acunaba como si fuese un bebé, cantándole canciones de cuna en catalán. Mariana comenzó a sacudirse con fuertes sollozos, y siguió llorando durante más de inedia hora, mientras preguntaba a los gritos, algo que Mónica no podía responderle: "Por qué. decime por qué nunca me lo dijeron".

Pablo escuchaba a las chicas en silencio, mientras ellas le contaban lo extraña que estaba Mariana.

—Es un poco rara la minita esa, ¿no?' —dijo Loli.

Nano salió a defenderla:

—Primero no la llares minita. Y antes de sacar conclusiones pensá en todo lo que le loca vivir, que no es nada fácil. Los viejos están en Estados Unidos y quién sabe cuando vuelven...

—Callate, Nano, si vas a justificar hasta el plantón que le comiste hace quince días, cuando le prometió que iban a salir y no apareció —le dijo Loli.

—No apareció, pero me avisó con las chicas que estaba mal — se defendió Nano.

—Sí, le avisó, a los diez días... pero te avisó.

—Bueno, después de todo hablan por envidia, loco —siguió Nano—. Yo sé los problemas graves que tiene. Al viejo lo van a tener que operar y...

—Sí, y para completarla la lía ésa, que la está cuidando, me parece más rayada que una cebrá... — agregó Gastón.

—Y encima toda la mala onda que le tiró el tarado éste, la primera vez que vino con nosotros —dijo Débora dirigiéndose a Pablo. Yo estoy segura de que por tu culpa reaccionó así.

—Siempre hacen lo mismo... —le respondió Pablo—. Cuando aparece alguien de afuera, aunque sea un forro, lo convierten en rey... Y ahora me vienen a cargar mierda a mí. Ya se olvidaron, por supuesto, de todas las pavadas que ella dijo, y también de las que hizo, porque parece que no tiene ninguna importancia que me haya lirado la guitarra al río, ¿no?

Por primera vez Cris no lo defendió, y mirándolo con cara de reprobación le dijo:

—Lo que pasa es que no querés entender, Pablo. Si ella reaccionó asíese día, fue porque trataba de defenderse, pero como todo hombre sos bastante bruto para entender a una mujer. Se siente sola, tuvo un montón de cambios, necesita un poco de comprensión. Además no es tan forra como vos decís. Yo estuve charlando mucho con ella y es bastante pensante.

—Y además es un sol —agregó Nano poniendo cara de tonto.

—Bueno córtenla, loco —dijo Betiana—. Tenemos que pensar en algo para ayudarla. Debe ser rejodido estar tan sola.

—A veces uno puede tener ganas de estar solo, ¿no? —les contestó Pablo, levantándose.

El tampoco aguantaba a los chicos, hoy. En realidad no se aguantaba ni a sí mismo. Todavía no podía creer que fuese cierto lo que le estaba pasando.

Se puso a correr hasta la playa y cuando llegó, se quitó la ropa y se puso a nadar hasta que sintió que el cansancio lo relajaba. Se tumbó de espaldas y dejó que la corriente lo arrastrara.

Por la noche Mariana leyó la carta de su madre y después la rompió en pedazos. No le importaba absolutamente nada. Ni el retraso de la operación, ni sus preocupaciones, ni sus exigencias idiotas, pidiéndole que se portara bien, que fuese buena, que...

—¿No vas a pegarme de nuevo, no? —le preguntó Mónica con una sonrisa, mientras le acercaba una taza de leche tibia.

—¿Sabes? —le respondió Mariana con la mirada ausente—. Lo que más me duele es sentir que no sé quién soy, que todo lo que yo creí que era mi familia no existe, no es nada. Que mi abuela no fue mi abuela, que vos no sos mi tía, que ellos no son mis viejos, que yo no soy yo, ¿entendés?

—Mira Mariana, no sé si puede ser válido lo que voy a decirte, pero necesito hacerlo. Cuando nos conocimos en el aeropuerto esa mañana, no me caíste para nada simpática. Es más, si no estuviera algo urbanizada, te hubiese sacado la lengua o te hubiera dado un azote al ver las caras que me ponías. Traté de tenerte paciencia y en las pocas semanas que llevamos de convivencia aprendimos a tolerarnos bastante. Pero ahora algo ha cambiado. Yo no sé fingir los sentimientos, nunca pude hacerlo. Y odio la mentira tanto como tú. No puedo precisar cuando ocurrió, si fue la noche en que descubrimos la verdad, o fue después, en todos esos días en que te he visto sufrir tanto, o tal vez esta misma tarde, cuando te estreché en un abrazo, lo cierto es que descubrí que te quiero. Para mí, que nos unan o no, los lazos de sangre no modifica las cosas. Lo que siento por ti es auténtico, me nace aquí, en el corazón y me siento más cerca tuyo que lo que me he sentido antes de descubrir que no eras hija de Mercedes. Y quiero que sepas, que siempre podrás contar conmigo para lo que necesites, hasta para lo más doloroso que puede llegar a ser desenmascarar a mi hermana y buscar a tu verdadera madre. Mariana apretó la mano que Mónica le ofrecía y no hubo necesidad de que ninguna de las dos agregase nada.

8

—Bueno, inténtalo al menos. ¿Es que no tienes orgullo?

—Soy un desastre. No me sale, ¿qué querés?

Mónica movía lentamente la aguja del crochet para que Mariana entendiera. Una lazada, una cadenita, enganchar en el punto de abajo, otra cadenita y sacar el punto.

—¡Me salió! ¡Mira! ¡Tejí un punto!

—Te dije que podrías. Con un poco de esfuerzo a fin de año podrás terminar un cubrecamas.

—¿¡Qué!?! Estás loca. Con un punto es suficiente.

—Ya sabía que me ibas a defraudar —le dijo Mónica simulando una voz dramática—. Mejor dejemos las lecciones de tejido para más tarde y nos vamos a dar un paseo.

Caminaron un rato en silencio, escuchando el sonido del viento que se enredaba entre las agujas de los pinos y el canto de los pájaros.

Los árboles iban oscureciéndose en el horizonte y las cosas más cercanas se cubrían con una luz naranja y cálida. Se habían descalzado y hundían sus pies en la arena, que todavía conservaba la tibieza de la tarde. A esa hora el aire olía a eucaliptos.

Cuando pasaron frente al vivero Ana estaba descargando unas plantas. Mónica se detuvo a saludarla y se quedaron unos minutos hablando.

Mariana se dio cuenta de que la mujer la miraba con insistencia y, cuando llegaron a la esquina, notó —al darse vuelta— que Ana continuaba mirándola.

Pablo había salido a caminar solo, sin rumbo fijo. Era un fin de semana largo, sin clases, pero no había hecho planes porque no tenía ganas de ver a nadie.

Era temprano y por ser día no laborable las calles de la Villa estaban casi desiertas.

Cuando cruzó la ruta la vio. La reconoció desde lejos por su forma de caminar. Entonces comenzó a apurar la marcha.

La alcanzó antes de llegar a la estación de servicios.

—No te había visto —le dijo—. ¿Para dónde vas?

Mariana lo miró con cara de fastidio y levantó los hombros a manera de respuesta.

—¿Te molesta si caminamos juntos? —insistió él.

—En realidad no tengo ganas de estar con nadie.

Pablo siguió como si no la hubiese oído: —No viniste más a la plaza. Me dijeron que también dejaste de ir al colé.

—Volví a empezar esta semana. —El domingo vamos al río, ¿no querés venir? —No... no creo...

—Vamos a ir con "La Rana", pero yo por las dudas... no llevo más la guitarra.

Mariana sonrió y él se sintió un poco más seguro. —¿A que no te animas a entrar? —preguntó él cuando pasaron frente al cementerio. —¿Para que?

—Ah, sos maricona, como todas las mujeres. —Tu abuela es maricona, nene. Vamos...

Tuvieron que saltar por una tapia baja, porque el portón todavía estaba cerrado. Después se pusieron a caminar entre las cruces, leyendo los epitafios más extraños y comentando entre ellos los nombres de los muertos.

Mariana había recobrado su tono burlón.

—En el sur los cementerios son mucho más... elegantes. Acá te deprimen todas esas cruces en el suelo.

—Claro, lo que pasa es que acá los muertos no hacen desfiles de moda, son más sencillitos.

—Bueno córtala, no es para que me gastes tampoco. Además lo decía en serio. En los cementerios de allá hay grandes panteones. Les colocan mármoles y vitrales en las ventanas y estatuas de ángeles en los ingresos. No te interesa nada, nene, siempre estás hablando pavadas.

—Lo que pasa es que para mí es una pavada lo que estás diciendo vos. No creo que sea necesario tanto lujo para morirte. Después de todo allá no creo que necesites nada.

Siguieron un rato sin hablar hasta que Pablo se detuvo frente a una lápida enmohecida, en una hilera de nichos de una de las paredes que daban al sur. Se puso a quitar las telarañas de una fotografía amarillenta, rodeada por un marco barroco y semioxidado.

—Bueno y llegamos a la zona urbana —dijo Mariana con ironía—. A nuestra derecha podemos distinguir el ala sur del edificio en propiedad horizontal más importante de esta ciudad. Y nos encontramos con el portero, que tiene a su cargo la limpieza de este sitio.

En ese momento ella se acercó a la fotografía y lanzó una carcajada diciendo:

—Y esta debe ser una de las pocas fotografías del Yeti, el eslabón perdido entre el mono y el hombre, es indudable, ya que sus rasgos conservan aún una cierta semejanza con los simios.

Parece muy abandonado el pobre... ni una flor, sólo una margarita de plástico despintada. Parece que las únicas que lo visitan son las arañas...

—Te estás riendo de mi viejo, tarada.

Mariana se puso seria de golpe. Pablo levantó la vista y ella se dio cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Perdóname, yo no sabía... Te juro que lo de simio lo dije en broma y...

Pero Pablo no la escuchó porque ya estaba alejándose a grandes pasos hacia uno de los bancos que había en los caminos empedrados y grises.

Ella lo siguió y se sentó a su lado en silencio. Después de un rato, sin mirarlo y con voz muy baja, dijo:

—Perdóname, Pablo... ¿Me crees que te lo dije en broma?

Y después, al ver que él no le contestaba, agregó:

—Vos al menos sabes adonde está. En cambio yo...

El la miró asombrado y le contestó:

—¿Qué y vos no sabes acaso? Si los chicos dijeron que tus viejos están en Estados Unidos, así que tan mal no la estarán pasando.

—Yo no sé quiénes son mis viejos, Pablo.

—Pero deja de decir pavadas, si Nano dijo que...

—Nadie sabe nada de esto, y te pido por favor que no lo comentes. Hace veinte días que me enteré de que soy adoptada y desde entonces ya no sé quién soy.

—¿Lo decís en serio?

Pablo no necesitó la respuesta de Mariana para estar seguro de que no bromeaba; le bastó mirar su cara que se había entristecido de golpe, al no verse en la obligación de seguir simulando una falsa alegría.

—Entonces era por eso que dejaste el colé y no apareciste más en la plaza...

Ella asintió con un movimiento de su cabeza y Pablo alcanzó a ver que lloraba en silencio. Sin decirle nada le tomó una mano y permanecieron así un largo rato, cada uno metido en sus pensamientos.

Ana había ido a ver a Mónica. Necesitaba poder desahogarse con alguien y esa mujer, que tenía códigos tan distintos a la gente del lugar, le inspiraba confianza.

—Mira, yo sé que es muy delicado lo que quiero pedirte, y estás en todo tu derecho de decirme que no. Después de todo hace muy poco que nos conocemos y...

—Déjate de tonterías, Ana. ¿Qué es lo que le pasa?

—Que ya no sé cómo manejar la situación con Pablo. Necesito que alguien hable con él para hacerlo entrar en razón y pensé que vos...

—Yo encantada, pero no es nada fácil. Lo he visto sólo un par de veces y no voy a poder abordar un tema tan complejo haciéndome la consejera.

—Ya sé. Pero estuve pensando y bueno, como él no sabe que nos hicimos amigas, no creo que sospeche. Podrías invitarlo para que charle con Mariana y...

—Humm... lo dudo. Mariana es un poco especial y no creo que quiera. Va a ser muy difícil... A no ser que...

—¿Qué?

—Podría invitarlo a tomar unas clases de cerámica. Ya se lo había propuesto en otra oportunidad. De pronto acepta y...

—Ojalá que acepte. Estoy segura de que si le habla alguien que no sea yo, va a poder ver las cosas de otra manera.

—Por las dudas no te ilusiones demasiado. Yo solamente podré darle mi punto de vista...

Después se quedaron charlando de mil cosas y antes de que Ana se fuera, Mónica le mostró un retrato que le estaba haciendo a Mariana, como regalo sorpresa de cumpleaños.

—¿Qué es lo que te pasa? ¿Está tan feo que pones esa cara?

—No... está muy bueno. Lo que ocurre... es algo que ya me pasó el otro día cuando vi a tu sobrina. Es una sensación extraña, es como si la conociera de antes, de otra vida, no sé. Bueno no me hagas caso, yo soy un poco exagerada...

Después se despidieron y Mónica buscó sus pinceles para continuar con el retrato.

Pablo y Mariana permanecieron un largo rato en silencio. Ella retiró su mano despacio y le dijo:

—Pablo, yo no sabía lo de tu viejo... Por eso jodia con toda esa pavada del Yeti...

El le guiñó un ojo y le sonrió, mientras le contestaba:

—Ya sé. Yo no me puse mal por tu broma, sino por otras cosas. En realidad es más por mi vieja que por mi viejo. No es nada fácil tener una madre viuda que intenta consolarse. Pero ahora hablemos de otra cosa. Ya cambiamos suficientes secretos.

Después agregó con un gesto cómico:

—Y no me hagas acordar de la guitarra flotando en el río si no querés despertar mis deseos de estrangularte.

Los dos se rieron. Al rato ella preguntó:

—¿Qué es eso grandote que tiene una cruz en la punta?

—La tumba de King Kong —le contestó él.

—No, en serio, ¿qué es?

— Es un osario. Donde tiran los huesos de los muertos más viejos, de los que nadie reclama. ¿Te animas a que subamos a espiar?

—Dale.

Y se fueron a buscar algo que les permitiera comenzar el ascenso. Regresaron con una escalera que encontraron en un depósito que estaba sin llave.

Subieron hasta la parte más baja sin dificultades. Después Pablo intentó ascender hasta la punta, trepando por las paredes convexas y cubiertas de musgo. Pero era inútil, sus zapatillas resbalaban y no lograba llegar a la tapa.

—Descálzate —le sugirió Mariana.

Lo intentó descalzo y llegó sin problemas. Una vez arriba, logró sujetarse de un borde saliente, levantó la tapa con mucho esfuerzo y se puso a mirar.

—¿Qué ves?' Dale, yo también quiero subir.

Pablo se soltó hasta donde estaba ella.

—Si te animas, yo te alzo. Cuando toques el borde te agarras fuerte y me avisas para que te suelte. Después yo vuelvo a subir.

—A sus órdenes —le respondió ella.

Él comenzó a alzarla con cuidado, poniéndose a sus espaldas. Mariana tenía una remera corta y Pablo se estremeció al sentir la piel suave de su cintura, que casi cabía entre sus manos, y al oler su cabello que fue acariciándolo mientras se iba elevando.

Cuando ella le avisó, respiró hondo luchando contra sus ganas de seguir abrazándola y la soltó. Después volvió a trepar, hasta llegar a asirse del borde y se pusieron a husmear los dos, con las cabezas muy juntas, por el agujero hediondo del osario.

Un olor acre salía desde el fondo y alcanzaron a distinguir algún fémur y restos de huesos apilados.

—¡Qué asco! —dijo Mariana—. Me hace acordar a los cráneos que estudiábamos en tercero.

—Nosotros en el colé tenemos un esqueleto entero. Siempre le ponemos algo: un sombrero, un pucho, guantes.

—Sí, que vivo, pero es de plástico, no tiene el olor que tienen estos.

—¡Bájense enseguida de ahí, mocosos de mierda o quieren que llame a la policía!

Se dieron vuelta para ver quién les gritaba y casi se caen. Al ver la cara del hombre no lo dudaron. Se bajaron rápido y salieron corriendo con las zapatillas en la mano.

—¡Para, que me pincho toda! —gritaba Mariana. Pero Pablo siguió corriendo a toda velocidad mientras la arrastraba de la mano, hasta que estuvo seguro de haber puesto suficiente distancia.

Se escondieron detrás del tronco de un timbó enorme, excitados y risueños.

— ¿Por qué no paraste? —le dijo ella sentándose—. Me pinché toda...

Pablo tomó entre sus manos los pies de Mariana y fue quitándole las espinas con mucho cuidado. Después se demoró un poco, revisando si no quedaba alguna, pasando sus manos con suavidad, en un gesto que se asemejaba mucho a una caricia.

9

Pablo se recostó sobre el pasto fresco, recién cortado y se quedó un rato mirando el árbol desde abajo. Un camino de hormigas subía y otro bajaba por la corteza rugosa. En lo alto, estallaban amarillas las flores del Ybirá-Puitá. Pablo se acordaba de lo que le decía su mamá cuando era chico y se sentaban bajo la sombra del árbol. "Lo plantó tu papá el día en que naciste. Cada vez que lo miremos será como si lo viéramos a él".

Entre las hojas más altas se recortaba el celeste intenso del cielo, y las nubes, arrastradas por el viento, parecían querer llevárselo con ellas.

—Pablo...

La voz de Ana le llegó con claridad pero él no le respondió. Después de llamarlo varias veces ella se acercó y se sentó a su lado.

—Creo que tenemos que hablar —le dijo—. Entiendo lo que debes estar sintiendo, pero...

Pablo se levantó y se dirigió al invernadero sin responderle.

Después abrió el grifo y comenzó a regar las plantas. Oprimió el extremo de la manguera y permaneció un largo rato haciendo que el agua golpeará con furia las flores y las hojas más débiles.

Era casi el mediodía y el sol ya se hacía sentir en esos últimos días de octubre.

Mariana estaba descansando sobre una reposera desvencijada de lona, a la sombra de los plátanos.

—Seguro que te despertó el canto del gallo —le dijo a Mónica, al ver que estaba acercándose.

—Yo no tengo horarios. No lo soportaría. Quiero sentirme viva. Comer cuando tengo apetito, dormir cuando tengo sueño, cantar cuando estoy contenta y llorar cuando me siento triste —le respondió Mónica—. Es bueno no traicionar tu condición humana.

—Pero no es tan fácil. Yo, por ejemplo, hoy no tengo ganas de ir al colegio, pero si faltó, quedo libre. Así que tengo que seguir traicionando mi condición humana...

Génica acomodó una bandeja con ensaladas de todas clases y jugo recién exprimido. Sirvió un plato y se lo pasó a Mariana.

—¿Es que nunca vamos a comer en la mesa, con mantel y todo lo que corresponde?

—¿Quién determina qué es lo que corresponde? —le preguntó Mónica.

—No sé, supongo que las buenas costumbres... —Bueno, para mí es una muy buena costumbre comer al aire libre y no tener que preparar la mesa. Imagínate que no ensucias mantel y las migas se las comen las palomas.

—Suena práctico pero me quedan dudas... ¿comer de esta manera responde a nuestra condición humana? —preguntó Mariana con voz irónica.

—Lo llevas al extremo. Cuando hablaba de no traicionar tu condición humana, me refería a tus sentimientos. ¿O te piensas que no me doy cuenta de que te estás reprimiendo de abrir las cartas para castigar a tus viejos?

—No son mis viejos.

—Pero me parece que tienes ganas de verlos, ¿no?

Ella levantó los hombros pero no pudo esconder la mirada.

—Mariana, no necesitas castigarte. Si los extrañas, escríbeles o lee las cartas. Tampoco quisiste atender a tu madre por teléfono y ya no sé qué excusa inventarle.

—Pero me mintieron, ¿entendés? Si me hubieran dicho la verdad desde el principio, no me pasaría lo que me está pasando. No sé si mi mamá verdadera se murió o no me quiso o... ya no sé quién soy, eso es lo más terrible.

—Yo estuve averiguando algo por mi cuenta. -¿Y...?

—Digamos que armaron muy bien la mentira. Tienes partida de nacimiento como si realmente fueras su hija. Va a ser difícil. Los únicos que podrían contarnos la verdadera historia serían ellos.

—¿Y te parece que si mintieron tanto antes, ahora nos van a decir la verdad?

—Sinceramente, no creo.

—¿Y entonces?

—Yo no te digo que averigües la verdad a través de ellos, lo único que intento decirte, es que si los extrañas, si los sigues queriendo pese a todo, no te niegues ese sentimiento.

—Lo que pasa es que me resulta muy difícil hablarles sin tocar el tema. Y no puedo hablar de todo esto a través de una carta o de un teléfono...

—Te entiendo... Creo que por el momento, lo único que podemos hacer es intentar descubrir alguna pista, algo que nos lleve a la verdad por otro camino.

Mariana no agregó una palabra, pero su mirada reflejaba todo el desamparo y la angustia que sentía.

Mónica le acarició con ternura la cabeza, y después se quedaron un largo rato en silencio.

Nano había ido a pasar unos días a su quinta y, mientras aguardaba el micro, intentaba sobrepasar la ruta arrojando piedritas.

—Córtala, loco, que le vas a pegar a un auto —le dijo Pablo. —¿Se puede saber qué te pasa? Desde hace un tiempo estás más aburrido que la profesora de geografía. No hablas, y ahora encima me jodés. ¿Te agarró un ataque de viejitis? —No seas pesado.

—Mira, Pablo, somos amigos desde hace rato, ¿no? Podrías contarme lo que te pasa.

—Tengo problemas con mi vieja, pero no quiero hablar de eso. —El domingo nos vamos al río. — ¿Quién va?

—¿No me ves la cara ? Mariana, vuelve a ir Mariana, loco. Te juro que esta vez le digo que la amo — le dijo Nano arrojando una piedra para arriba.

En ese momento sintieron la frenada de un coche y una bocina que comenzó a sonar.

—¿No te dije? Seguro que le pegaste, boludo —le dijo Pablo furioso.

Pero cuando miraron hacia el auto, vieron a Mónica, que a través de la ventanilla les gritó:

—¡Suban que los llevamos!

Desde el asiento trasero el perfume inconfundible de Mariana le llegaba a Pablo como un bálsamo, mientras escuchaba a Nano, que no paraba de hablar, asegurando que el domingo pasarían un día espectacular.

Después de manejar un rato en silencio, Mónica, mirando por el retrovisor, le dijo a Pablo:

—No sé si te acuerdas, pero un día prometiste acompañarme a tomar mates, y de paso podríamos iniciar las clases de cerámica.

—Bueno, un día de estos voy.

—Ya me has dicho eso antes y no apareciste. Te comprometo para un día. ¿Qué te parece el sábado?

—A la mañana únicamente, porque...

—Por la mañana va a ser muy difícil —dijo Mariana—. Ella es algo así como la bella durmiente...

—No siempre —la interrumpió Mónica—. A veces madrugo. —Entonces, como a las diez y media, once... —siguió Mariana con voz irónica.

Todos se largaron a reír.

—Está bien —dijo Pablo—. A las once estoy ahí.

Por la noche Mariana abrió las cartas que habían permanecido cerradas sobre su cómoda. En menos de media hora se enteró de las últimas novedades: la fecha de la operación había sufrido una nueva postergación debido a la necesidad de preparar adecuadamente a su padre, ya que se encontraba muy débil y deprimido. Su madre le suplicaba que le escribiese unas líneas para levantarle el ánimo. Por supuesto, le recriminaba su prolongado silencio y —como de costumbre— adjuntaba una larga lista de consejos y advertencias.

Mariana tiró las cartas adentro de un cajón y se puso a escribir en su diario.

Octubre del 94

No sé por qué pero sigue pareciéndome tonto encabezar lo que escribo colocando "Querido diario", así que seguiré escribiendo lo que sienta sin dirigirlo a nadie.

No quiero releer las últimas hojas que escribí hasta que no haya pasado mucho tiempo. Me siento muy extraña, no sólo por lo que me he enterado, sino también porque junto a la mentira se cayeron muchas ideas que tenía antes sobre los valores de la vida.

Al único que me animé a contarle fue a Pablo, pero no volví a verlo a solas en todos estos días y si nos encontramos no sé si me animaré a decirle algo porque me da mucha vergüenza hablar de todo eso. Antes pensaba que era un tarado, pero después de lo del otro día, creo que estaba equivocada.

No puedo decirle a nadie que me siento vacía, que cada vez que pienso en mis viejos, bah, en ellos (ni sé cómo llamarlos), me hago pelota, porque es cierto lo que me dijo Mónica, aunque yo no le diga que es así, a pesar de todo el odio que les tengo por haberme mentado, los extraño, y al mismo tiempo si los pudiera tener adelante estoy segura de que no podría abrazarlos. Tantos sermones, tantos cuidados, tanto reto, tantas misas, tanto hablar de Dios, de la verdad, de la familia... Tanta mierda.

Necesito que me comprendan y me quieran más que nunca, pero sólo la tengo a Mónica.

A veces voy caminando por la calle y me pregunto si alguna de las mujeres que cruzo no será mi mamá.

Mariana guardó su diario y se acostó llorando, abrazada a su almohada.

10

Cuando Pablo llegó a Palma Sola, Mónica ya estaba levantada. Había preparado una mesa en el patio, bajo la sombra de los árboles. La mañana se presentaba tibia, sin brisa y los pájaros estaban alborotados.

—Mariana todavía está durmiendo —le dijo Mónica—. Vamos a sentarnos.

Hablaron de mil cosas: de la primavera, de las plantas, del vivero, del colegio...

—Bueno —le dijo ella al rato—, hoy comienzan las clases que te prometí. El barro nos espera.

Y tomándolo de la mano lo arrastró hasta el taller.

Le arremangó la camisa, riéndose porque él era mucho más alto. Pablo, siguiéndole la broma, levantaba los brazos a propósito para que a ella le costase llegar.

Mariana los miraba a través de la ventana, sin entender demasiado dónde estaba la gracia, cuando la vieron.

—Mira la que me decía Bella Durmiente... —le dijo Mónica—, qué madrugón que ha dado.

—Hola... —respondió ella entrando.

—Dale, Mariana —le dijo Pablo—. Tu tí... eh... Mónica nos va a enseñar a trabajar el barro.

—Así es. Te aclaro que Mariana te lleva ventaja porque ya realizó su primera escultura.

—Sí, pero se me rompió. Me parece que no me llevo bien con los ángeles...

Los chicos se acomodaron en unas sillas pesadas, de asientos de cuero trenzado. Mónica les entregó dos trozos grandes de barro y les dijo:

—Lo primero que hay que hacer es olerlo... Y también les voy a decir algo muy importante, el barro es sacado de la orilla del río y está enriquecido con la vida. Con la vida de las plantas que han quedado sepultadas en ella, con la vida de los animales, escarabajos, hormigas y vaya a saber uno, cuántos bichos más, que no han muerto, sino que se han transformado, abonando la tierra, mezclándose con el agua, para dar como resultado esta arcilla, que tienen que aprender a respetar y a amar, para poder darle después, lo mejor de ustedes mismos: el alma.

Mariana y Pablo, cautivados por las palabras de Mónica, se dejaron llevar por las sensaciones que les transmitía el barro húmedo entre los dedos. Estaban muy cerca uno del otro. Sus brazos se rozaban mientras amasaban la arcilla, y ninguno de los dos dejó de percibir el cosquilleo que les recorría la piel, cada vez que se tocaban.

Mónica puso una música suave de fondo y el tiempo se fue esfumando sin que ninguno de los tres lo notara.

Ana estaba hablando por teléfono con Sergio y no sintió que golpeaban las manos. Cuando colgó, al darse vuelta, se encontró frente al hombre de los bigotes recortados y la cabeza rapada.

—Me recuerda, ¿no?

Trató de mostrarse calma, pero cierto temblor de sus manos al intentar acomodar unas facturas, la delataba.

—Vengo a hacerle un reclamo, señora... —le dijo él mientras iba deteniendo su mirada, con descaro, en el cuerpo de ella.

—¿Tuvo algún problema con los espinos de fuego?

—No, están fogosos y agresivos, como debe ser —le contestó el destacando exageradamente las últimas palabras.

—¿Entonces?

—Se trata de su hijo. El pibe del ciclomotor, ¿es su hijo, no?

—Sí, Pablo es mi hijo, ¿por qué?

—Porque ya es la tercera vez que pasa por mi propiedad, sin permiso, invadiéndome con su moto, nada más que por acortar camino.

—Perdón, pero usted vive en La Aurora, ¿no?

—Así es.

—Si yo no recuerdo mal, La Aurora siempre ha estado dividida por una calle pública. Si usted se refiere a que Pablo lo invade al atravesar esa calle...

—Sí, eso era calle antes de que yo la comprara. Sepa que yo he cerrado esa entrada con un portón y no voy a permitir que nadie viole mi propiedad.

—Mire, señor, hay una reglamentación municipal que usted no puede desconocer...

—Voy a darle un consejo que espero sepa aceptar, por su bien y sobre todo por el de su hijo, mi estimada señora —continuó mientras seguía mirándola con descaro—. En mi casa, las leyes las pongo yo y no me gusta que me desobedezcan. Espero que no lo olviden. Buenos días.

Y sin esperar respuesta, hizo una inclinación burlona de cabeza y se fue, dejando a Ana angustiada y furiosa.

Pablo y Mariana se recostaron sobre las baldosas frescas de la galena, acalorados, después de jugar durante más de una hora al tenis.

—¿Y tu... y Mónica?

—Debe estar reponiéndose del madrugón de esta mañana. De paso me hiciste acordar... No seas tarado. Ya hoy, cortaste la palabra tía por la mitad y encima adelante de ella...

—¿Ella no sabe nada?

Mariana suspiró. Tenía ganas de desahogarse, así que en un rato le contó cómo se había enterado de todo y lo mal que estaba sintiéndose.

—Yo en realidad, no le dije a ella que te había contado, qué sé yo... es como que no me dan ganas de hablar de eso y al mismo tiempo necesito hacerlo. Bueno, pero ahora le voy a decir que te conté...

—Mira, yo quisiera ayudarte, pero...

—¿Me ayudarías de verdad?

—Sí. Decíme, y yo hago lo que sea...

—Yo quiero descubrir quién soy.

Los ojos claros de Mariana se ensombrecieron.

—Yo necesito saber cómo me llamo de verdad, adonde está mi mamá, quién fue mi papá, por qué no me quisieron...

Pablo le tomó la mano.

—No te pongas mal. Yo te voy a ayudar. Ya vas a ver... Te juro que vamos a averiguar todo sobre tu verdadera familia...

Mariana dejó un rato su mano en la de él y después, un poco turbada, la quitó.

—Y vos —le preguntó—, ¿seguís mal por lo que me dijiste el otro día sobre tu mamá?

—Sí, hace rato que no nos damos bola, pero ahora no tengo ganas de hablar de eso. A lo mejor otro día te cuento todo. Ahora no. Ahora te invito a dar una vuelta en moto...

—Toma —dijo Pablo con gesto hosco—. Dejaron esta carta para vos en el mercadito.

—Gracias, mi amor... —le respondió Ana—. Vení, quiero que hablemos...

—Más tarde, me voy a bañar.

Ana abrió el sobre y se puso a leer la carta. Después se fue al invernadero y comenzó las tareas de la tarde. Revisó los plantines recién trasplantados, removió la turba que formaba una montaña despareja, cerró los grifos del riego y salió al patio.

Se sentó un rato a contemplar el sol, que ya estaba desapareciendo detrás de los eucaliptos. El atardecer se iba llenando de sonidos. La tierra húmeda despedía su olor tibio y dulzón de primavera.

Pablo, recién salido de la ducha se sentó a su lado y al rato le dijo:

—También te escribe cartas.

Ana sonrió.

—No era de él la carta. Es una invitación para una cena, para un reencuentro. Nos vamos a volver a ver después de veinte años, los egresados del bachillerato. Bueno, en realidad con algunos nos seguimos viendo...

—¿Cuándo es la cena?

—Faltan dos meses. Lo que pasa es que me escriben con tiempo para que los ayude a organizar, sobre todo para que averigüe algunas direcciones y consiga fotos de aquellos años y todo lo que se me ocurra...

—¿Vas a ir con él?

—Y con vos.

—Yo no voy si va ese tipo.

—Pablo, de eso quiero que hablemos...

—Yo no tengo nada más que decirte.

Y diciendo eso fue a encerrarse en su dormitorio.

11

—Mira, Pablo, yo no tengo por qué inmiscuirme y odio dar consejos, pero me puedo poner en lugar de tu madre y puedo asegurarte que no es muy lindo estar sola. Y menos en este lugar.

—Mi vieja nunca tuvo miedo...

—No me refiero a eso. Este lugar es tan exuberante, tan mágico, tan maravilloso que no puedes dejar de compartirlo con alguien.

—Sin embargo vos estás sola...

—Es distinto.

—¿Por qué?

—Yo estoy sola por elección. Porque la persona con la que quisiera estar se encuentra demasiado lejos.

—Y cuál es la diferencia. Según lo que ella dijo siempre, con la única persona que ella hubiese podido estar era con mi viejo. Bueno, que haga como vos, que piense que está lejos y listo.

Pablo —molesto— se quitó la remera y la tiró sobre una silla. El calor ya comenzaba a sentirse.

—No es lo mismo, Pablo. Tu padre no puede volver. Yo sí. Además si estoy sola no es únicamente por eso. También es porque aquí no conocí a nadie que lograra conmoverme.

—Yo no lo soporto. Si fuese otro tipo no me importaría, pero no puedo entender que mi vieja esté saliendo con ese tarado.

—Me parece que estás exagerando... Al menos intenta conocerlo un poco y después...

—No hace falta conocerlo demasiado. Si mi vieja te lo presenta, vas a ver que no exagero.

—¿A ver cómo alisaste los bordes? No, así no. A ver si lo puedes hacer mejor...

Ella le tomó los dedos y humedeciéndoselos en el agua, comenzó a movérselos con suavidad sobre el barro.

—El barro es muy sensual y la sensualidad es parte de la vida, ¿no? —le dijo ella.

Los dos se sobresaltaron al oír el portazo y al darse vuelta vieron a Mariana que se alejaba.

—¿Qué es lo que le pasa a Mariana? —preguntó Mónica.

— No sé. Estábamos empezando a ser amigos y de golpe me cortó el rostro. El domingo estábamos bárbaro, jodimos, cantamos y, al rato, después de que se fueron con las chicas a caminar por la playa, volvió medio rayada y no me dio más bola. Las mujeres son tan raras...

Ana había bajado una gran caja llena de fotografías y se puso a buscar. Estaba segura de que su madre, con lo conservadora que siempre había sido, la debía de haber guardado. Ella había traído muchas cosas antes de alquilar la casa, cuando no pudo más con la enfermedad de Leontina y decidió internarla en el geriátrico. Había elegido todo aquello que tuviera un significado afectivo, pero después lo había apilado en la habitación de los trastos y nunca lo revisó. Sentía que no era bueno hurgar en el pasado.

—Acá está, por fin. Éste debe ser.

Se puso a revisar un gran sobre de papel madera, resquebrajado en los bordes, y ahí encontró lo que buscaba.

En ese momento entró Pablo.

—No lo puedo creer... 1973. Fíjate, acá estábamos con un profesor de historia que era macanudísimo. Nos enseñaba historia retrospectiva porque era la única manera de acercarnos a la realidad. No teníamos materias específicas sobre el tema y estábamos en plena reapertura democrática. Esta foto la sacó él durante una entrevista que le hicimos a un famoso político de esa época. Después desapareció durante el proceso.

—¿El político?

—No, el profesor. El político estuvo detenido, pero en forma legal.

Pablo decidió darle una tregua a Ana, sobre todo porque sintió mucha curiosidad ante esas fotografías viejas que nunca le había mostrado.

—¿Ésa eras vos? ¿Qué te habías hecho en la cabeza?

—Bueno, se usaba ese peinado.

—Mira los pantalones... ¡qué feos!

—Eran horribles, realmente, pero estaban de moda... Ay, mira, acá está. Ésta estaba buscando, la del 75, cuando nos recibimos.

—A ver, mostrámela... ¡Qué cara de nabos que tienen! —dijo Pablo. Y después de observarla durante un largo rato preguntó:

—¿Y ésta quién es?

—¿Cuál, ésta? Esa es Nora. Siempre estaba al lado de Adriana, eran inseparables...

—¿Vos no la ves medio parecida a Mariana?

—Tiene un aire, sí, mirándola bien...

—Es reparecida, ma...

—Es cierto... Mira, cuando yo vi a Mariana por primera vez no podía dejar de mirarla porque me recordaba a alguien y no sabía a quién. Claro... me hacía acordar a Nora... Qué casualidad, ¿no?

—Algunos de los que están en la foto los conozco, pero a otros no los vi nunca.

—Lo que pasa es que a muchos te los presenté yo, cuando venían al vivero o cuando nos encontramos una vez, hace unos cuantos años en una fiesta de reencuentro, para un aniversario del colegio.

—A la que es parecida a Mariana no me acuerdo de haberla visto nunca y a su amiga tampoco.

—A Adriana la mataron a fines del año 76, en un enfrentamiento, en plena calle. Al menos eso fue lo que dijeron en un comunicado. Entregaron el cuerpo a la familia en un cajón cerrado, como dos años después. Ni me quiero acordar de todo eso porque fue terrible. Y Nora... en realidad lo de Nora nunca se aclaró. Algunos dicen que desapareció pocos meses después, que la secuestraron las fuerzas parapoliciales de la dictadura. Otros dicen que alcanzó a irse al exterior. Nunca pudimos averiguar con certeza lo que pasó porque su familia no era de acá. Fueron épocas terribles, Pablo.

—Me hablaste muy poco de todo eso. Yo quiero que me cuentes.

—Hay cosas que es mejor no recordar, mi amor. Duelen demasiado.

Apartaron varias fotos y Pablo le pidió que le prestara la de la promoción para mostrársela a Mariana.

—Lo que pasa es que es la única en que estamos todos —le dijo la madre—. Está bien, llévala, pero no la vayas a perder...

—No jodas, vieja, se la llevo a Mariana para que la vea y después te la devuelvo.

A la mañana siguiente, lo primero que Pablo hizo al levantarse, fue ir a lo de Mariana.

—¿Se la mostraste? —le preguntó a Mónica cuando salió a atenderlo.

—Sí, y ella también se ha quedado impresionada. Te diría que puede ser casualidad, si no fuera porque tengo la certeza de que las casualidades no existen.

—¿Mariana no está? —preguntó Pablo.

—Está estudiando en la casa de una amiga.

—¿No te dijo nada de por qué ayer no quiso verme?

—No. Tampoco se lo pregunté.

—Hace desde el domingo que no me da bola. Sé que es muy duro lo que le pasa, pero me parece que Mariana es bastante chiquilina.

—No es para nada fácil lo que ella está viviendo, Pablo, debes tenerle un poco de paciencia. Toma la fotografía, devuélvesela a tu madre. Tendríamos que saber quién puede darnos algún dato sobre esta mujer.

—Algo me contó mi vieja, pero tendrías que hablar vos con ella, para que te dé bien todos los detalles. Creo que está desaparecida o se fue del país, algo así. Yo ahora no voy para casa. Tenela un día más y después, cuando se la llevas le preguntas —le respondió él.

Mónica se quedó pensativa, mirando a Pablo que se alejaba en el ciclomotor levantando una nube tenue de arena.

Mariana encendió el grabador y mientras la música la aislaba de los ruidos de la noche, que penetraban a través de la ventana abierta, se puso a escribir en su diario:

Octubre del 94

Cada día que pasa me siento más sola. Hace más de una semana que no hablo con Pablo. El domingo no le di bola, pero yo sólo sé cuánto me costó.

Cuando nos fuimos a caminar por la playa con las chicas, Cris me llamó aparte y me confió toda la historia que tuvo con Pablo. A mí me parece medio estúpido lo que me pidió, pero voy a tratar de cumplir porque se lo prometí.

No sé lo que me pasa. En el momento en que ella me lo hizo prometer me pareció que me sería fácil, que Pablo realmente no me importaba, y hasta estaba segura de que si yo no le daba bola, él volvería a salir con ella y todo estaría bien. Pero ahora siento que fue estúpido prometerle algo así. Yo quiero ser amiga de él y ahora creo que arruiné todo, porque hoy, cuando intenté hablarle ni siquiera me miró. El domingo vamos a ir otra vez al río, pero lo voy a pasar horrible. Seguramente Cris y Pablo van a volver a arreglarse.

Ayer les contesté a... a "ellos". Les puse muy poco, que estaba bien, que no tenía tiempo para escribirles porque me iba muy mal en el colegio, que no tenía ganas de estudiar y que era muy posible que me llevara varias materias. En realidad creo que no voy a llevarme ninguna porque levanté casi todas las que tenía bajas, pero tengo que desquitarme con algo. Les puse que los extrañaba porque es cierto, pero no les dije que tuviera ganas de verlos ni que los quería porque la verdad, es que no sé lo que siento. Odio tanto las mentiras que no sé si voy a poder perdonarlos algún día.

Mejor me voy a dormir, así por lo menos no tengo que pensar.

Ocultó su diario y apagó la luz.

12

El primer domingo de noviembre se presentó nublado, con una humedad tibia que empalagaba el aire. Nano, Loli y Gastón, con las manos tan engrasadas como la cara, se sentaron furiosos sobre uno de los estribos del auto.

—Les dije que era una catramina —dijo Mariana, intentando aunque más no fuera despertar la bronca de Pablo, porque su indiferencia se le hacía insoportable.

Él hizo como que no la oía y abriendo el capó que los chicos habían cerrado, comenzó a hurgar con llaves y pinzas. Al rato le colocó la manija y la hizo girar. El escape escupió ruidos secos y, por fin, el motor se sacudió y comenzó con su marcha ruidosa y pareja.

—¡Bravo por Pablo! —gritaron todos, mientras se apresuraban a subir. En la playa los estarían esperando las piraguas para cruzar a las islas.

Pablo manejaba en silencio. Nano la ayudó a subir a Mariana y ella quedó sentada entre medio de los dos. Durante el trayecto, Nano trató inútilmente de hacer reír a Mariana, que estaba ensimismada, debatiéndose entre el sentimiento de culpa por desear romper la promesa que le había hecho a Cris y la furia que sentía ante la frialdad incommovible de Pablo.

El sol asomaba de tanto en tanto a través de los nubarrones que cada vez iban poniéndose más grises. Cuando llegaron, por más esfuerzos que hizo Cris para que Pablo navegase con ella, tuvo que aceptar como acompañantes a Betiana, a Gastón y a Loli, que casi la arrastraron a una de las piraguas. Débora y Nano se subieron a la otra, y a Pablo y a Mariana no les quedó más alternativa que subirse con ellos. Cruzaron el río cantando. Los chicos se hicieron cargo de los remos y se pusieron a competir con fuerza para ver quién llegaba antes, sin darse cuenta de que tiraban agua para todas partes.

—¡Imbécil! ¡Me mojaste toda! —le gritó Mariana a Pablo.

El estaba perdiendo la paciencia y, pese a que se había prometido a no dirigirle la palabra en todo el día, se dio vuelta para insultarla. Pero, al hacerlo, sus ojos se quedaron fijos en los pechos de ella, que se marcaban debajo de la remera mojada. Estaba sentada sobre un cajón, muy cerca de él, tan cerca que podía oler su perfume.

Mariana sintió que se ponía colorada. Se puso de pie para bajar y, sobre todo, para evitar que él siguiera mirándola. Entonces fue cuando ocurrió lo peor. La piragua tocó la arena del fondo y ella perdió el equilibrio cayendo sobre Pablo, que la tomó con suavidad, para impedir que se golpeará.

Se quedaron unos segundos en silencio, turbados. Después él balbuceó una disculpa y se bajó de un salto.

A media tarde Mónica decidió ir hasta el vivero. Después de conversar durante un rato sobre temas superficiales, se pusieron a hablar de Pablo.

—Mira Ana, con respecto a lo que me habías pedido, no creo que sea fácil convencer a tu hijo, pero estoy segura de que cuando él tenga su propia pareja —y me parece que no falta demasiado para esto—, lo va a aceptar con más naturalidad.

—Yo no entiendo por qué hace tanto escándalo.

—Dale tiempo. Está sufriendo, siente que alguien desconocido va a ocupar un lugar que él había heredado.

—Espero que sea así. No estoy dispuesta a cortar con Sergio.

—No creo que sea necesario, ya vas a ver... Hablando de otra cosa... Te devuelvo esta foto. La verdad es que no sé cómo empezar, o tal vez me sienta culpable por traicionar a Mariana, pero tengo que contarte una historia.

Habló durante largo rato. Ana comenzaba a buscar en su memoria cuando llegó Sergio y tuvieron que interrumpir la charla. Después de las presentaciones y de una conversación afable alternada con mates y risas, Mónica tomó la guitarra de Pablo y se pusieron a cantar durante el resto de la tarde, con tanto entusiasmo, que ninguno de los tres advirtió lo oscuro que se estaba poniendo el cielo.

Cuando se desató la tormenta estaban cruzando el río. La lluvia caía como una cortina y no podían ver nada. Eran apenas las ocho, pero parecía noche cerrada. De tanto en tanto los relámpagos iluminaban los contornos desdibujados de las cosas.

—¡Es una locura cruzar, volvamos!

La voz de Pablo se perdía con el viento, que comenzaba a soplar cada vez más fuerte.

Cuando llegaron a un remolino, el río sacudió la piragua peligrosamente.

Remaban con desesperación pero no podían llegar a la orilla porque la corriente los arrastraba hacia adentro.

No vieron el tronco que se acercaba flotando y cuando se dieron cuenta de lo que pasaba, la embarcación giró bruscamente y se dio vuelta. Débora y Nano alcanzaron a aferrarse de los flotadores del costado.

Pablo miraba como la piragua se iba alejando. La hubiera alcanzado en dos brazadas, pero vio que Mariana se estaba hundiendo y nadó hasta ella.

La tomó como pudo y después se aferró al tronco que los fue llevando a la deriva. Un relámpago cortó la oscuridad por un momento y Pablo pudo ver que estaban muy cerca de la isla. Entonces se animó a soltar el tronco y nadando con muchísimo esfuerzo, logró aferrarse a unos juncos de la orilla y salir fuera del agua con Mariana.

La tormenta no amainaba. Se refugiaron debajo de unas enredaderas. Los truenos sacudían la tierra y el agua se filtraba entre las plantas. Mariana temblaba y no paraba de llorar. Pablo comenzó a hablarle al oído, con dulzura, como si ella fuese una nena, pero no logró calmarla. Entonces empezó a acariciarla. Primero con suavidad, como con miedo de que ella lo rechazara. Después la abrazó con fuerza, para quitarle el frío y el miedo.

Ella se dejó envolver por el cuerpo tibio de Pablo y poco a poco se fue calmando. Después apoyó la cabeza en el pecho de él y más tarde lo rodeó con sus brazos.

La tormenta se iba alejando. La lluvia era apenas una llovizna tenue y sin embargo ellos todavía seguían abrazados. Y así, los sorprendió la luna unas horas más tarde, cuando las nubes se disiparon.

La prefectura los encontró pasada la medianoche.

Mónica y Ana habían hecho la denuncia cuando vieron que se desataba la tormenta y los chicos no volvían. Sergio se puso a organizar la búsqueda y con la ayuda del resto del grupo que ya estaba a salvo en tierra, pudieron encontrarlos.

Ahora estaban reunidos en Palma Sola, tomando un café, más distendidos, mientras Pablo y Mariana les contaban todo lo ocurrido.

Ana no podía dejar de mirar a Mariana. Después de lo que Mónica le había contado, su memoria era un torbellino tratando de rescatar alguna pista que pudiera ayudarlos.

—No quiero pensar qué pasaría si tus viejos se llegaran a enterar de lo que pasó esta noche —dijo Sergio dirigiéndose a Mariana.

—No creo que ése sea un tema que te interese a vos —le contestó Pablo.

Ana iba a hablar, pero un gesto de Mónica hizo que callara.

La lluvia había cesado hacía largo rato. Las ranas los aturdían con sus cánticos que penetraban por las ventanas abiertas.

Habían cortado la luz y encendieron una lámpara antigua que funcionaba con aceite. Permanecieron un rato en silencio, mientras, las sombras amarillentas y fantasmagóricas de sus cuerpos, que se proyectaban sobre las paredes blancas y el olor del aceite que se iba quemando, los envolvía en una atmósfera irreal, como rescatada del pasado.

Después conversaron durante varias horas hasta que Ana se dio cuenta de que los chicos se habían quedado dormidos. Despertaron a Pablo. Mónica cubrió a Mariana con una manta para que siguiera durmiendo, hecha un ovillo sobre el sillón, y los acompañó hasta la puerta. Casi amanecía cuando se despidieron.

13

—Tiene que haber alguna forma de saber qué pasó con Nora, Ana. Quizás estamos sobre una pista falsa, pero no podemos descartar nada. Creo que sería una coincidencia demasiado exagerada el hecho de que esté desaparecida y que sea tan parecida a Mariana. ¿No te acuerdas si ella estaba embarazada por aquella época?

—Lo que pasa es que yo no era tan amiga de Nora. Ella estaba siempre con Adriana. A ella sí le confiaba todo. —¿Y a Adriana no la podemos ubicar?

—Adriana murió un año después de habernos recibido. La mataron en un enfrentamiento. Yo no sé si vos sabes todas las cosas que pasaban en esa época en nuestro país...

—Por supuesto que sí. Te digo más, cuando se venció el plazo de mi beca, unos meses antes del golpe militar, las noticias que llegaban de lo que aquí estaba pasando determinaron que no regresara al país. Yo no estaba militando pero tenía ideas claras. No hubiera soportado vivir bajo la dictadura. Además después, en el 78 y 79, comenzaron a llegar a España muchos refugiados, la mayoría debía ganarse la vida haciendo artesanías, así que me han contado más de una historia terrible cuando nos reuníamos a vender en las plazas.

—Mira, yo de lo único que me acuerdo bien, es que Nora se había ido a estudiar periodismo con Adriana a Rosario y que salía con un chico de barba y pelo largo, que estudiaba psicología. Eso lo supe porque me lo presentó una mañana en que nos encontramos de casualidad en un bar, y estuvimos un rato charlando. Ella había venido a visitar a una tía de la madre, con la que había estado viviendo cuando estudiaba acá en Santa Fe, porque su familia era de Mendoza. Y eso habrá sido más o menos en julio o agosto del 76...

—¿Y después de esa vez nunca más la has vuelto a ver?

—No... la verdad que no... Para, para, para... me estoy acordando de algo. A mí una vez me pareció escuchar la voz de Nora, una noche, hace muchos años. Nunca pude estar segura si lo soñé o si pasó de verdad. Me acuerdo que yo estaba durmiendo y me despertaron los gritos de mi papá y la voz de alguien que hablaba entrecortado y de a ratos lloraba. Era a fines del 76, sí, en diciembre, me acuerdo de la fecha porque yo estaba por casarme. A mí en ese momento me pareció que era la voz de ella, pero mi vieja me dijo que estaba loca, que estaba soñando y qué sé yo cuántas cosas más... Realmente lo tenía borrado de la memoria. Pero es un recuerdo muy vago, no creo que sirva para nada. Además, aunque me cueste reconocerlo, yo estaba tan entusiasmada con los preparativos de mi casamiento y con los síntomas de mi embarazo, que todo lo demás me era totalmente ajeno, carecía de importancia.

—¿Y tu madre? ¿No me dijiste que tu madre está viva, todavía?

—Sí, pero es como si no lo estuviera. Mi vieja es una mujer bastante mayor. No era tan joven cuando nací yo, y para peor hace ya unos años que sufre mal de Parkinson. Tiene unas lagunas muy grandes. Cuando resolví internarla debido a su senilidad tan avanzada, confundía las épocas y los nombres, y en estos últimos meses su memoria se ha ido deteriorando tanto que supongo que no debe recordar ni como se llama.

—Lo podemos intentar, al menos. ¿Me acompañarías a verla?

—Sí, claro.

Soplaba un viento sur, frío para la época y se levantaban remolinos de arena que golpeaban las piernas de Mónica mientras regresaba a la quinta, haciendo conjeturas sobre los datos que le diera Ana durante la charla.

—Dale, contá Mariana. Estaban abrazados cuando los encontraron, lo dijo uno de los tipos de prefectura medio en joda, diciendo que tan mal no estaban. ¿No me vas a decir que no pasó nada? —le preguntaba Débora.

—Déjala tranquila, no seas pesada. No le des bola, es una envidiosa.

—Betí no te metas. Si ella quiere contar, que cuente. ¿Te besó?

Mariana sonrió. El hecho de que Cris no estuviera hacía que se sintiera a salvo de toda culpa.

—Lo que pasa es que hacía frío y yo estaba aterrada, por eso me abrazó, no por otra cosa...

—Sí, para que te creo —la interrumpió Débora—, eso es una excusa, nena. Si lo sabré yo. Cuando el vago es un poco tímido o no te da bola, decir que tenes frío no falla, siempre te termina abrazando.

—Sí, a veces. Yo a Nano una vez le dije que tenía frío y...

—¿Y te abrazó?

—No, me prestó la campera —dijo Betiana haciendo una mueca.

Todas se largaron a reír. Estaban en recreo, en las galerías frescas del primer piso, sentadas en bancos de madera y protegidas de los rayos del sol de la tarde por las frondosas ramas del gomero añoso que se levantaba desde el patio.

—Tira ese pucho que si viene la hermana nos pone amonestaciones a todas —dijo Betiana—. Estás cada día más loca, Débora...

—Pero no digas pavadas, si las hermanas no vienen nunca a esta hora, es la hora sagrada del té...

—¿Y si por casualidad llegara a venir?

—Y si llegara a venir le decimos que no nos ponga amonestaciones colectivas...

—No lo puedo creer. Por una vez vas a asumir la responsabilidad —dijo Mariana.

—No, le voy a decir que no nos ponga amonestaciones colectivas porque acá la única que fuma es Betiana...

El timbre interrumpió las risas llamándolas a clase.

Ana y Sergio se estaban besando cuando escucharon la puerta de entrada.

Ella, turbada, se puso a regar unos helechos.

Mónica entró detrás de Pablo y, cuando él salió en su moto sin saludar, ella soltó una carcajada.

—¿Se puede saber de qué te reís? —le preguntó Sergio.

—Lo que pasa es que no sabía que los helechos se riegan sin agua.. —dijo Mónica volviéndose a reír.

Como vio que a Sergio no le hacía gracia la situación, trató de disimular la risa y dirigiéndose a Ana agregó:

—Venía a preguntarte cuándo podemos ir a ver a tu madre.

—Ahora te iba a hablar por teléfono. Mañana por la tarde estoy libre. Cuando los chicos estén en el colegio, si puedes, vamos.

—Eso está buenísimo, como dicen aquí. ¿Qué te parece si a las cuatro te paso a buscar?

—¿Qué están tramando ustedes? —les preguntó Sergio.

—Es secreto de sumario... No podemos hablar —le contestó Mónica.

Después se sentaron a conversar debajo del ciruelo, mientras la música de Vangelis les regalaba notas misteriosas a las plantas.

Mariana se abrazaba fuerte a la cintura de Pablo mientras él derrapaba con su ciclomotor sobre la arena.

Cuando llegaron al camino de las defensas viejas se bajaron y comenzaron a caminar.

—Mariana, yo te quería decir que... por lo del otro día, en la isla, cuando... cuando te abracé. Vos tenías mucho frío y temblabas, por eso yo...

—Me hubieras prestado una campera si era por el frío.

Él apoyó la moto y tomó las manos de Mariana.

Ella miraba hacia lo lejos, tratando de concentrarse en la forma de una nube rosada. No quería que él se diera cuenta de que estaba triste.

—Yo no digo que te abracé sólo por eso. Te quiero decir que si a vos te molestó... Además creo que tenemos que hablar. Todavía no entiendo por qué dejaste de darme bola la semana pasada. Yo pensé que con todo lo que nos contamos podríamos empezar a ser amigos.

Mariana lo miró a los ojos.

—Yo sé que sabes guardar un secreto, Pablo, así que por favor no comentes con nadie lo que voy a contarte. Pasaron algunas cosas la semana pasada. Yo reconozco que estoy bastante rayada, pero Cris había hablado conmigo y...

—¿Cris? ¿Qué te dijo?

—Bueno, me contó lo de ustedes y me pidió que me abriera. Está celosa, ¿entendés? No cree que somos amigos. La cuestión es que yo dejé de darte bola porque ella me lo pidió. Dice que no es tonta y que se da cuenta de que entre nosotros hay otra onda, que sé yo, boludeces.

—No son boludeces Mariana. Cris tiene razón.

—Bueno, si Cris tiene razón no me había equivocado. Hice bien en dejar de darte bola, ¿no? Ahora podemos hablarnos, pero no hace falta ni que nos contemos todo, ni que nos veamos fuera del grupo. No me busques más Pablo.

Mariana no podía disimular su furia ni podía entender las razones de su sentimiento.

—No entendiste nada —le dijo Pablo divertido—. No me refería a que tenemos que dejar de vernos. Cris tiene razón cuando te dice que entre nosotros hay otra onda. Nos insultamos, nos tratamos con bronca, pero tenemos unas ganas locas de estar juntos, ¿o me lo vas a negar?

Mariana iba a protestar pero sintió un cosquilleo por todo su cuerpo cuando Pablo la tomó por la cintura y la atrajo hacia él. Después la abrazó y ella pudo sentir cómo el cosquilleo se intensificaba, más aún, cuando él le tomó con dulzura el rostro y comenzó a besarla en los labios, lentamente, con toda la ternura que nunca le había demostrado a nadie. Mariana le devolvió el beso con vergüenza, con miedo de que él descubriera que era la primera vez que la besaban.

En el horizonte bajaba un sol de fuego.

14

Un olor acre de orines y transpiración les dio la bienvenida. Mónica se quedó esperando, mientras veía la silueta de Ana, que se iba oscureciendo a medida que avanzaba por el largo pasillo. El lugar estaba atestado de muebles ruinosos y oscuros. Comenzaron a asomar algunas cabelleras blancas y enmarañadas, enmarcando rostros apergaminados, en los que contrastaban ojos vivaces, de mirada exaltada.

—Pase —le dijo una mujer al rato, con tono brusco, mientras la conducía por el corredor.

A sus espaldas se oían carcajadas histéricas mientras se abrían y cerraban las puertas.

Ana estaba sentada al lado de su madre, que se hamacaba en un sillón desvencijado, mientras repetía un juego ritual con sus pulgares, moviéndolos algunos segundos hacia adelante y algunos segundos hacia atrás. Su mirada estaba ausente y extraviada.

Mónica se acercó y le tomó las manos. La mujer detuvo bruscamente el sillón y la miró.

—Es inútil. Hoy está más perdida que de costumbre. Ni siquiera me reconoció. No vamos a poder preguntarle nada —dijo Ana mientras iba a sentarse al fondo de la habitación.

Mónica le hizo señas para que se callara y comenzó a acariciar la cabeza de la anciana mientras le cantaba una canción de cuna muy antigua.

Sus ojos parecieron de pronto llenarse de vida.

—¿Volviste? Yo sabía que ibas a volver.

—Claro que iba a volver.

—¿Viniste a buscarme?

—¿Adonde quieres ir?

—¿A dónde voy a querer ir? A casa, vas a llevarme, ¿no es cierto?

—¿Te acuerdas de mí?

—Cómo no voy a acordarme, mamá, si eras la única que me cantaba esa canción.

Mónica y Ana se miraron mientras Leontina volvía a jugar con sus pulgares y a perder su mirada entre los vaivenes del recuerdo.

—Mariana, quiero que hablemos.

El tono de la voz de Cris a través del teléfono, anticipaba cuál sería el tenor de la conversación.

Combinaron en encontrarse a la salida de clases, en un barcito cercano al colegio de ambas.

Hacía rato que Mariana estaba esperando cuando la vio llegar. En lugar de saludarla con un beso, como había hecho siempre, Cris se sentó furiosa y se puso a hablar directamente del tema que le interesaba.

—Me lo habías prometido, Mariana. Prometiste no meterte entre nosotros. Sos muy jodida. Débora ya me lo contó todo.

—Cris déjame que te explique. Lo que pasó en la isla fue accidental y...

—Y te encantó que él te abrazara. No lo niegues. Te haces la mosquita muerta para congraciarte con todos, pero sos una mentirosa.

—Yo no te mentí.

—Sí, porque prometiste algo que no cumpliste.

—Intenté hacerlo, pero Pablo...

—Pero Pablo te convenció, como hace con todas y vos te la creíste.

—No tuvo que convencerme de nada —le respondió Mariana furiosa—, lo de la isla fue casual, como te dije, pero hay algo que no sabes y voy a contártelo. Ayer estuvimos juntos y Pablo me besó, y yo también lo besé. Porque quise, porque lo sentí. Lo único que quiero decirte es que Pablo me dijo que era tonto que dejáramos de vernos, porque él no sentía nada por vos, y por más que yo no le diera bola, lo de ustedes nunca iba a volver a ser. Yo no quiero lastimarte, pero tampoco voy a permitir que me ataques, si no lo merezco.

—Pablo sentía cosas por mí, te lo aseguro. Pero vos te metiste entre los dos y eso no voy a perdonártelo.

—Yo ya te expliqué cómo son las cosas. Si él no te quiere, por más que lo presiones no vas a ganar nada. Pero si crees que vas a enamorar a alguien con amenazas, allá vos.

—Por favor te lo pido —volvió a insistir Cris—. Voy a darte otra oportunidad. No me hagas esto, entendé que lo quiero...

Mariana dejó el dinero sobre la mesa y, sin responderle, se fue a tomar el colectivo para regresar a su casa.

Mónica buscó su mochila y dirigiéndose a Leontina le dijo con dulzura:

—Ahora vamos a hacer un juego, ¿quieres? No vale mirar, sólo puedes tocar y oler.

Le vendó los ojos y comenzó a sacar cosas que le diera Pablo y que antes habían pertenecido a la madre de Ana: un perfumero viejo con restos de aroma antiguo, un sobre de raso negro, labrado, con un botón grande de nácar, un sombrero con velo de tul y un zapatito amarillento de badana.

Al sentir el perfume, Leontina pareció recobrar la lucidez por un momento. Fue adivinando entre risas cada objeto. Lo único que no logró descubrir fue el zapatito.

Mónica le quitó el pañuelo de los ojos y se lo mostró.

—Es de Anita. ¿Con quién se quedó? Es muy chiquita para dejarla sola.

—Anita ya no es tan chiquita. Está en la escuela ahora.

—Ah, en la escuela.

—Sí, está con Adriana y con Nora y...

—No, con Nora no tiene que estar. Esa chica está metida en algo raro. Decile a Hilario que la eche.

—No, cómo la va a echar, pobrecita, ¿adonde va a ir?

—¡Hay que echarla!

—Pero Ana se va a enojar si la echamos, es su amiga...

—No hay que decirle nada a Anita. ¡Decile que se vaya! ¡Decile que se vaya!

Mónica no insistió al ver que se alteraba y Leontina volvió a su mundo de sueños.

—Vamos —le dijo Ana—. Me hace mucho mal verla así. No puede decirnos nada importante.

—Está bien, vamos —le dijo Mónica. Pero antes de irse le puso una bolsita entre las manos temblorosas y le dijo:

—Anita me dijo que te gustan mucho las moras. Cómelas todas antes de que venga alguien y después te limpias las manchas con esta mora verde.

—Pero cómo le vas a dar moras, Moni. Le van a hacer mal.

—No pueden hacerle mal, mira la alegría que tiene.

—¡Moras! ¡Qué ricas! Seguro que las trajiste de la isla. Decile a don Gómez que muchas gracias, él siempre tan bueno...

Ana y Mónica ya estaba saliendo cuando Leontina le hizo señas para que se acercara. Después le dijo casi en secreto:

—Decile a Nora que se vaya a la isla, con don Gómez. Él es bueno y la va a ayudar. ¡Mira que acordarse de que me gustan las moras...!

Y volvió a su juego de pulgares y vaivenes mientras las comisuras de sus labios se iban tiñendo con el azul de las moras y su voz cascada entonaba las estrofas de la canción de cuna.

—¿Habrá existido ese tal Gómez, realmente?

—Deben ser delirios de mamá, Mónica. No le hagas caso. De lo que yo puedo acordarme, papá no tenía amigos en las islas. A lo sumo iba a pescar, pero iba siempre con un tal Albera o Albrech, algo así, pero no recuerdo a nadie de apellido Gómez.

—Vos querés decir Alvarez, el pescador.

—Ay, Pablo no puedes acordarte de eso. Eras muy chico cuando el abuelo murió.

—Más vale que no me acuerdo. Pero lo conozco a Alvarez. El viejo que habló con nosotros el otro día, en la costa. ¿Te acordás Mariana?

—¿El que vendía pescados?

—Ése. Tenemos que hablar con él —dijo Pablo, y después agregó:

—Yo diría que averigüemos todo lo que podamos, pero no te ilusiones demasiado, Mariana. También podría ser pura casualidad que esa mujer se parezca a vos.

Los ojos de Mariana estaban tristes. Tocar ese tema le mantenía su herida en carne viva. Pero necesitaba saber, llegar a las últimas consecuencias, así que seguía atenta la conversación y preguntó:

—¿A ustedes no les parece raro que me hayan adoptado acá, sabiendo que después íbamos a volver? No veníamos tan seguido, pero veníamos. Mira si mi mamá verdadera se arrepentía de haberme dado y un día me reclamaba, o si alguien me encontraba parecida y me lo decía... —dijo Mariana—. Aunque a lo mejor la abuela Angela arregló todo, ¿no? En ese caso...

Ana y Mónica se miraron y se hicieron una seña imperceptible. Era el momento de aclarar algunas cosas.

—Lo que pasa —dijo Ana—, es que si realmente fuese Nora tu mamá, ya no vivía acá cuando te tuvo.

—Mira, Mariana —dijo Mónica—. Yo creo que tú ignoras muchas cosas de las que han pasado en este país por la época de tu nacimiento. Según lo que Ana recuerda, a Nora la dieron por desaparecida casi un año antes de que tú nacieras.

—¿Cómo por desaparecida?

—¿Nunca has oído hablar del exterminio de los judíos en la segunda guerra mundial? —le preguntó Mónica.

—Sí —dijo Mariana—, ¿pero eso que tiene que ver?

—Fue algo muy parecido. En esos años hubo una especie de guerra. Más que guerra, era terrorismo de Estado. A toda aquella persona que tuviera ideas diferentes a las del gobierno, o que tuviera militancia política, se la secuestraba y se la encarcelaba en centros clandestinos, en donde se los torturaba y después, en la mayoría de los casos, se los hacía desaparecer. En nuestro país desaparecieron treinta mil personas como si se las hubiese tragado la tierra. Y los militares, y algunos otros, fueron los encargados de llevar a cabo ese genocidio.

—¿Los militares? Mis viejos nunca me contaron nada de lo que vos me estás diciendo... —dijo Mariana.

—No me extraña. Mira, yo vivía en España por entonces y allá llegaban noticias. Mi madre echaba siempre flores cuando hablaba de las actividades de Mauricio, que estaba en la Marina, pero yo sabía bien lo que estaba ocurriendo en Argentina en esos días. Además, si te pones a pensar en una de las cartas que leímos, Mercedes decía que Mauricio había pedido el traslado al sur... Siempre me pareció extraño que se fueran a un lugar tan inhóspito, con una beba recién nacida... Pero esto podría explicarlo; tal vez querían ocultarse.

Mariana escuchaba en silencio y Mónica continuó, tratando de buscar las palabras que sonasen menos duras.

—Cuando desaparecía una embarazada, en la mayoría de los casos, nadie volvía a saber de su bebé, precisamente porque ellos, los militares y todos sus secuaces, se encargaban de dejarlos en un hogar o se los apropiaban, es decir que los anotaban como si fuesen sus hijos propios. Aunque en realidad, creo que el término correcto sería "secuestraban", más que apropiaban.

Mariana se quedó mirándola. Después dijo con un hilo de voz:

—Eso quiere decir que... si yo realmente fuese hija de esa mujer, ellos serían...

Pablo le tomó la mano. Permanecieron un rato callados. No hacía falta que nadie le confirmase a Mariana sus sospechas. Cuando ella sintió que el silencio le pesaba demasiado, cruzó el parque y salió a caminar.

Pablo la alcanzó cuando ella estaba cruzando la ruta y siguieron un rato en silencio.

Al llegar al cementerio él la detuvo. Entraron y fueron hasta la tumba del padre de Pablo. Se sentaron en el suelo, apoyados en el tronco de un árbol enorme.

—Yo también sé muy poco sobre lo que Mónica contó. Recién en estos días mi vieja me dijo que uno de los profes que tenían en esa época había desaparecido y, a raíz de eso, sentí curiosidad y hablamos

algo en el colé, en la clase de historia, pero no creas que demasiado... No te sientas mal. A lo mejor ese tipo que dice ser tu viejo, no estuvo metido en las torturas, qué sé yo...

Mariana no podía contestarle. Las lágrimas formaban un nudo en su garganta.

Pablo la abrazó y comenzó a cantarle al oído, como había hecho cuando estaban en medio de la tormenta en la isla, mientras le acariciaba la cabeza apoyándola sobre su pecho.

Al rato ella pudo hablar.

—Si fuese como dice Mónica, es doble la mentira que no voy a poder perdonarles. No me dijeron que era adoptada y no me dijeron que él era un...

Las lágrimas no le permitieron terminar.

—Vamos a descubrir la verdad, Mariana. Yo te voy a ayudar y te prometo que nunca más voy a permitir que alguien te mienta.

Pablo siguió cantándole, mientras la envolvía en su abrazo, pero ella apenas si podía escucharlo.

Mónica se contenía para no telefonar a su hermana y soltarle todos los insultos que tenía atragantados. Tomó la cámara fotográfica y fue hasta la costa.

—Buenas tardes, usted debe ser Álvarez, ¿no?

—Para servirla, señorita.

—Mire, yo soy turista y busco a alguien que me lleve a recorrer las islas.

—Me gustaría, mire, pero yo soy pescador, vio. Ando temprano por el río nada más que para ganarme el pan. No ando paseando.

—Estoy dispuesta a pagarle muy bien si me lleva.

—Bueno, la verdad que de ser así, anda saliendo poco pescado y no le pagan nada a uno, así que...

Mónica le puso una buena cantidad de dinero en la mano y Álvarez se puso a guardar las redes.

Después el bote se fue deslizando en silencio por las aguas barrosas.

—Me parece que no van a poder ir solos hasta allá —dijo Ana.

—No... si eso es un laberinto. Van a tener que buscar otra vez a Álvarez para que los acompañe.

Habían terminado de cenar. Mariana seguía en silencio pero parecía más tranquila. Estaban en la casa de Mónica, estirando los últimos minutos de la noche del domingo, haciendo planes.

—No puede haber dos arroyos con el mismo nombre —dijo Pablo—. Le preguntamos a cualquier pescador y listo. No creo que sea bueno decirle a Álvarez que venga con nosotros...

Tomó el pequeño mapa que el pescador le trazara a Mónica y agregó:

—Fíjense, tenemos que recorrer todo este trayecto del arroyo y llegaríamos a la isla. Ahí vamos a encontrar a Gómez, no podemos perdernos.

—Hay que ver si el hombre los quiere atender —dijo Mónica—. Tienen que tener cuidado de cómo se lo van a plantear.

—Y también tener ojo con el tiempo, y llevar salvavidas. Que no vaya a pasarles lo de la otra vez — agregó Ana.

—No va a pasar nada. Le voy a dar unas lecciones a Mariana para que aprenda a nadar en el río. Y si no, la vuelvo a rescatar y listo — dijo Pablo guiñándole un ojo.

El entusiasmo de los preparativos para la búsqueda había hecho que Mariana se sintiese un poco más animada.

Cuando terminaron de cenar se pusieron a jugar a las cartas. Hacía un largo rato que había pasado la medianoche cuando Pablo y Ana se fueron.

Mariana se quedó hasta la madrugada, hurgando en la historia que intentaba desentrañar, a través de los relatos que Mónica fue contándole ante sus innumerables preguntas.

16

El aire era fresco en contraste con las bocanadas calientes que se sentían durante el día.

La luna colgaba, enorme y redonda sobre el oeste, y poco a poco iba perdiendo su brillo de plata, detrás de los eucaliptos, a medida que el mundo giraba en busca de un nuevo día.

El gris de la madrugada se iba alejando mientras los cantos de los gallos se oían en todas direcciones. Los perros parecían llamarse con aullidos lastimeros y los primeros pájaros despertaban alborozados, aturdiéndolos desde las ramas cercanas.

—Siempre me pregunté qué se dirían —dijo Pablo.

—Qué se dirían quiénes.

—Los pájaros, los gallos, los perros... ¿No escuchas? Es como si hablaran.

—Es cierto... No sé por qué nunca presté atención a eso.

—Cuando mi viejo vivía me llevaba a pescar desde que yo era muy chiquito y fue él en realidad quien me enseñó a descubrir todas esas cosas. Escucha... ése es el canto del Chinchibiro. ¿Oís? Parece que hablara...

Frente a ellos, el horizonte comenzó a cambiar los celestes grisáceos por rosados y naranjas tenues. Las pocas estrellas que quedaban iban apagando su brillo.

—Aunque te parezca mentira —dijo Mariana—, es la primera vez que voy a ver salir el sol. En el sur, donde yo vivía, no se ven los amaneceres ni los atardeceres a causa de las montañas. Cuando vemos el sol, ya es pleno día, sin que quede ni un sólo rastro rojizo.

Estaban sentados sobre la arena húmeda, a orillas del Ubajay, que parecía estar en efervescencia, trayendo miríadas de olas pequeñas por una de sus corrientes, para hacerlas confluir con otras, dejando grandes manchones lisos como una piel de tanto en tanto.

Los árboles estaban quietos, sin que ninguna brisa los tocara, y poco a poco el negro de sus hojas fue tornándose de un gris verdoso.

El sol fue asomando su disco de fuego, cegándolos por momentos, y cubriendo de naranjas y amarillos las crestas de las olas.

Pablo y Mariana se quedaron en silencio. Las islas iban recobrando sus formas con la luz del día.

Recién cuando el sol comenzó a elevarse, echaron la piragua al río y se pusieron a remar.

—Vayan pensando en viajar para las fiestas. Queremos que la acompañes a Mariana y que ella se quede con nosotros acá durante las vacaciones. A Mauricio recién lo operarán los primeros días de enero. Yo te mando los pasajes. Bueno un abrazo para las dos, y decile a Mariana que la queremos mucho.

Cuando Mónica colgó, fue hasta el taller y se puso a trabajar. Mientras golpeaba el barro, le pareció recobrar las sensaciones que se apoderaban de ella cuando vivía en España y la soledad y la impotencia le pesaban demasiado. Era extraño, creía haberse endurecido lo suficiente como para no volver a sentirse abatida y, sin embargo, hoy volvía a ser la joven de veinte años, que trataba de descargar en la arcilla toda la angustia que no se permitía demostrar a través de palabras o de lágrimas.

—Quiero que me digas qué es lo que está pasando.

—Te escribiré, Mercedes, te lo prometo. Te va a salir muy costosa esta llamada...

—Allá son las seis de la mañana, no puede ser que Mariana haya salido a esa hora. Nosotros no te autorizamos para que durmiera fuera de casa.

—Ya te expliqué que durmió acá. Se levantó temprano para ir a contemplar el amanecer con sus amigos.

—¿Amigos? Pero escúchame, sabes perfectamente que no nos gusta que...

—Mercedes, Mariana va a cumplir 17 años, ¿no? Creo que no tiene nada de malo que tenga amigas y amigos.

—Es un desastre todo lo que está pasando. Vos no podes imaginarte lo que significa Mariana para nosotros. Los años que nos desvelamos cuidándola, protegiéndola... Ser madre es también muy doloroso. El terror de que algo le pase a tus hijos muchas veces no te deja vivir...

—Sí, me imagino. Debe ser terrible, sobre todo si tienes un solo hijo. Pero hay que aprender que "tus hijos no son tus hijos..."

—¿Qué querés decir?

—Nada, sólo te citaba a Khalil Gibrán. Bueno, prometo escribirte.

Mariana de tanto en tanto apoyaba el remo en el fondo del bote, hundía una de sus manos en el agua fresca y se mojaba la cara.

—Tiene olor a río. Es un olor raro, huele a peces, a barro, a plantas verdes... me gusta.

El sol iba ascendiendo y ponía reflejos dorados en los cabellos de Mariana. Sus enormes ojos grises se llenaban de lucecitas y viéndola así, Pablo pensó que siempre deberían estar navegando. Parecía que en medio de ese paraíso la tristeza no tenía cabida. Era como si la magia del agua, del sol, de las islas, neutralizaran el dolor, dejándola serena, casi feliz.

Mariana lo salpicó con unas gotas de agua mientras se reía. Pablo dejó los remos en el fondo de la embarcación y, moviéndose con cuidado la atrajo hacia sí y la abrazó. Estaban sentados los dos en el medio de la embarcación, que era arrastrada mansamente por la corriente. Ella apoyaba su espalda en el pecho de él y se dejaba cubrir de caricias. Él le daba besos chiquitos en el cuello, mientras le decía:

—Estos son besos de pescadito.

Mariana cerró los ojos. Sentía el olor de la piel de Pablo que se mezclaba con el perfume del río. El sol recalentaba sus cuerpos y el abrazo se intensificaba, alejando todos los fantasmas, los dolores y los miedos.

Saltó un dorado al lado de la embarcación, sobresaltándolos.

—¿Qué fue eso? —preguntó Mariana.

—Debe haber sido un tentáculo del monstruo de la laguna —le contestó él.

—Si esto no es una laguna, nene...

—No, pero como el monstruo es tan grande, su cabeza está en la Laguna de los Naranjos y sus patas llegan hasta acá...

—¡Qué bolacero! Por qué mejor no te fijas adonde estamos, que nos vamos a perder.

Él se estiró y sacó el pequeño mapa que tenían trazado.

—Fijate —le dijo—. Ya salimos del Ubajay y ahora estamos navegando por el Colastiné. La orilla izquierda es la Isla del Rincón y la que está a la derecha se llama El Timbó. Tenemos que estar atentos porque no debe faltar mucho para entrar en el Brazo de Las Cruces. Ahí va a aparecer otra isla que se llama Mamajué. Entre ésa y El Timbó, está el islote donde vive Don Gómez. No nos podemos equivocar.

El río se abría ahora ante sus ojos, quebrado por incontables pliegues de reflejos brillantes. De tanto en tanto un remanso los hacía girar o los enredaba entre los camalotes que arrastraba la corriente.

—Ahí está, esa es la boca que debemos tomar. Ahora me vas a tener que ayudar con los remos.

El sonido de las palas abriéndose paso sobre el río parecía retumbar y agigantarse en medio del silencio que se quebraba de tanto en tanto con el canto de algún ave, o con el salto de un pez. La piragua se deslizaba ahora entre enormes platos de irupé, acercándolos a la orilla de las islas.

Ana sentía el calor húmedo de la turba entre sus dedos mientras preparaba las macetas que cobijarían a las flores de estación. Nardos y fresias la mareaban con su perfume dulzón.

Repasaba mentalmente todas las respuestas que había recibido a las cartas y llamados telefónicos, intentando rastrear a sus ex compañeros de colegio. Sólo faltaban cuatro, entre ellos Adriana y Nora. Lo de Adriana era irreversible, pero lo de Nora todavía dejaba abierta una esperanza, aunque la incertidumbre de la desaparición era aún más terrible que la certeza de la muerte.

Ana buscaba en sus recuerdos y se dio cuenta de que se enteró de lo de Nora muchos años después de ocurrido, e igualmente no le había dado la importancia que ahora le daba. Se culpaba de haber estado metida adentro de una burbuja durante muchísimo tiempo, y se preguntaba por qué no había intentado hacer algo para conocer el paradero de Nora en todos esos años. Era como si su vida hubiese girado en otra dimensión, ajena a todo lo que sucedía en el país, sin importarle otra cosa que no fuera su familia o sus problemas domésticos, y sin hacerle caso a tantos datos que se le habían ido presentando.

Revolviendo las fotos era como si una alarma hubiese sonado a destiempo, pero igualmente la despertara. Estaba el testimonio de su viaje de bodas, fotografías tomadas en el Noroeste: enero del 77, calor insoportable, dique del Cadillal. Todavía recordaba las armas que los apuntaban mientras ellos visitaban el dique, y le venían a la mente las recriminaciones de sus suegros "¿Pero cómo se les ocurrió ir ahí, que era el centro de los operativos?" Todo se mezclaba ahora, las imágenes con los partes de prensa anunciando las bajas en el enemigo. El rostro de Videla, el mundial del 78 y la voz de su madre diciendo: "Pero si serán estos franceses, que en lugar de pasar la apertura del mundial, que era tan hermosa, pasaron documentales desprestigiando a la Argentina..."

—¿Adonde estaba yo? —se preguntaba ahora Ana, sintiéndose culpable.

Tal vez por todo eso y en un intento de modificar tanta indiferencia, ahora lucharía para ayudar a Mariana. Si fuese cierto lo que sospechaban, si Mariana fuera hija de Nora, a lo mejor todavía era tiempo de remediar parte de sus silencios. Y aún quedaba la esperanza —algo remota— de que Nora hubiese huido del país y que, en el exilio, desconociera el paradero de su hija.

Se apuró a terminar con los plantines para ir a leer todo el material que Mónica le había traído: libros y documentos que descorrerían el velo que ella, consciente e inconscientemente, había intentado utilizar para tapar el pasado.

—¿A quién andan buscando?

No habían alcanzado a golpear las manos cuando escucharon la voz, anunciándose a sus espaldas, en el patio de tierra apisonada y brillante.

Era un hombre enjuto, de huesos pequeños, y su espalda se encorbaba, como si todo el peso de su vida descansara sobre ella.

Cuando se enteró de que Pablo era nieto de Hilario Paz, el padre de Ana, los invitó a sentarse y se puso a preparar el mate.

Mariana lo miraba en silencio. Los cabellos grisáceos se le pegaban, débiles, sobre el borde superior de la nuca rugosa y sobre la incipiente calvicie, que había quedado al descubierto cuando don Gómez se quitó el sombrero de paja, oscurecido por el sudor.

Hablaron durante un largo rato sobre pesca, sobre las inundaciones y sobre las islas. El hombre se acordaba del abuelo de Pablo, de algunas noches que habían compartido bajo la luna, charlando de tantas cosas, mientras el vino disminuía en la damajuana y les alegraba los corazones.

Su rostro conservaba un aire inocente, pese a las arrugas profundas que lo surcaban, mucho más pronunciadas alrededor de los ojos y de los labios. Cuando reía, su boca pequeña dejaba ver sus encías desdentadas, y la piel se le fruncía como un pergamino viejo. Al verlo de perfil parecía que su nariz prominente se iba a unir con la punta del mentón. Por momentos, sus ojos, de un marrón descolorido, se quedaban fijos en Mariana y su mirada parecía agitarse.

El olor del sábalo, asándose, les abrió el apetito.

— Van a chuparse los dedos —le decía el hombre. Después volvía a mirar Mariana, se acomodaba sus escasos cabellos grises y movía la cabeza pensativo.

Ella ahora miraba asombrada cómo las gallinas entraban y salían del rancho, sin que don Gómez se inmutara. Desde donde estaba podía ver en el interior de la vivienda, a algunas que subían a una mesa grande, picoteando restos de comida y a otras que escarbaban en el piso que era como una continuación del patio.

Después de comer el viejo los invitó a recorrer los espineles, diciéndoles que a veces enganchaba algún pescado siestero. Cuando regresaron se sentaron otra vez a tomar mates amargos, que a Mariana le costaba tragar, pero aceptaba por temor a ofenderlo. El hombre seguía observándola y era como si una sombra cruzara por su mirada.

Pablo no sabía cómo hacer la pregunta que ya le quemaba. Sacó la fotografía de la promoción de Ana y señalando a Nora le preguntó cuánto tiempo había estado esa chica viviendo con él.

El viejo cambió la cara.

—Acá el único que llegó a venir fue tu abuelo, y alguna vez Álvarez. Pero nunca vino ninguna mujer, esas son habladurías.

Después se levantó y se puso a doblar una red inmensa, dándoles la espalda.

—Será mejor que se vayan. El camino es largo y no es bueno que los sorprenda la noche, porque pueden perderse —agregó con tono irritado.

Pablo le hizo una seña a Mariana para irse. Comenzaron a desandar el camino que los había llevado hasta el rancho, cuando Mariana, siguiendo un impulso volvió corriendo y mirando al hombre, lo tomó de las manos y lo sacudió, mientras le gritaba:

—¡Usted no entiende, ella puede haber sido mi mamá!, yo no tengo mamá, no sé adonde buscarla...

El viejo vio el brillo de esos ojos grises y pareció dudar por un momento. Pero después se metió en el rancho mientras le gritaba:

—¡Vayanse!, yo no sé nada.

Pablo le alcanzó un remo a Mariana y comenzaron a abrirse camino en el río, callados y tristes. El sol todavía estaba fuerte, pero había comenzado a soplar una brisa fresca, que les traía los murmullos de la isla, cada vez más débiles, a medida que iban alejándose.

Antes de salir del Brazo de Las Cruces les pareció que el viento les traía la voz del viejo:

—¡Gurises, gurises!

Los dos volvieron la cabeza y escucharon con claridad:

—¡Vuelvan otro día! Vuelvan otro día, canijo.

La figura encorvada del viejo, haciéndose bocina con las manos, debajo de las ramas de los sauces, se fue achicando hasta parecer sólo una mancha, a medida que ellos fueron avanzando por las aguas del Colasliné, que ya se iban tornado rojizas, con el sol del atardecer.

17

—No sé... te juro que no sé lo que me pasa. Sergio me pidió disculpas, después de una discusión muy fuerte que tuvo con Pablo el otro día, pero me pasó algo a mí al darme cuenta de que se puso a gritar, y que quería imponerle sus ideas como si fuese su papá. Supongo que no puedo dejar de sentir como madre.

—Te entiendo... Yo no soy madre pero por momentos me siento responsable por Mariana, tal vez para resarcir un poco el daño que le ha hecho mi hermana. Pero fundamentalmente porque la quiero. De cualquier manera me parece que tienes que darte un poco de tiempo antes de tomar una decisión. Hubiera asegurado que ibas a enamorarte de Sergio.

—Creo que me estoy enamorando, Mónica. Y eso tal vez sea lo que más me asusta. En todos estos años de soledad es como si me hubiese ido tejiendo una coraza a mi alrededor. Y no va a resultar tan

fácil quitármela. Por momentos no sé si las cosas feas que veo en Sergio son reales, o las exagero para no permitirme quererlo. Tengo miedo de sufrir, ésa es la verdad.

—De cualquier manera no me parece bueno que el miedo te paralice. Sentir que estás viva, que sos sensual, que despenas cosas en alguien es importante, te hace sentir mujer. No importa tanto lo que pueda pasar después. Hace rato que descubrí que la vicia se compone únicamente de momentos.

Las dos se quedaron calladas, a solas con sus pensamientos, mientras el resplandor cada vez más tenue anunciaba la llegada de la noche.

Eran los últimos días de noviembre y ya podía sentirse la algarabía de finales de clases. El viernes saldrían en patota a cubrir las calles con miles de papelitos blancos, como era la tradición. Las hojas de carpetas, los contenidos, las palabras, los conocimientos impresos, que habían ido acumulando a lo largo de todo el año, saldrían libres a volar por la ciudad. Pablo, Gastón y Nano terminaban el secundario, al igual que Cris y Débora, y se preparaban para la facultad. Beti y Mariana pasaban a quinto.

—Mañana es la promoción de los chicos, tenemos que ir — anunció Débora—. Después hay conga. ¿Tienen idea de cuánto hace que no vamos a bailar?

—Ay loco, yo no sé si voy a ir. No tengo qué ponerme...

—Betiana, para variar, siempre con problemas vos, ch... Pónete cualquier cosa, pero no vamos a dejar de ir.

—Débora no empieces otra vez a pelear... —le contestó Betiana.

—Hablando de pelear, ¿hiciste las paces con Cris, Mariana? — preguntó Débora.

Mariana estaba apoyada en una maceta de la que desbordaban hortensias rosadas y azules y, por contraste, su mirada parecía más triste todavía. Al escuchar su nombre pareció salir de su abstracción. Desde el encuentro del bar, Cris no había vuelto a dirigirle la palabra. Mariana se sentía mal, pero no con culpas. No podía sentirse responsable de que Pablo la hubiera elegido a ella.

Beti se levantó al escuchar el timbre. Débora la siguió al rato, cansada de esperar la respuesta de Mariana, que siguió en sus cavilaciones, mirando a las chicas que iban alejándose por el largo corredor de baldosas decoradas. La galería las cobijaba con su penumbra fresca. El olor a papeles y tiza, se confundía a esa hora, con la fragancia del café y de los jazmines, creando esa mixtura de aromas irrepetible, que podía sentirse solamente durante el recreo de media mañana.

Las miró alejarse con indiferencia.

La añingustia que sentía era profunda, pero provenía del doloroso intento por recuperar la verdad que le habían negado. Cualquier hecho le parecía distante, como ajeno a ella. Las risas de las chicas, y el clima festivo por la finalización de las clases no lograban contagiarle la alegría.

Volvió a mirar la espalda de Betiana, que ya se perdía, mezclada con otras chicas que entraban a las aulas. La miró hasta que dejó de ser su amiga, para ser sólo una camisa blanca, con falda color vino y una cabeza de cabello atado, que se confundía entre la masa de adolescentes.

Y se quedó mirándola en todas, como si se repitiera infinitamente en moldes idénticos.

Mónica hablaba entusiasmada, mientras se trenzaba el cabello hacia un costado, con movimientos mecánicos. Su oreja derecha quedaba al descubierto, mostrando un aro largo que casi le rozaba el hombro.

—Ana, ya tenemos la punta del ovillo. Esta mañana me telefoneó la Presidenta de Madres de Plaza de Mayo, desde la sede que funciona acá. No he querido comentarles nada antes, pero me comuniqué con ellas hace unos días. Estuvo haciendo averiguaciones y ahora me llamó para avisarme que hubo una denuncia formal en el 83 por la desaparición de Nora, realizada en Rosario por un familiar. Y me confirmó que Nora, al momento de la desaparición, estaba embarazada, presumiblemente, de seis meses.

Ana se quedó en silencio, mirando a Mónica sin verla, mientras las imágenes iban pasando por su mente. El rostro de Nora volvía ahora a ser más nítido y la voz, cargada de angustia, que había escuchado hacía tantos años creyendo que era un sueño, resonaba en sus oídos como si todo estuviera ocurriendo de nuevo. Al rato preguntó:

—¿Qué es lo que podemos hacer ahora, Mónica?

—Bueno, ella me dijo que cuando se denuncia la desaparición de una mujer embarazada, son las Abuelas de Plaza de Mayo las encargadas de buscar al bebé. Me dio la dirección y el teléfono de Abuelas en Rosario y me dijo que nos contactáramos lo más pronto posible.

—¿Vas a viajar o a hablar por teléfono?

—Ninguna de las dos cosas. Le vamos a contar a Mariana. Es algo que le corresponde decidir a ella.

El calor era insoportable. El acto estaba programado para las 20, ya que los organizadores suponían que el atardecer traería un poco de aire fresco. Pero la temperatura había subido, al igual que la humedad, y las amenazadoras nubes grises que cubrían el cielo, determinaron que la fiesta se realizara adentro del salón. Hacía varios días que los cortes de luz —imprevistos y prolongados—, enfurecían a todos. De las ventanas abiertas sólo entraba un aire pegajoso y caliente, que obligaba a utilizar el programa de actos para abanicarse.

Los únicos que parecían no reparar en el calor eran los adolescentes. En las primeras filas estaban sentados los egresados, con los rostros brillantes a causa de la transpiración. Se miraban de reojo entre

ellos, se empujaban y se reían de todo, con una risita ansiosa, en un intento —tal vez— de disimular la emoción o los nervios.

Mariana se había sentado con las chicas detrás de las sillas reservadas a los familiares y buscaba a Pablo entre todas las espaldas que, unificadas por el guardapolvo color pardo, no se diferenciaban demasiado.

—Miren ese prole... ¡es un potro! ¿Me quieren decir por que nosotras tuvimos que ir a un colegio religioso? —preguntó Débora—. Sabes los ratones que me haría con ese tipo. Además podes mostrarles las piernas y por ahí te aprueban sin estudiar demasiado. No se imaginan cómo la envidio a Cris.

—Córtala Débora que ya están llamando a los chicos y no escucho nada —dijo Betiana.

A medida que nombraban a los alumnos, los padres se levantaban de sus asientos y se acercaban para entregarles —ellos mismos—, los diplomas. Algunos se emocionaban hasta las lágrimas y terminaban posando para el fotógrafo con unas muecas grotescas.

Cuando los fueron nombrando a Gastón, a Cris, a Loli y a Nano, las chicas se pusieron a gritar y a aplaudir. No seguían el orden alfabético, y Pablo quedó para el final. Los gritos se repitieron.

Solamente Mariana permaneció callada.

Pablo, pese a su cuerpo de hombre, se veía desprotegido dentro de su guardapolvo de colegial, con una mirada triste, que contrastaba con la imagen de seguridad y alegría que siempre daba.

Mariana se quedó pensando en su propia fiesta de egresadas. Faltaba un año todavía y se preguntaba si en su colegio serían también los padres los encargados de entregar los diplomas. Trató de imaginarse con ellos y el nudo que le oprimía la garganta desde hacía un rato se desató en forma de lágrimas que comenzaron a caer, silenciosas, por su cara.

18

—Yo te acompaño.

—Pero vos tenes que ir a inscribirte a la facultad, Pablo.

—Arreglo todo el lunes y a la noche viajamos. No voy a dejarte sola ahora, Mariana.

—¿Cuándo vamos a ir a ver a Gómez otra vez?

—Cuando volvamos de Buenos Aires, porque antes no vamos a tener tiempo. Pero quédate tranquilo Mariana, yo siento que todo se va aclarando; por lo menos ahora sabemos algo más.

Mariana no contestó, pero Pablo podía sentir su angustia aún sin verle el rostro ni escuchar su voz. Comenzó a acariciarla en silencio.

La noche era clara. Las nubes luchaban inútilmente por cubrir a la luna, que las atravesaba triunfante con sus rayos, formando en el cielo extraños efectos de puntillas de encaje.

Mariana tenía su cabeza apoyada en la falda de Pablo, y él estaba recostado sobre el tronco del Ybirá-Puitá. El aire era pegajoso y caliente y, a medida que las palabras se fueron evaporando, comenzaron a aparecer caricias, cada vez más intensas y más atrevidas.

Las respiraciones de los dos —agitadas—, se encontraron en un beso apretado. Él la recostó suavemente sobre el césped recién cortado, que despedía un olor verde y fresco y comenzó a acariciarla por debajo de la remera. Su piel era suave y despedía un aroma de flores silvestres. A medida que sus manos ascendían, podía sentir el calor creciente que despedía el cuerpo de Mariana, que iba confundándose con el calor de su propio cuerpo. Levantó suavemente el corpino y alcanzó a rozar uno de sus pechos desnudos antes de que ella detuviera su mano, diciéndole: "Basta, por favor", con una voz extraña, estremecida por sensaciones hasta entonces desconocidas. En ese momento el grito de Ana los sacó de esa atmósfera de ensueño.

—¿Qué te pasa vieja, te volviste loca?

—No, Pablo no me volví loca. Mira la piedra que tiraron, rompió el vidrio y me pasó a dos centímetros de la cabeza.

—Pero mira si van a tirar una piedra. Habrá saltado cuando pasó algún auto...

—Eso es imposible. Con la distancia que hay hasta la calle jamás podría sallar una piedra a esa altura, y menos atravesar un vidrio de la forma en que lo hizo. Alguien la arrojó.

—¿Pero quién va a hacer semejante cosa?

Por un momento se quedaron todos en silencio, cada uno formulando sus propias hipótesis. El sonido del teléfono los sobresaltó.

Cuando Ana colgó su rostro estaba pálido.

—Pablo, cuando salieron hoy con la moto, ¿cruzaron por la calle de La Aurora?

—Hoy no salimos con la moto... Ah no, para, cruzamos con "La Rana". Teníamos que ir hasta la quinta de Nano y no hay otro camino, no podemos andar con La Rana por la ruta... Pero, ¿por qué. qué pasó? ¿Quién era el que habló?

Mónica y Ana se miraron en silencio. Después Ana les contó las amenazas que le había hecho el propietario de La Aurora en otras oportunidades y les pidió que no volvieran a cruzar por ahí.

—Lo menos que tienes que hacer es la denuncia, Ana —le dijo Mónica—. Ese hombre no puede amenazarte impunemente, además ahora ha pasado de la amenaza a la agresión directa. ¿Me quieres decir qué hubiera pasado si te golpea con la piedra?

—Yo voy y lo reviento a pifias, vieja. No sólo que voy a seguir pasando sino que lo voy a reventar a pinas.

— No podemos hacer nada. Primero que no me dijo que fuese él quien arrojó la piedra. Y segundo que no tenemos pruebas de sus amenazas. Además hay otra cosa... La almacenera me contó que hace poco les disparó a sus hijos con una escopeta, porque cruzaban por su calle. Y me aclaró que es mejor no meterse con él, que es bastante jodido. Parece que es un ex milico que estuvo combatiendo por los años setenta, en Tucumán, y según ella, todavía mantiene contactos importantes. Parece que el tipo goza de cierta protección y puede hacer cumplir sus propias leyes.

—No puedo concebir que en este país aún se manejen de esta manera —dijo Mónica—. De todos modos, no conviene llamar la atención. Yo les aconsejaría que eviten discusiones con ese tipo, que no lo provoquen. Y no es por cobardía; simplemente es cuestión de táctica. Tenemos que ser precavidos, nada más. Y sobre todas las cosas, me parece que lo mejor será no comentar con nadie las averiguaciones que estamos haciendo.

Mariana los miraba a uno y a otro, hasta que por fin se animó a preguntar:

—Mónica, ¿vos querés decir que a lo mejor este hombre pueda pasar información a algún milico y que mis vie..., bah, ellos, podrían enterarse?

—Yo he estado hablando mucho con la presidenta de Madres de Plaza de Mayo, y coincidido con ella en que la cosa no ha cambiado demasiado. Los servicios continúan funcionando. Son un poco más discretos, tratan de lavar la imagen nefasta que ellos mismos se crearon en la época dura, usan otros métodos; pero en esencia, todo sigue igual. En realidad no sabemos qué conexiones puede tener este hombre con mi cuñado, si es que las tiene. Pero, por las dudas, lo mejor es ser prudentes. Si Mauricio se enterara de todo esto no sé lo que podría llegar a pasar, pero de lo que sí estoy segura es de que haría cualquier cosa para evitar que llegemos a la verdad.

—Mónica tiene razón chicos. Cuando viajen a Buenos Aires deberán tener mucho cuidado.

—No se trata de eso, Ana. No hay peligro en las averiguaciones que hagamos, lo importante es no hablar con nadie de todo esto, porque no sabemos quien puede llegar a manejar los hilos para evitar que todo se descubra. Tampoco es cuestión de ponernos paranoicos ni de fomentar delirios de persecución. Viajen tranquilos que no va a pasarles nada malo. Hoy me llamaron desde la sede de Rosario para informarme que las Abuelas de Buenos Aires los estarán esperando. Y después, al observar la expresión de Mariana, agregó con ternura;

—No te sientas mal, chiquita. Todos nosotros te queremos mucho y estamos del lado de la verdad, al igual que tú. No pueden ser malos.

Mariana se puso de pie y se acercó a los brazos que le extendía Mónica. Tal vez fue ése el primer abrazo cargado de afecto, que le dio desde que se habían conocido.

Mariana estiró su cuerpo, desperezándose. No había podido dormir en toda la noche. Después se quedó mirando a Pablo, que dormía con la cabeza recostada sobre el pecho de ella. Comenzó a acariciarlo con suavidad, contorneando su rostro con la punta del dedo. Siguió la forma de una de sus cejas, el perfil de su nariz, el contorno sensual de su boca, el dibujo de la oreja derecha. Después comenzó a darle besos suaves en las comisuras de sus labios, hasta hacerlo sonreír. Siguió besándolo con besos chiquitos y húmedos, hasta que él por fin despertó.

Por la ventanilla del micro entraban los primeros rayos de sol. Faltaba muy poco para que llegasen.

—Los amaneceres desde aquí no se ven tan lindos como en el río, ¿no? —le dijo él acariciándole con ternura la cabeza—. ¿Cómo dormiste?

—No pude dormir. Estoy renerviosa, no sabes..

—Ya lo sé, mi amor, ya lo sé, cómo no lo voy a saber. Pero todo va a salir bien, ya vas a ver. Quédate tranqui, ¿eh?

—Por momentos me pregunto si estaré haciendo lo correcto, Pablo. Antes estaba muy segura, con mucha bronca. Pero ahora, no sé... Durante toda la noche me pregunté eso. Me venían a la mente momentos de mi vida, de mi infancia. Me acordaba de cuando era chica y estaba enferma, y ellos estaban a mi lado. Cuando se me cayó el primer diente y yo lloraba desconsolada porque nadie me había dicho que me saldría otro en su lugar y creía que iba a quedar como la abuela, el día en que la descubrí sin sus dientes postizos. Después la veía a mi vieja cuando me ayudaba con la tarea de la escuela. Más tarde me acordé de los abrazos y las lágrimas de los tres, el día en que fui abanderada, cuando terminé séptimo. Y por último no se me iba la imagen de mi viejo, en esas insoportables horas después del accidente; de sus lágrimas cuando se enteró de que iba a estar postrado en una silla de ruedas; del último abrazo que nos dimos. ¡Ay, mi amor, por favor ayúdame a pensar! Ayúdame a descubrir si está bien lo que estoy haciendo. Yo creo que a pesar de todo, les debo muchas cosas...

Pablo le tomó las manos y, tratando de que su voz no sonase demasiado dura, le dijo:

—Mira, Mariana, ellos pudieron haber hecho muchas cosas buenas por vos, sin dudas. Tampoco se puede negar que te hayan querido ni que te sigan queriendo, pero hay amores que son enfermos, nena, sino no podría justificarse tanta mentira. Me parece bárbaro que te acuerdes de todo lo que te cuidaron, pero no te podes olvidar que ellos, a los que volvés a llamar "mis viejos", mientras se emocionaban cuando eras abanderada, o estaban a tu lado cuando estabas enferma, se encargaban de que tu verdadera familia no volviera a encontrarte, y tal vez también, de que tus verdaderos viejos desaparecieran...

Ella escondió la cabeza en el pecho de él, ocultando las lágrimas, mientras le venían a la mente las palabras terribles que había leído en los últimos días.

"La Fuerzas Armadas han establecido como doctrina que los hijos de los subversivos no se eduquen con odio hacia las instituciones militares, y la práctica de esa doctrina consiste en darlos en adopción a otras familias y cortar todo lazo con su familia natural". A fuerza de leerlo se lo había aprendido de memoria. Eso sintetizaba —tal vez—, las explicaciones de los militares para justificar los secuestros. Mariana había sentido una mezcla de dolor y odio al leerlo; sin embargo, ahora, parecía que esas palabras no tuviesen tanto peso, y los recuerdos gratos de su infancia atenuaban el rencor y la llenaban de sentimientos contradictorios.

—Yo puedo entender que todavía los quieras —siguió Pablo—, pero no te sientas culpable. Te robaron todo, Mariana...

Ella lloraba en silencio, pero todavía argumentó con voz débil y entrecortada:

—De cualquier manera, a mí no me mataron. Aunque tengas razón, yo les debo la vida, ¿entendés?

—No, por favor, vos no les debes nada. Ellos son los únicos que te deben algo. Te deben la verdad, te deben la desaparición de tus viejos, el dolor de tu familia verdadera, te deben el nombre, que seguramente te cambiaron. Ellos te deben la vida, no vos, mi amor. El llanto de Mariana fue calmándose de a poco, con la ternura de Pablo.

Cuando el micro se detuvo en Retiro, ella lo miró a los ojos y le apretó las manos. Después, por primera vez, le dijo "Te amo".

19

Mónica acababa de hornear las últimas piezas. Se secó el rostro, se quitó la ropa y salió al parque.

La luna envolvía todo con su claridad fantasmal. No soplaba ni siquiera una brisa suave. La noche era calurosa y espléndida.

Nadó durante un largo rato, después se estiró de espaldas sobre el agua y permaneció flotando mientras miraba las estrellas.

El perfume del verano la envolvía con su caricia imperceptible. Las primeras chicharras cantaban enloquecidas entre las ramas de los plátanos, anunciando más calor, y el concierto se completaba con grillos y ranas.

Había tratado de mantenerse ocupada durante todo el día, pero ahora, fresca y relajada, los pensamientos no le daban paz.

El rostro de Mariana aparecía constantemente en su mente y se preguntaba cómo le habría ido. Todo lo que estaba sucediendo la había unido mucho más intensamente, que si las ligara un parentesco de

sangre. Sentía que la quería, que deseaba protegerla y ayudarla, hasta ver paz en esos ojos grises, que desde hacía más de dos meses estaban tan atormentados.

Buscaba entre sus recuerdos algún sentimiento que la acercara a su hermana, pero se dio cuenta de que por más que lo intentara, la sentía como a una extraña. No podría perdonarle nunca, todo el daño que le habían hecho a Mariana. Tanta mentira, tanta hipocresía le provocaban un rechazo más allá de la furia, más allá del enojo.

Cuando salió del agua ya había tomado una decisión. Ahora dormiría tranquila.

El ascensor antiguo, de puertas trabajadas distrajo un poco la atención de Mariana, mientras subían. Pablo la llevaba de la mano, y de tanto en tanto se la oprimía dos veces, con dos apretones cortos, a los que ella respondía de igual manera; era una especie de código que los unía sin palabras en determinados momentos. Dos apretones significaban "te quiero"; tres, "te estoy besando", y así seguía...

—Van a tener que esperar un ratito. Se adelantaron un poco. Siéntense, por favor —les dijo una señora con tono amable antes de retirarse.

Estaban en un recibidor algo estrecho, del cual salían varias puertas hacia distintas direcciones. En una de las paredes podían verse placas enviadas desde diferentes países, principalmente de Alemania, a través de las cuáles se alentaba y distinguía la tarea de Abuelas.

En un rincón había una mesa baja entre dos sillones, con material de lectura, seguramente para acortar las esperas. Sobre la pared en que se apoyaban los asientos, un poco más arriba, había dos paneles enormes. En el de la derecha se veían fotos de bebés y de chicos pequeños, algunas de las cuales estaban acompañadas por otras fotografías, de las mismas criaturas, cuando eran más grandes e incluso adolescentes, por lo que dedujeron que habían sido tomadas recientemente. Eran los hijos de desaparecidos que habían sido encontrados hasta el momento, la mayoría restituidos a sus verdaderas familias.

En el panel de la izquierda había fotografías de jóvenes, solos o en pareja, y a juzgar por los peinados o la vestimenta se notaba a primera vista que eran de otra época. Debajo de todas las fotos había nombres, edades y fechas. Mariana se puso a buscar entre esos rostros algún mensaje oculto, algunos rasgos parecidos a los suyos, alguna mirada que la emocionase. Los iba observando como si tuviesen vida, acaso como si esperara que de pronto salieran del panel y pudieran hablarle para responderle todos los interrogantes que la sumían en esa angustia tan profunda.

De golpe detuvo su mirada y apretó la mano de Pablo que observaba los rostros al igual que ella. Los ruidos a su alrededor se detuvieron. No podía explicar lo que sentía. La chica de la foto parecía sonreírle diciéndole: "Aquí estoy". Se parecía a la fotografía que tenía la mamá de Pablo, pero ésta era

mucho más nítida. El rostro de la chica, en un primer plano, estaba mirando de frente, con esos enormes ojos tan parecidos a los suyos, con una sonrisa feliz y dos hoyuelos idénticos a los que ella tenía a los costados de la boca. El cabello largo y rubio sólo se diferenciaba del suyo, por la forma del peinado y por terminar con mechones enrulados en las puntas. "Nora Falken —leyó— desaparecida en Santa Fe el 13 de marzo de 1977. En el momento del secuestro, estaba embarazada de seis meses".

Recién en ese momento Mariana se fijó en la fotografía que estaba al lado. Era un joven de cabello largo y oscuro, de barba y bigotes tupidos, con un aire melancólico en sus enormes ojos negros y una sonrisa blanca de dientes parejos. "Marcos Dayer, desaparecido en Santa Fe, e; 13 de marzo de 1977". No podía apartar la vista de esos dos rostros y continuó mirándolos, a uno y a otro, hasta que los rasgos comenzaron a desdibujarse debajo de una niebla acuosa.

No sentía el abrazo de Pablo, ni el calor insoportable de esa mañana de principios de diciembre. Sólo sentía los golpes de su sangre, latiendo con fuerza en sus sienes y en sus muñecas y —nunca supo por qué— un fuerte olor a tierra mojada, como si estuviese comenzando a llover en el medio del campo. No podía apartar su mirada de esas dos fotos que parecían llamarla con un grito mudo, audible sólo para ella.

El sonido de la puerta, rompió el silencio antes de que llegara la voz cálida desde una de las habitaciones. —Pueden pasar, chicos...

—¿Qué te parece si pasamos todos juntos las fiestas? —preguntó Ana mientras regaba las plantas. Una lluvia tenue que caía desde la manguera, iba devolviéndoles el brillo perdido a las hojas, y reavivaba los colores de las flores que la arena parecía desteñir, con su fino manto de polvo.

—Todavía no les he dicho nada, pero Mercedes me llamó exigiéndome que viajara con Mariana. También me ha dicho que quieren que ella pase allá las vacaciones. A Mauricio lo operarán la segunda semana de enero y, en caso de que todo salga bien, el postoperatorio será bastante largo —le respondió Mónica, que estaba sentada sobre el césped húmedo, pintando unos cacharros de barro cocido que luego servirían de macetas para plantines.

—¿Y que vas a hacer? Si llegan a irse allá se arruina todo. Esa pobre chica no va a poder soportar la presión de ellos. La van a terminar de destruir.

—Ya lo sé. Y me preocupa. Todos los casos que están mostrando por la televisión lo demuestran. Es imposible que un adolescente pueda recuperar su identidad y —lo que es más importante— su salud mental, en medio del ambiente cargado de presiones que le siguen dando sus secuestradores.

—Esa palabra tan dura involucra también a tu hermana, te das cuenta, ¿no?

—Te va a parecer más duro lo que voy a decirte ahora. Ya no siento que Mercedes sea mi hermana. Podrán unirnos lazos de sangre, de leyes, de papeles. Pero el amor no es incondicional, Ana. Ni

siquiera el amor de tus padres, ni el de tus hijos. El amor hay que hacerlo, como si estuvieras creando, entregando el alma, aunque sepas que en esa entrega quedarán tus pedazos, quedarán tus uñas clavadas, tu piel hecha jirones, tu corazón vacío. De otro modo no sirve. Mercedes no sabe lo que es amar. Sólo un ser monstruoso puede hacer lo que ella hizo.

—No la juzgues tan duro. A lo mejor ella desconocía lo que pasaba. No te olvides que hubo muchos casos de mujeres, que no sabían ni siquiera en que andaba su marido...

—No puedo creer que digas eso en serio, Ana. Ella es tan culpable como Mauricio. Todas esas mujeres, que ahora se hacen las víctimas inocentes son tan culpables como los hombres. Te digo más, utilizan el machismo como más les conviene, para liberar sus culpas o, lo que es peor, para arrastrarse y mendigar un poco de amor cuando todo se les viene abajo, aduciendo que no sabían nada, que no tuvieron nada que ver. No puedo perdonar tanta bajeza, tanta mezquindad. Mercedes no merece ni siquiera mi lástima.

Por primera vez Ana vio lágrimas en los ojos de Mónica, que siempre se mostraba tan serena, tan lógica, tan llena de calma.

—¿Y cómo vas a hacer para no ir?

—Si escuchara mi corazón los llamaría para decirles que no pueden pedir nada, que al fin hemos visto su interior y apestan, que han perdido todos sus derechos. Pero como sé que existe una ley que los mantiene impunemente a resguardo, hasta que no se demuestre su culpabilidad, voy a escuchar a mi cerebro y a desplegar toda la estrategia que pueda, como si esto fuese una guerra. Para ganar limpio les escribí diciéndoles que Mariana se llevó cinco materias, que la última la rinde el 22 de diciembre, y que si no aprueba al menos tres, deberá prepararse fuerte para febrero.

—Está bien, pero las van a forzar para que vayan aunque sea para las fiestas...

—Veremos... veremos...

Mariana y Pablo ya habían conversado con una chica encargada de investigaciones y con una psicóloga. Ahora estaban sentados en una habitación muy cálida. Había afiches sobre derechos humanos, en todas las paredes, artesanías con placas recordatorias y un gran ramo de flores. La voz agradable y contundente de la mujer que estaba entrevistándolos les transmitía una sensación de seguridad y amparo.

—Bueno, con todos los datos que ustedes me enviaron, no nos ha sido tan difícil armar parte de esta historia. Voy a leerles la síntesis que hicimos y ustedes, en todo caso me corrigen: Mauricio Corzano Lara —quien dice ser tu padre—, estaba en la Marina, en actividad, en el año 77. Naciste —según te dijeron—, en Buenos Aires, en la casa de tus padres porque tu mamá no alcanzó a llegar al sanatorio. Al poco tiempo, tu padre pide el traslado al sur, y vivieron allí hasta hace unos meses. Bueno, después,

según tengo entendido, se trasladaron a Santa Fe, para que te quedaras al cuidado de tu abuela mientras ellos comenzaban las consultas médicas. Él tuvo un accidente y quedó inválido, ¿no?

Mariana asentía con la cabeza.

—Tu abuela falleció a los pocos días y entonces te trasladaste a una casa quinta con una hermana de la que dice ser tu madre, que volvió desde España para cuidarte mientras tus padres viajaban a Estados Unidos, donde le harán una intervención quirúrgica. Ella, me refiero a tu tía, está ayudándote en todo esto, ¿no?

—Sí, y por todo lo que averiguamos hasta ahora, creemos que yo puedo ser hija de esta mujer —dijo Mariana mostrándole la foto de la promoción, que le había dado Ana.

—Sí, esos datos también me los enviaron. Sé que el parecido físico es muy grande y que muchos datos podrían concordar, pero todavía no podemos asegurarlo.

—Igualmente quiero que me cuente qué pasó con ellos —dijo Mariana.

—Bueno, pero te repito que hasta que no estemos seguros... —Ya lo sé, pero por favor, cuéntemelo igual. —Está bien. Nora Falken fue secuestrada el 13 de marzo del 77, en Santa Fe. Su pareja, Marcos Dayer fue llevado, según testimonios, al Pozo de Banfield, y ella fue trasladada a la ESMA. Estaba embarazada de seis meses. Su bebé debería haber nacido más o menos a mediados de junio del 77. Hay incluso, un testimonio de una mujer que la asistió durante el parto, en la ESMA, que asegura que Nora dio a luz a una niña, más o menos en esa fecha.

—Entonces no podrían ser mis padres porque yo nací el dieciocho de diciembre del 77.

—Eso no es tan determinante porque, generalmente, se cambiaban las fechas de nacimiento.

—O sea que si yo llegara a ser hija de ellos, hasta la fecha de mi cumpleaños sería una mentira...

—Yo te aconsejaría que no te angusties todavía porque... —Perdón, señora —preguntó Pablo—. ¿Usted dijo que hay un testimonio de una mujer que la atendió en el parto...? Alguna doctora o...

—No precisamente. En algunos casos, las embarazadas recibían la ayuda de alguna compañera de cautiverio, que las asistía durante el parto o que colaboraba con el ginecólogo, en las oportunidades que eran atendidas por un médico. Este es el caso. La persona que la asistió fue liberada en el año 78 y dio un largo testimonio ante Naciones Unidas, en el año 79 y ante la Conadep, en el 83.

—¿Hay otros testigos que los hayan conocido o que hayan estado con ellos cuando estaban detenidos?

—preguntó Pablo.

—Tenemos el testimonio de una amiga de Nora, que fue secuestrada unos meses antes, y dejó algunos datos que pueden resultar importantes.

—¿Y no podríamos hablar con ellas?

—No me parece conveniente que se conecten con ellas antes de tener la seguridad de tu identidad, Mariana. Todavía no podemos asegurar que seas hija de Nora Falken y Marcos Dayer.

—¿Hay alguna manera de comprobar si ellos son mis verdaderos padres?

—Sí, por supuesto. A través de los análisis hemogenéticos.

—¿Y me los podrían hacer?

—Hasta hace poco, si no hubiéramos tenido la autorización de tu padre, siendo menor, no hubiésemos podido seguir avanzando. Pero ahora, gracias a la Comisión Nacional por el Derecho a la Identidad, es posible impulsar los análisis hemogenéticos legal-mente.

—¿Qué significa eso? —preguntó Pablo.

—Que cuando Mariana esté dispuesta, podemos ir al Hospital Durand —nosotras los acompañaríamos, por supuesto—, donde le tomarán una muestra de sangre para que se chequee con las muestras existentes en el Banco de Datos Históricas, que es donde se guardan los datos genéticos de los familiares de desaparecidos. En este caso la denuncia fue hecha por ambas partes —materno y paterno—, así que es seguro que están los datos genéticos de las dos familias, y cuando esto ocurre, el porcentaje de certeza es del 99,8%, o sea que no hay posibilidad de error.

—¿Y después? —preguntó Mariana.

—Después de 45 días, aproximadamente, estarían los resultados. Y recién entonces, si se comprueba que Nora y Marcos fueron tus padres, podrías conocer a tu familia biológica.

Después de un rato de silencio Mariana habló:

—Quiero hacerme esos análisis ahora. Pero nadie tiene que enterarse de esto, por favor se lo pido señora.

—Quédate tranquila. Para nosotras, ustedes son lo más importante. Nadie va a violar tu derecho a la privacidad.

—Yo... le quiero pedir algo más —agregó Mariana—. Entiendo que usted no quiere que yo me haga ilusiones de haber encontrado a mi verdadera familia, antes de estar seguros, pero yo necesito hablar con las personas que estuvieron con Nora Falken. No puedo esperar 45 días. Necesito saber algo más, por favor...

—Bueno, vamos a ver que podemos hacer. De todas maneras me parece muy importante que quieras conocer tu historia y que vos la acompañes. Si están juntos en la búsqueda de la verdad, el amor que se tienen los va a ayudar mucho.

Habían pasado varias horas desde la llegada cuando se encontraron otra vez dentro del ascensor antiguo, abrazados.

Mariana, antes de salir, le dio la última mirada al panel de fotografías, en un intento de memorizar los rostros de los que podrían ser sus padres.

Ana colgaba unas guirnaldas de luces en un cedro azul que estaba al frente del vivero, cuando sonó el teléfono.

Era Sergio. Desde que Pablo se había ido a Buenos Aires, una semana atrás, habían estado viéndose casi todos los días, incluso Ana se había quedado a dormir un par de noches en la casa de él. Sergio vivía en las afueras del pueblo, muy cerca de la playa, en una casa antigua, de enormes ventanas con rejas labradas. Desde que se reconciliaron, se sentía mucho más cerca de él y ya no se cuestionaba tanto las diferencias que tenían, ni el rechazo de Pablo. Pese a que había prometido no comentar el motivo del viaje de los chicos, le había adelantado a él algunas cosas, para descargar un poco la ansiedad que la embargaba.

Faltaba algo más de dos semanas para Navidad. Desde hacía algunos años esas fiestas la llenaban de angustia. La ausencia definitiva de su marido, la enfermedad de su madre, la tristeza en la mirada de Pablo, que se volvía más patética, con sus estériles intentos de hacer bromas tontas para que ella se riera; todo eso provocaba el deseo de arrancar esos días del almanaque o de dormir y despertar cuando estuvieran en el segundo día de enero. Por un momento había pensado que este año sería diferente. Hasta se había atrevido a imaginar una mesa redonda, con mantel blanco y flores, con velas rojas, en el jardín, debajo del cedro azul que acababa de decorar. Se había visto a sí misma sonriente, por primera vez en muchos años, brindando con su hijo, con Sergio, con Mónica, con Mariana, como si volviesen a tener una familia, como si fuese posible empezar de nuevo... Pero ahora, después de lo que Mónica le había contado, se le presentaba otra vez la tétrica imagen, repetida en tantas navidades: ella y Pablo solos, brindando a la medianoche, cuando las campanas, las sirenas y la pirotecnia anunciaban la alegría ajena, evidenciando más aún el dolor y la soledad que sentían.

Volvió a sonar el teléfono y esta vez regresó sonriente a cambiarse de ropa. En cinco minutos Mónica la pasaría a buscar para ir hasta la ciudad a recoger a los chicos que regresaban en el micro de las 16.

—Y, al final, ¿han traído los datos de esa mujer, que presumiblemente ayudó a Nora durante el parto?

—preguntó Mónica cuando terminaron el relato.

—No —respondió Pablo—, las abuelas nos dijeron que iban a intentar rastrearla. Lo que sí nos dieron son los datos de una amiga de Nora, que fue secuestrada unos meses antes. Los tengo en un papel, adentro de uno de los libros. Ahora los busco, y de paso les traigo todo el material que nos dieron...

Estaban debajo de la sombra fresca de los plátanos, tratando de protegerse del calor húmedo de esa tarde de diciembre. Los chicos les habían contado todo lo vivido y ahora, un poco más tranquilos,

rescataban algún detalle olvidado, o contaban algunos episodios graciosos que vivieron juntos en Buenos Aires.

—No pueden imaginarse a Pablo, muerto de miedo porque no quería viajar en subte. El muy valiente decía que las puertas lo iban a apretar, o no se iban a abrir, o que no podíamos ver las calles y nos íbamos a perder...

—¡Mentirosa, deja de bolacear! —le gritó Pablo regresando con las manos cargadas de papeles—. Yo te decía que era mejor viajar en taxi para ganar tiempo, o en colé para conocer la ciudad, nada más.

Ahora te la aguantas, loca. Voy a contarles lo que hacías por las noches... Si salíamos a caminar decía que nos seguían, que nos iban a asaltar, que tenía miedo de que la violaran y a los dos minutos se quería volver. ¡Y ahora me acusa de cobarde a mí! Y mejor no les cuento cuando se puso a discutirme, asegurando que estábamos a dos cuadras del obelisco y anduvimos como cinco cuadras dando vueltas en redondo, hasta que se convenció y fuimos por donde yo decía.

—Decí mejor por donde te dijo el viejo del quiosco, porque en verdad le preguntaste a él por dónde debíamos ir.

—¿Dijeron que dormían en la casa de una de las abuelas, no? —Sí, son repiolas, no saben lo bien que nos trataron. A ver... Acá está. Estos son los datos de la amiga de Nora: Adriana Silvia Prieto, acá está la dirección y el teléfono. Vive en Rosario. Ana se puso pálida.

—No puede ser —dijo—. Ese es el nombre de Adriana, la mejor amiga de Nora, la de la foto, ¿se acuerdan? No puede ser la misma persona porque Adriana murió. Si hasta entregaron el cuerpo, yo ya les había contado.

Se quedaron en silencio hasta que Mónica habló. —No sería tan raro que estuviese viva, Ana. En muchos casos entregaron cuerpos que no correspondían. No te olvides que no permitían abrir los féretros. Si ella estaba con vida en un centro de detención tal vez recién se enteraron después de años. Y tú no has tenido contacto con nadie que supiera informártelo.

—Sí, todo es posible. Pero esto parece una película de terror.

—¿Lo de Adriana fue antes de que escucharas a Nora esa noche, que recuerdas como si hubiese sido un sueño? —le preguntó Mónica.

—Déjame pensar... No, fue después. Me acuerdo que fue unos días antes de Navidad y cuando me pareció escuchar la voz de Nora,

habrá sido una semana antes. Más concretamente el 13 de diciembre.

Sí, me acuerdo bien porque faltaban tres días para mi casamiento.

Ana se quedó unos instantes pensativa, y después agregó:

—Tenemos que conectarnos con ella en forma urgente. Le voy a escribir o le voy a hablar por teléfono contándole todo.

Estaban reunidos en la plaza del pueblo. Pablo había llevado la guitarra y mientras cantaba miraba a Mariana, haciéndole distintos tipos de guiños, siguiendo otro de sus juegos secretos, cómo el de los apretones de mano codificados.

Mariana no tenía más ojos que para él y Nano no podía apartar la vista de ella, pese a que ahora —al verlos— se daba cuenta de que ella jamás se fijaría en él, de otra manera que no fuera como la de un buen amigo.

La euforia de finales de clases había disminuido y se notaba, en los rostros algo más serenos, que estaban por iniciar otra etapa de sus vidas.

—¿Se enteraron de la novedad? —les preguntó Débora cuando Pablo terminó de cantar—. "Se ha formado una nueva pareja...": Gastón y Betiana son novios, ¡hay que patotearlos!

—Déjense de joder, loco, que es mentira —dijo Betiana.

—Si querés puede empezar a ser cierto, Beti —le dijo Gastón intentando abrazarla.

Betiana no pudo evitar ponerse roja como una manzana cuando todos se pusieron a gritar: "¡Eso, vamos todavía!".

La única que se mantenía al margen de lo que pasaba era Cris, que no bromeaba y de tanto en tanto se quedaba mirando a Pablo y a Mariana con odio.

Cuando salieron en La Rana pasaron a cargar cervezas. Las voces desafinadas se mezclaban con el sonido de las explosiones del motor y el canto ininterrumpido de las chicharras, mientras el auto —medio destartado—, iba levantando nubes de polvo de arena tibia, que se mezclaban con el humo azul que salía del escape.

Bajaron la cerveza, la guitarra y unas esteras que habían llevado, y se acomodaron a la sombra del rancho abandonado.

Pablo tomó a Mariana de la cintura y la sentó sobre su falda.

—¿Te acordás de todo lo que me habías dicho la primera vez que vinimos acá, mi amor?

—No me hagas acordar que me da vergüenza —le respondió Mariana.

—La famosa tarde de la guitarra acuática —le dijo Pablo abrazándola.

—Era un poco culo roto, la nena, pero después fue cambiando bastante, te diré —le dijo Débora.

—Yo creo que este año todo estuvo rebueno, loco.

—Y Betiana, vos decís eso porque Gastón se te acaba de tirar...

—No jodas, loco, lo digo en serio. Nos hicimos reamigos... La conocimos a Mariana... Ustedes ya se recibieron... Yo no me llevé ninguna, ¡por primera vez en la historia! Pablo y Mariana se enamoraron...

Cris se levantó y se fue hacia la orilla del Ubajay. Nano la siguió y se quedaron charlando, alejados de las voces alegres del resto del grupo, hasta que el sol fue dejando sus últimos rastros de fuego sobre el agua barrosa y escucharon a Pablo que los llamaba para regresar.

Diciembre del 94

Es la última vez que voy a escribir sobre tus hojas, al menos como Mariana Corzano. Falta muy poco para saber quién soy. Me siento tan vacía, tan triste que nadie podría llegar a entenderme.

Sé que lo tengo a Pablo y siento que lo amo, como nunca pensé que podría llegar a amar. Puedo apoyarme en él y cuando estuvimos solos en Buenos Aires, pese a que no pasó nada, sentí que cuando hiciera el amor por primera vez, no podría hacerlo con otro que no fuera él.

Ayer estábamos solos en su casa y lo intentamos. No alcanzó a pasar del todo, pero sentí cosas muy extrañas, fue relindo, aunque me doliera, y aunque se me aparecieran la cara de mis viejos, bah, de ellos, en ese momento. Tenía muchas ganas de besarlo y de dejar nuestros cuerpos juntos. Siento que lo amo con toda mi alma y que quiero estar toda la vida a su lado. Aunque después me agarre un bajón como el que tengo hoy.

No sé por qué, pero hoy es uno de esos días en que quisiera volver atrás, estar en el sur y que nada de esto estuviera pasándome. Quisiera volver a ser la Mariana que era, la que no sospechaba nada, la que creía que su mamá y su papá eran —como siempre me decían ellos—, "los únicos que jamás te haremos daño, los únicos en quienes puedes confiar..."

Sin embargo todo esto está pasando y por momentos sé que ya no soy la misma. Lo más terrible es no saber quién soy. Y esto no es sólo porque no estoy segura ni siquiera de mi nombre, sino porque a causa de lo que me enteré, se me confunde todo. Ya no sé qué está bien ni qué está mal. Y tengo mucho miedo, un miedo tan grande que no me deja pensar. Tengo miedo a lo que puedan hacerme si se enteran de lo que estoy tratando de averiguar, pero al mismo tiempo quiero saber si los que estaban en la foto son de verdad mis viejos. También siento que no puedo quererlos, porque no los conocí, pero sin embargo sé que odio a los que los mataron y me separaron de ellos. Aunque después pienso que tal vez el que los mató pudo haber sido él, y entonces todo vuelve a confundirse. Y me vienen ganas de volver a ser chiquita para no pensar.

Mañana vamos a ir a la isla de don Gómez y voy a saber algo más. Estoy tan triste que por momentos siento como si tuviera un agujero en el pecho.

Mariana cerró su diario y se acostó tapándose la cabeza con la almohada.

Hacía un tiempo que Mónica y Ana salían a caminar. Era un buen ejercicio para sus piernas. Ana, después de unas cuantas caminatas se atrevió a imitar a Mónica y salía descalza, aunque no disfrutaba tanto como ella del placer de hundir sus pies en la arena tibia.

Salían al atardecer y, a esa hora, el olor fuerte de los eucaliptos se mezclaba con el perfume de las flores, del pasto recién cortado, de la tierra húmeda, fundiéndose con el viento que traía las fragancias del río y de las islas, y provocando ese almizcle inconfundible que sólo se podía sentir en ese lugar de la tierra.

—¿Hablaste con Mariana sobre el viaje?

—Sí, ella no tiene ganas de estar lejos de Pablo, pero al mismo tiempo siente temores... Es lógico y tal vez —aunque no lo confiese—, debe extrañarlos. Me dijo que creía que sería mejor que fuéramos, para que no sospecharan... Y bueno, no creo que sea bueno presionarla.

—¿Cuándo se van?

—Mercedes mandó los pasajes. Tenemos el vuelo para el 24 a la tarde. Por las dudas no nieta la pata—como dicen ustedes—, porque creo que Pablo todavía no sabe nada. Mariana iba a decírselo hoy cuando volvieran.

—Sigo pensando que es un error. No sé lo que va a pasar allá. Son demasiado astutos como para no darse cuenta, y si eso ocurre van a hacer cualquier cosa para lavarle el cerebro.

—No te preocupes. Yo me voy a encargar de manejar la situación lo más que pueda. A lo sumo volveremos el 2 enero, con la excusa de las materias que supuestamente Mariana rindió mal.

—Qué vueltas tiene la vida, ¿no? Si cuando iba al secundario alguien me hubiese dicho que veinte años después iba a estar en esta situación me hubiera reído. Por momentos siento que nada es casual, que esto ocurre para remediar en parte todo lo que no vi, o no quise ver durante tantos años. Es como si tuviera una segunda oportunidad para jugármela, y no puedo, no debo, ni quiero desaprovecharla.

Mónica sonrió.

—¡Bravo! Estás creciendo, Ana.

—Ya lo sé... Me falta muy poco para los cuarenta...

Las dos se largaron a reír. El cielo estallaba en lilas y rosados mientras una bandada de golondrinas revoloteaba sobre sus cabezas.

El sol todavía estaba alto, pero Pablo y Mariana, cansados de esperar a don Gómez, resolvieron regresar.

Hacía rato que remaban en silencio y no les faltaba demasiado para salir del Colastiné y entrar al Ubajay.

—¿Qué le pudo haber pasado?

—Nada, habrá ido al pueblo. No te preocupes, mañana volvemos.

—¿Qué es aquello? —preguntó Mariana, refiriéndose a un gran manchón claro que emergía muy cerca de una de las islas.

—Parece un banco de arena... o de barro. Sí, es barro. El río todavía está bajo y el barro queda al descubierto. ¿Querés que juntemos un poco y le llevemos a Moni?

—Dale, ¿pero adonde lo ponemos?

—Hay una bolsa grande abajo del asiento...

Arrojaron la soga con el ancla y bajaron. Pablo la aseguró en un sauce y comenzaron a caminar.

Se hundían hasta más de la mitad de las pantorrillas. Sus pies se enterraban y tenían que hacer un esfuerzo tremendo para poder liberarlos y seguir avanzando. Cuando lo lograban se quedaban observando las burbujas de barro espeso que, en instantes, volvían a ocupar el agujero dejado por sus huellas, con ruidosos gorgoteos.

Iban luchando por avanzar, uno al lado del otro, sintiendo la succión sobre sus piernas, como si alguien los estuviera reteniendo.

En un momento Mariana pisó sobre barro más firme, patinó y se cayó sobre el lodazal grisáceo y húmedo.

Pablo, riéndose, se acercó para levantarla, pero antes de hacerlo tomó un poco de barro y le ensució la punta de la nariz, que era lo único que permanecía sin salpicaduras. Entonces ella lo tomó por las rodillas y comenzó a empujarlo para que el también se cayera.

El barro era de un gris claro, y estaba tan húmedo que, Pablo, al caer, pudo sentir su frescura sobre la piel, que estaba ardiendo a causa de tanto sol.

Entonces comenzó a rodar, hasta sentir que no le quedaba ningún resquicio de su cuerpo sin cubrir.

Mariana lo miraba riéndose. Pablo comenzó a acercarse, a rastras por el suelo, fingiendo ser una fiera que quería atraparla con sus garras.

Las risas de ella comenzaron a confundirse con gritos que simulaban terror, mientras intentaba inútilmente escaparse. Pablo la tomó por la cintura y la atrajo hacia él, hasta tenerla muy cerca de su cuerpo. Después comenzó a embarrarla con suavidad: el cabello, el cuello, los hombros, los brazos, estirando la masa viscosa hasta la punta de sus dedos, y deteniéndose en ellos, deliberadamente, mientras la besaba. Le quitó el corpiño del traje de baño y comenzó a cubrirle los pechos, mientras le decía al oído: "Así no vas a sentir vergüenza".

Ella lo dejaba hacer y a su vez también comenzó a cubrirlo con la arcilla mojada. Se sentían sensuales y primitivos.

Comenzaron a besarse, explorando sus bocas como no lo habían hecho nunca y la pasión los envolvió en un abrazo ardiente y voluptuoso, durante un largo rato.

Después caminaron un poco más adentro y descubrieron la entrada de un arroyo.

Nadaron un rato en las aguas fangosas y fueron quitándose los restos de barro, sin dejar de acariciarse. Cuando salieron Pablo recostó a Mariana sobre el césped fresco y comenzó a besarla lentamente por todo el cuerpo, quitándole lo que le quedaba del traje de baño.

Estaban completamente desnudos, abrazados debajo de la sombra de un viejo sauce, arrullados por el sonido del agua y el canto de los pájaros, sintiendo que se amaban y que la vida les regalaba un momento mágico e inolvidable.

22

Pablo había ido a buscar a Mariana apenas terminó de desayunar. Iban en La Rana, sentados muy juntos. En el asiento de atrás había puesto la guitarra y algunos bultos cubiertos con una lona verde. Subieron por el terraplén viejo hasta que se toparon con un camino cerrado. Volvieron a girar hacia el este.

—Vamos a tener que ir por la ruta para no cruzar por la casa del milico —dijo Pablo.

Anduvieron un rato a los tumbos por la banquina poceada hasta que llegaron al camino lateral y volvieron a girar hacia el oeste.

Frente a ellos se abría un camino arenoso, bordeado a ambos lados por matas de malezas, cubiertas por una fina capa de polvo. Un poco mas allá, chañares retorcidos, ceibos y timbóes proyectaban su sombra rala sobre los yuyales.

El sol caía implacable sobre sus cabezas. Pablo aceleró a fondo y treparon por la cuesta de las defensas nuevas. La tranquera estaba abierta, volcada hacia un costado y el auto enfiló hacia el camino alto del nuevo terraplén.

—Con estas defensas, nunca más nos volveremos a inundar — dijo Pablo.

—¿Se puede saber adonde vamos? —Por supuesto que no.

Mariana no se perdía detalle. Hacia los costados, el camino bajaba en suaves pendientes arenosas, y terminaba en una planicie inclinada, cubierta de césped, en la cual habían plantado cientos de sauces que recién estaban largando sus primeros brotes. Más allá se extendía un solar, en el que crecían aromos y espinillos y, a lo lejos, el sol le daba reflejos de plata a la laguna.

El viejo auto destartado se hamacaba, quejándose de tanto en tanto con algunas explosiones.

Cuando llegaron a la siguiente tranquera, Mariana vio que estaba cerrada. Pablo paró el motor, quitó el cambio y dejó que la vieja cafetera se deslizara por la pendiente. Bajó de un salto, cargó los bultos y la guitarra, ayudó a bajar a Mariana y levantó los hilos de púas afiladas del primero de los dos alambrados, para que ella cruzara.

Después se fueron internando en un espeso bosque de eucaliptos y caminaron por más de quince minutos.

Al llegar al final del bosque, Mariana se detuvo de golpe, abrió mucho los ojos y no pudo evitar que la risa se le confundiera con las lágrimas.

Desde los enormes troncos de los eucaliptos comenzaron a salir todos los chicos: Débora, Gastón, Betiana, Loli, Nano... En las ramas más altas colgaba un pasacalles inmenso con letras multicolores que anunciaba: "**FELIZ CUMPLE MARIANA, TE REQUEREMOS**", y un poco más allá venía Cris, con una torta chueca, luchando para que no se apagaran las diecisiete velitas encendidas.

Mónica estaba escribiendo una carta a Ismael cuando Ana llegó corriendo, y trató inútilmente de explicarle lo que le pasaba.

—Trata de serenarte, Ana —le dijo Mónica.

—Perdóname, lo que pasa es que todo esto es muy fuerte. Acabo de hablar con Adriana por teléfono. Me parece mentira que esté viva.

—¿Y qué te ha dicho? ¿Está dispuesta a hablar?

—Bueno, cuando le conté todo lo que sabemos y le hablé de Mariana, enseguida me dijo que sí, que no tenía ningún problema. Que no nos molestáramos en ir a Rosario porque ella vendrá para acá en unos días y apenas llegue nos habla. Yo la invité para que viniese a casa, pero me dijo que irá a quedarse en la casa de la tía abuela de Nora, porque en realidad viene para visitarla.

—No sé si será tan bueno que sigamos adelante antes de tener la certeza de que Mariana es hija de Nora —dijo Mónica—. Aunque es como si fuéramos ganando tiempo, como si las piezas de este rompecabezas fueran armándose solas.

—No sé qué podría llegar a pasarle a Mariana si después descubre que esto no fue más que una casualidad.

—No vamos a decirle nada, hasta que Adriana nos llame, así no le contagiaremos nuestra ansiedad.

Estaban sentados sobre los troncos grises y pelados de enormes eucaliptos que dormían —desde hacía meses o años—, definitivamente sobre el suelo.

Sus respiraciones agitadas trataban de recobrar la calma, después de la loca carrera que habían hecho para alcanzar a contemplar la puesta de sol. Había valido el esfuerzo. Mariana cerró los ojos para tratar de grabar lo que había visto.

El cielo, desde el horizonte hasta casi la mitad., en la zona del ocaso, era una masa uniforme, anaranjada y rojiza, con tintes violáceos, cruzado con algunas nubes densas y delgadas, teñidas de un azul intenso. Una miríada de rayos luminosos las atravesaba, creando un efecto alucinante. Una

tropilla de caballos salvajes, de crines y colas larguísimas, galopaban sobre la orilla húmeda de la laguna y, más allá, el agua descansaba en un espejo calmo y plateado. La otra orilla contrastaba a lo lejos con las torres negras de sus edificios, que se elevaban hacia el cielo, y que iban encendiendo poco a poco sus luces de neón.

—¿Vamos a contar cuentos de terror?

La voz de Nano los volvió a la tierra. La noche avanzaba dentro del bosque y las primeras luces de las luciérnagas comenzaban a encenderse y a vagar, intermitentes, entre los troncos oscuros, como si fuesen duendes del bosque.

Se acomodaron en ronda, algunos sobre los troncos y otros sentados sobre el suelo. Estuvieron un largo rato contando historias de asesinatos, supersticiones y aparecidos. Era una noche oscura y las estrellas hacía rato que brillaban sobre sus cabezas.

—¿A ustedes no les parece que esas luces se están acercando cada vez más? —preguntó Betiana.

—Esas no son luces —dijo Loli con voz grave—. Son los locos de un solo ojo, que desde hace años vagan por el bosque durante la noche, esperando que alguien se atreva a venir, para arrancarle uno de los ojos y volver a recobrar su aspecto de hombre.

—Y sus presas —agregó Nano—, al quedar con un solo ojo, quedan hechizadas y se convierten a su vez en locos del bosque.

—Déjense de decir pavadas que son luciérnagas —dijo Mariana.

—No, en realidad son lucos, una especie de coyuyos, mucho más grande que las luciérnagas. Y se acercan porque son muy curiosos —dijo Cris.

—Ya salió la intelectualoide a romper el clima de miedo... —se quejó Gastón.

Una sombra grisácea pasó rozando la cabeza de Betiana.

—¿Qué fue eso, loco?

—¡Un murciélago! —gritó Cris.

—Sí, y ahora estamos atrapados, los locos de un solo ojo no nos dejarán pasar por el bosque. Y aquellos potros son los cuidadores de la entrada de la laguna. Ya vienen hacia nosotros los vampiros, a chupar nuestra sangre. ¡Recen o lloren! Igualmente no se salvarán... —dijo Loli con voz de ultratumba.

—¡No jodas, boludo! —le contestó Debora—. ¿No ves que está asustada en serio?

Nano y Gastón se largaron a reír.

—Me parece que la que está asustada sos vos, no Betiana.

—¿Trajeron linterna? —preguntó Cris—. Miren que tenemos que cruzar por ahí adentro y no se ve nada.

—El que ose cruzar por mis páramos tendrá la maldición eterna... Auuuuuuuuuuuuuuuuuuuu —siguió Loli. Mariana y Pablo se reían con ganas.

—Bueno dale, volvamos... No jodan...

—Volvemos, pero con una condición, Betiana —dijo Gastón.

—¿Cuál?

—Que vamos contando historias de miedo y vos venís bien cerquita mío. Y si querés, yo puedo hacer un esfuerzo y llevarte abrazada...

Comenzaron a regresar, caminando en medio de esos árboles oscuros y enormes, excitados por el misterio de los susurros que quebraban el silencio, por los ojos rojos que brillaban en la oscuridad, por algún vuelo rasante que oían sobre sus cabezas, por el sonido de sus propios pasos sobre las ramas secas.

Cuando al fin llegaron del otro lado, la luna estaba filtrando sus primeros rayos a través de las copas de los árboles y ellos sentían que estaban impregnados con toda la magia del bosque y de la noche.

23

—¿Y si nos volvemos, mejor? —preguntó Mariana.

Pablo no le contestó. La luz se filtraba a través de las hojas haciendo juegos de sombras sobre su cara. Las gotas de agua sobre la tierra apisonada indicaban que hacía muy poco alguien había regado el patio para que el polvo no volase.

En ese momento escucharon a sus espaldas la voz de don Gómez, con su tonada entrerriana.

—Vayan sentándose que voy a buscar el mate.

Dos gallinas salieron cacareando asustadas cuando el viejo abrió la puerta del rancho.

Mariana y Pablo se sentaron sobre unos troncos lustrosos, que debían haber sido cortados a propósito para fabricar esa especie de bancos, que armonizaban tan bien con el paisaje. Desde donde estaban podían ver el sendero estrecho de arena que se abría entre la maleza y desembocaba en el arroyo, y la canoa del viejo, que se balanceaba con el ritmo que le imprimían las olas, golpeando suavemente contra la barranca y emitiendo suaves quejidos.

Don Gómez regresó y, sentándose en un viejo sillón de sauce, les dijo:

—Y buó, ya sabía yo que algún día alguien iba a querer saber sobre esto. Pregunten nomá...

Después le dio una larga chupada al mate y se quedó esperando que los chicos hablasen. Pablo la miró a Mariana y después dijo:

—Y cuente usted... No sé... de lo que se acuerde. Quién la trajo acá. Por qué se escondía. Cómo se llamaba... Qué sé yo... Qué le pasó...

El viejo siguió con el mate y después se puso a hablar mirando hacia el río.

—Si mal no recuerdo, se llamaba Nora. Yo no sé por qué se escondía y nunca quise preguntarle... En algo raro debió haber andado, eso de seguro. Fue tu abuelo el que la trajo acá. Si no hubiera sido así, yo no la hubiera recibido... Pero don Hilario era muy gaucho, y yo le andaba debiendo favores. No me voy a olvidar nunca que la primera vez que la inundación me llevó todo, él me ofreció su casa y ahí me quedé hasta que el río bajó. Después me prestó la plata para comprarme una chapas y unos cortes de paja pa' hacerme de vuelta el rancho. Así que no pude negarme cuando la trajo esa noche. Yo no quería que se quedara, y menos cuando me di cuenta que estaba preñada. Pero no quise decirle que no a don Hilario. Le debía mucho...

El cuero gastado de su piel mostraba grietas profundas y oscuras, como si se las hubiesen trazado con un lápiz. Armó un cigarrillo lentamente, lo pegó con la lengua y, después de encenderlo, siguió hablando.

—Cuando tu abuelo se fue, ella se quedó mirándome con sus ojos de gata y a mí enseguida algo me olió fiero. Se metía en todo, cambiándome las cosas de lugar, poniendo yuyos en los tarros como si fuesen floreros. Y hablaba todo el día: que ayudaban a los pobres, que había que luchar, y qué sé yo cuánta pavada más. Me jodía. Había que darle de comer, andarse con cuidado pa' que nadie se entere que estaba acá. Yo ya estaba acostumbrado a vivir solo y... la verdá que la gurisa me jodia.

El viejo le dio una larga chupada al cigarrillo y después siguió el mate y la charla.

—Lo más pior fue cuando me pidieron lo del diario. Yo siempre que iba al pueblo pasaba por el Salatín a tomar unos vinos y una mañana, cuando iba por el segundo vaso, llegó un tipo y me envitó a jugar un truco. Tenía un diario doblado y me dijo: "No abras la boca, viejo, y cuando te vas le llevas este diario a la mina que estás escondiendo en tu rancho. Y para la próxima volvés a traer el diario con la respuesta".

La voz del viejo sonó más baja, mientras sus manos, surcadas de gruesas venas verdosas y salpicadas de manchas, hacían girar el mate. Al rato siguió.

—Ahí me di cuenta que algo fulero pasaba. Y no me gustó ni medio, pero tuve que hacerlo por don Hilario. Que los parió... Yo nunca fui miedoso, eh, pero en esa época había que andarse con cuidado. Nunca supe en qué andaban, pero, de seguro que no era trigo limpio la gurisa. Y miren lo que es la cosa..., durante mucho tiempo esperé que alguien la buscara, pero esperaba que viniera la policía, algún matón, o hasta el tipo ese del diario... pero nunca imaginé que iban a aparecer unos gurises como ustedes a preguntar... Y pa' qué la andan buscando, ¿eh?

Los chicos se miraron en silencio, después Mariana dijo:

—Yo ya le dije el otro día, que a lo mejor ella era mi mamá. Por eso la busco. Pero no sé si voy a encontrarla, porque algunos creen que... que la mataron.

El viejo tosió un par de veces y se quedó mirando a Mariana por un momento. Después se alejó hacia el rancho, arrastrando las alpargatas, mientras les dijo entre dientes:

—Voy a buscarles algo... qué lo tiró... las vueltas que tiene la vida...

—Tiene que ser ese milico de mierda, seguro que es él —dijo Ana con voz furiosa.

Sergio y Mónica la escuchaban en silencio. Ana les dio el papel para que lo leyeran.

—Es una amenaza bastante clara y la verdad que yo, no la pasaría por alto —dijo Sergio.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Una denuncia a la policía? —preguntó Mónica.

—Yo creo que esto es mucho más grave. En el lugar de ustedes, hablaría con un buen abogado, por las dudas... Guardaría todas las pruebas en una caja de seguridad...

—¿De qué pruebas estás hablando? —le preguntó Mónica, interrogando a Ana con la mirada.

Ana, viendo la cara de disgusto de Mónica se apresuró a explicar:

—Sergio es de absoluta confianza, por eso es que le conté algunas cosas...

Sergio continuó:

—De qué pruebas querés que hable... Supongo que irán guardando algunas pruebas, ¿no? Algo que les den las abuelas, si llegan a grabar el testimonio de la mina esta que era amiga de la posible madre de Mariana, fotos, qué sé yo, cualquier cosa que pueda servirles en un juicio...

—¿En qué juicio? —preguntó Ana.

—Suponiendo que se llegue a un juicio —agregó él—. Yo les voy a dar un consejo y por favor escuchénme. Paren por un tiempo. Dos meses, nada más. Hasta que esto se calme. La amenaza es bien clara, les dice que dejen todo como está. Seguro que atrás de esto hay gente de los servicios metida, enviados por tu querido cuñado, y si ustedes siguen, van a destapar la olla antes de tiempo. Mariana es menor, no se olviden, y si se llega a armar quilombo, va a tener que intervenir la justicia, la van a mandar con los viejos adoptivos o con sustitutos hasta que todo se aclare, y le van a terminar lavando el mate, como hicieron y siguen haciendo con todos los hijos de desaparecidos...

—Lo que yo no entiendo —dijo Ana— es cómo hicieron para enterarse de que estamos investigando sobre la identidad de Mariana.

—Y anda a saber... por ahí a los pendejos se les escapó algo, y estos tipos siempre andan con las orejas paradas, y en donde menos (e imaginas).

—A mí me da miedo, que quieren que les diga —continuó Ana—. Además la cara de ese tipo, la mirada...

—Pero Ana —la interrumpió Mónica—, no sabemos si este tipo tiene algo que ver con todo esto. Las amenazas que él te hizo antes, e incluso lo de la piedra, eran por cuestiones personales. Este hombre debe ser un fascista y seguro se cree que todavía estamos en la época en que era militar, y se daban el

gusto de sacarse a los vecinos de encima con una "visita", pero de ahí a que se meta en este tema, es otra cosa...

—Yo no descartaría nada, por las dudas. Y menos viniendo de ese tipo que según referencias, está muy bien vinculado. Miren, ustedes saben bien que no soy ningún cagón. Pero la mano viene pesada. Corten todo por dos meses. Yo voy a seguir con lo que pueda por mi lado. Pero suspendan fundamentalmente lo de Abuelas. Después de ese tiempo le dan pata con todo. Son tácticas. El enemigo cree que logró asustarlas y ustedes les dan el golpe final.

—Suenan bastante lógico —dijo Mónica—. Creo que Sergio tiene razón. Incluso estoy pensando que sería bastante inteligente que Mariana y yo nos quedemos durante todo enero en Washington. En el supuesto caso de que Mauricio y Mercedes estén al tanto de todo, el tenernos cerca los tranquilizaría, y a nuestro regreso veríamos, ¿no?

Ana asintió pensativa.

—Ah, Sergio —agregó Mónica—, te tendría que pedir un favor, pero espero que no supongas por esto que me estoy volviendo machista. Mañana tengo turno para alinear el auto, y como tengo que entregar un pedido con urgencia no voy a poder dejar el taller. Ana no sabe manejar y los chicos no tienen carnet, así que si no te molesto demasiado...

—Si pagas bien... —le contestó él, —Pero eso no es todo...

—¿Qué más querés, eh, necesitas que te lo lave, que te lo lustre? —No. Necesitaría que pasaras por el departamento de mi madre, a buscar unas valijas para el viaje. —Hecho. No hay historia.

Ana llegó con una cerveza helada y salieron al patio, hablando de otros temas.

Al rato el viejo volvió con una caja de zapatos, que se veía bastante manoseada. Estaba atada con dos vueltas de hilo sisal, y cuando la abrió un olor a papel viejo salió de adentro.

La dejó en el suelo, cerca de los chicos y se puso a hablar:

—La última noche que pasó en el rancho me dio esto y me dijo: "Guárdela por si me pasa algo". Después me pidió que la llevara hasta el pueblo. Yo la llevé en la canoa, contento, porque pensé que por fin se iría y volvería a estar tranquilo, pero cuando llegamos me pidió que la buscara en el mismo lugar a la noche siguiente, que ella iba a prender tres veces la linterna, y que recién ahí me acercara. Antes de bajarse se sacó una cadena que llevaba siempre colgando y me la dio pa' que la metiera en la caja con los papeles. Después la oscuridad de la noche se la tragó.

El viejo se quedó con la mirada perdida en el vacío, callado, con su boca desdentada apenas abierta y las manos apoyadas una sobre la otra, sobre el pantalón descolorido. Al rato Mariana le preguntó: —¿Usted no volvió a la noche siguiente? Él respondió, mientras negaba con su cabeza. —Esa noche cuando remaba pa'l rancho, me dije que no iba a volver, que se jodierá qué tanto, que ya había hecho

bastante. Pero después me acordé de don Hilario, de la inundación y bué, tuve que volver. Y volví durante más de un mes. Me quedaba un rato largo con la linterna apretada entre las manos, esperando. Pero ella no apareció nunca más. Después que pasó mucho tiempo volví al Salatín y tampoco estaba el tipo del diario. Se los había tragado la tierra. Así fue...

El viejo se paró y tomando una lata con maíz empezó a arrojarle granos a las gallinas. Después se sentó y dijo:

—La verdá es que yo no quería hablar más de esa gurisa, pero cuando ustedes se iban los otros días... no me lo van a creer..., pero se me aparecía la cara de tu finado abuelo y bué, qué se le va hacer... sentí que tenía que llamarlos.

La miró fijo a Mariana y agregó:

—Capaz nomá que haya sido tu madre porque de endeveras que son parecidas, ¿eh?

Y agregó, poniéndose de pie:

—Ahora que ya saben todo pueden irse. Y llévense esa caja con esas porquerías... La verdá es que no se cómo no la quemé en todos estos años.

Después les dio la espalda y se metió adentro del rancho.

24

—Acá está tu regalo... pero va a quedar debajo del árbol hasta después de las doce de la noche del 24 —dijo Pablo.

—Pablo... hay algo que no te dije. No voy a estar para Navidad. —¿Cómo que no vas a estar?

—Mis... bah, ellos... mandaron los pasajes. Tenemos vuelo para el 24.

Pablo se quedó en silencio durante un rato. Después la miró con bronca.

—Yo no puedo creer que después de todo lo que estamos viviendo, pienses en irte.

—¡Y vos te pensás que tengo ganas de irme! Yo creo que si voy... ellos no van a sospechar... De todos modos nos volvemos los primeros días de enero.

Ana entraba con los brazos cargados de paquetes y alcanzó a escuchar la última parte de la frase.

—Perdónenme que me entrometa, pero... Mónica me dijo ayer que se van a quedar hasta fin de mes. Supongo que es mejor que lo sepas, Mariana.

—A mí no me dijo nada... Yo no quiero quedarme tanto.

—Vamos a hablar con ella, Mariana —dijo Pablo.

—Ahora no está. Cuando yo me venía para acá ella salía.

Ana se quedó pensativa y después agregó:

—Qué raro. Ayer Mónica le pidió a Sergio que le llevara el coche a alinear porque ella tenía mucho trabajo. No lo habrá llevado entonces.

—Ahora que decís me doy cuenta de que se fue caminando... Habrá necesitado algún pincel o algún pigmento y se habrá ido hasta el pueblo en colé —agregó Mariana—. No creo que demore demasiado.

—No voy a permitir que se vayan —siguió Pablo—. Dentro de un rato vamos para tu casa.

—Ustedes no saben muchas cosas, chicos —dijo Ana—. Parece que hay algunos problemas. Hay alguien que está haciendo amenazas...

—Sí, ya sé: el milico. Pero no pasamos más por ahí, así que no va a seguir jodiendo...

—No, Pablo, se trata de otra cosa. Mónica recibió un anónimo en el que le decían que no siguiera adelante con las investigaciones porque la íbamos a pasar todos muy mal. Sergio nos dijo que, como Mariana es menor, ellos pueden interferir y que las cosas pueden tomar un rumbo feo. Mónica decidió que lo mejor sería viajar todo enero por las dudas, para no levantar sospechas. Supongo que te lo iría a decir hoy... Y yo creo que tiene razón. Un mes pasa rápido a la edad de ustedes, chicos...

Mariana y Pablo se miraron. Para ellos un mes era una eternidad si no estaban juntos. Pero los demás no podían entenderlo.

Mónica se bajó del colectivo unas cuantas cuadras antes del sitio al cual se dirigía. Caminó con prisa, estaba algo nerviosa. Cuando llegó frente a la casa antigua de rejas trabajadas siguió de largo y dio vuelta a la cuadra.

Se metió por la parte de atrás, por un terreno baldío. Los yuyos eran casi tan altos como ella y le arañaban las piernas a medida que avanzaba. El calor era insoportable y sentía cómo iba pegándosele la ropa al cuerpo.

Había acompañado una tarde a Ana y recordaba perfectamente que en el patio había una ventana sin rejas, pequeña, tipo balancín, que seguramente pertenecía a un baño.

Terminó de atravesar los yuyales y cruzó por debajo del alambrado de púas. El sendero de ladrillos desparejos se abrió paso entre el verde del césped, que no estaba demasiado alto.

Había algunas ropas tendidas sobre el tejido del costado. Se lijó en la ventanita. Estaba entreabierta. Arrimó una escalera desvencijada que encontró debajo de la enredadera y comenzó a subir.

La ventana era bastante estrecha, y le costó trabajo pasar su cuerpo por ella. Ya casi lo había logrado; sus piernas tanteaban a ciegas el borde del lavatorio del baño, que había visto antes de comenzar a cruzar; sólo su cabeza quedaba asomando por la banderola entreabierta, cuando escuchó que golpeaban las manos. Se apresuró a entrar y se quedó en silencio, espiando por una hendidura de la ventana. Era alguien que golpeaba en el patio de al lado.

Comenzó a recorrer la casa. No sabía que buscaba. Sólo seguía su intuición y esta le decía que Sergio tenía algo que ver con la amenaza anónima que le habían enviado. Algo imperceptible flotaba en su mirada, en sus palabras, en el tono de su voz. Algo que Mónica no podía determinar, pero que no le había pasado inadvertido.

Se puso a revolver los cajones, en los cuáles ella suponía que podría guardar su pasaporte, o algún documento importante. Todo parecía estar en regla. Los datos coincidían, la edad, el nombre, la fotografía.

Metió una hoja en blanco en la máquina de escribir, para comparar los tipos con los del anónimo; pero a primera vista se dio cuenta de que no tenían nada que ver.

Siguió hurgando un buen rato y no encontró nada que le llamara la atención.

"Estoy demasiado sugestionada" —pensó—. "Si Ana se llegara a enterar de que sospeché de Sergio, no va a perdonármelo".

Ya estaba por subir al lavatorio del baño, para irse, cuando el sonido del teléfono la sobresaltó. Se quedó paralizada, respirando hondo para recuperar la calma. Sentía el frío de los azulejos debajo de su espalda. Se subió, y ya estaba a punto de cruzar la ventana, cuando se dio cuenta de que el teléfono tenía el contestador automático conectado. La curiosidad hizo que volviera a la habitación para escuchar...

Mariana todavía no había abierto la caja que le diera don Gómez, y ésta seguía cerrada, con las dos vueltas de hilo sisal, tal como la volvieran a atar el día anterior. Después de que el viejo se la diera, no se había atrevido a hurgar en ella. Era difícil expresar lo que sentía y Pablo no la entendió cuando trató de explicárselo.

Ahora estaba en su cuarto, a solas. Mónica no había regresado y Pablo se fue después de que discutieron acaloradamente. Era su primera pelea en serio y ahora se sentía triste. Se daba cuenta de que Pablo tenía razón cuando le decía que no quería que se fuera. Ella también quería estar con él para Navidad, y para recibir el nuevo año, pero le dijo que estaba asustada. Ahora, después de un rato de estar sola, se daba cuenta de que estaba confundida.

La caja seguía esperando sobre su cama. Los rostros de Nora y Marcos se le aparecían, algo borrosos, en la mente, y se superponían con los de los que ella había creído, hasta hacía pocos meses, sus padres. Iba a tirar del hilo sisal para desatar la caja, pero después se arrepintió y la metió en el último cajón de la cómoda, donde había ido guardando todas las cartas que recibiera desde Washington.

Faltaba muy poco para la medianoche. El cedro mostraba sus ramas azuladas, que brillaban con las luces intermitentes que le había colgado Ana.

A un costado, la mesa redonda, con el mantel blanco y un arreglo de flores, estaba cubierta con diferentes platos. Una vela encendida, protegida por una tulipa, titilaba de tanto en tanto, luchando por no apagarse.

Pablo estaba estirado sobre una reposera, callado, contemplando las estrellas, debajo del árbol que plantara su padre.

Ana había puesto música, pero no se lograban apagar las voces festivas de los vecinos, que —como todos los años— evidenciaban más aún su soledad y su tristeza.

Faltaba poco menos de media hora para la medianoche.

Ana buscó un viejo sillón hamaca de madera y lona y se sentó debajo de la pérgola. La madre selva formaba un techo de hojas verde oscuro, coronado con flores blancas y amarillas, que impregnaban el patio con su perfume dulzón.

Mónica y Mariana se habían ido esa mañana para Buenos Aires. El vuelo salía poco después del mediodía, así que supuso que a esa hora ya estarían por brindar con Mercedes y Mauricio, en el lujoso hospital de Washington.

Mónica había ido después de almorzar a buscar las valijas que Sergio le trajera del departamento y se fue para su quinta a preparar el equipaje. Recién por la noche estuvieron juntas un rato, mientras los chicos se despedían y casi no habían tenido tiempo de hablar. Sólo le dijo que hablarían desde allá para año nuevo y les confirmarían si regresaban los primeros días de febrero.

Sergio se había ido a pasar las fiestas con su familia, y no regresaría antes de dos semanas. Ella le había propuesto que se quedara, pero él le había planteado que sería mejor para Pablo que no se vieran durante unos días, que sus padres lo esperaban, que se veían poco porque estaban muy lejos, y al final se fue con un beso apurado, como si sintiese fastidio de tener que dar explicaciones, prometiéndole que si los teléfonos funcionaban —lo que suponía muy difícil en el pueblito adonde se iba— la llamaría.

Se acercó a la mesa y sacó la botella que había colocado dentro del balde con hielo. Sirvió dos copas, se tomó una de un trago y le llevó la otra a Pablo.

La luna atravesaba ahora las ramas más altas del Ybirá-Puitá, y sobre el césped recién cortado se proyectaba la sombra del árbol, que se extendía más allá del sendero de lajas, y trepaba, quebrada, sobre uno de los muros del invernadero.

Se acercó a la reposera donde estaba Pablo. La luz de la luna, que se filtraba entre las ramas, iluminaba parte del rostro de su hijo, y Ana se dio cuenta de que estaba llorando.

Todas las casas se veían iluminadas, con sus árboles engalanados con guirnaldas de luces, como si fuesen pinos navideños y con los parques colmados de gente. Los gritos de los chicos se mezclaban con los estallidos de la pirotecnia, y con las risas de los adultos.

Nano iba caminando hacia el pueblo, que estaba a menos de dos kilómetros de su quinta. Ya habían dado las doce y después de brindar con su familia, lo único que quería era reunirse con los chicos en la plaza, tal como lo habían convenido.

Caminaba por la orilla de la ruta, que a esa hora estaba casi desierta. La noche era clara, iluminada por la luna. Las estrellas parecían tocarse unas a otras en el cielo.

—¡Por fin llegas, loco! —lo recibió Betiana. Estaban sentados sobre el piso de ladrillos que circunda el mástil, en el centro de la plaza, con caras aburridas. Apoyaban la espalda sobre un muro bajo que hace las veces de banco y macetero. Loli pasaba una botella y cada uno iba dándole un trago. —¿Y Pablo y Mariana? —preguntó Nano.

—Mariana se fue esta mañana para Estados Unidos con la tía — le respondió Débora—. Y Pablo estaba con la chiripiorca, más loco que un chivo. Nos dijo que venía más tarde, pero no le creo.

—¡Qué bajón! —dijo Loli—. Esto está más jodido que un velorio. ¿Qué hacemos?

—Vamos a buscar a Pablo y lo convencemos para que venga — dijo Cris—. Podríamos pasar a buscar cerveza y unas velas y nos vamos de conga al Rancho.

—¿Y con qué música vamos a hacer conga, si allá no hay luz? —Además a Pablo no lo convences con nada, con la mala onda que tiene —dijo Débora.

—Voten —dijo Gastón—. Yo propongo llevar unos faroles y algún equipo que funcione a pilas. Mi viejo me dio el auto porque para Navidad siempre se chupa, así que podemos pasar a sustraer algunas botellas y comida de nuestras casas. Pasamos por lo de Pablo y lo llevamos por la fuerza. No va a poder resistirse contra nuestros músculos.

Todos aprobaron por unanimidad y salieron derrapando sobre la arena, amontonados en el coche, con la música a todo volumen.

Hacía rato que Ana lo había abrazado a su hijo, sin decirle una palabra, y había besado sus lágrimas en silencio, mientras las sirenas y los gritos de la gente los intimidaban, anunciando la medianoche. Hacía mucho que no lo veía llorar, tal vez desde la muerte de su marido.

No hablaron de la pena que sentían los dos, no era necesario. Desde hacía tiempo las fiestas habían dejado de tener magia para ellos, pero este año, el dolor era mucho más intenso, y se mezclaba con el

miedo. Con el miedo inconfesable que sentían al pensar que Mariana, tan lejos, se podría dejar convencer por los que le habían regalado la mentira de una familia durante tanto tiempo.

Pablo había abierto el regalo que comprara para ella, y lo contemplaba bajo la luz de la luna, mientras Ana llevaba para adentro todas las cosas que habían quedado intactas sobre la mesa.

Era un oso panda de peluche, no demasiado grande, con un corazón rosado en el centro del pecho. Pablo lo apretaba y no podía evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas cuando el oso repetía: "Te quiero - te quiero" con su voz a pilas.

En ese momento los faros del coche iluminaron el jardín, encandilándolo por un momento. Pablo pensó, furioso, que no podría disimular sus lágrimas adelante de los chicos, y que tampoco soportaría las cargadas, así que cerró los ojos, haciéndose el dormido.

Cuando sintió el beso sobre sus labios y el abrazo intenso, con el olor de Mariana, creyó que estaba soñando.

Mónica encendió un cigarrillo, sopló el humo con fuerza, con un suspiro, y se quedó unos segundos contemplando cómo se diluía el humo azul hasta desaparecer en el aire.

Mariana y Pablo se habían ido con el grupo, llevándose botellas, algo de comida, una bolsa de dormir y algunas velas.

"No nos esperen hasta el mediodía" —gritaron entre risas al subir a La Rana, que se alejaba con el ruido a latas, producido por la tira de tarros que le ataron los amigos, como si fuese un coche de recién casados. Los demás iban amontonados en el auto del padre de Gastón, haciendo sonar la bocina, que se mezclaba con la de la vieja cafetera de Pablo, que emitía su sonido ronco de animal prehistórico.

Ana estaba sentada a su lado, esperando que Mónica comenzara a contarle lo que había pasado. No habían podido hablar, porque los chicos habían llegado casi al mismo tiempo que ellas.

—Mira, a último momento, cuando estábamos en Ezeiza, y faltaba muy poco para abordar el avión, no pude resistir la cara de Mariana. Telefoneamos a Washington, y con la más dramática de mis voces le hice creer a mi hermana que Mariana tenía hepatitis y que no podía moverse de la cama.

—¿Realmente se lo habrán creído?

—Te aseguro que sí, porque Mariana actuó a la perfección, con una voz de ultratumba que supongo que no le costaba demasiado fingir, ya que está muy mal por todo lo que le está ocurriendo. —¿Y si a tu hermana se le hubiera ocurrido hablar por teléfono a tu casa?

—Fácil. El teléfono se descompuso apenas terminamos de hablar...

—No sabes el alivio que siento —dijo Ana—. Y ahora vamos a

brindar...

—Ana, no te conté todo todavía. Mariana ya sabe algo. Después se lo diremos a Pablo, porque hoy no pudimos seguir hablando cuando llegaron sus amigos. Se trata de Sergio.

Por el tono de la voz de Mónica, Ana se dio cuenta de que lo que iba a contarle no sería agradable.

26

Mariana estaba envuelta en el cubrecamas, sentada en un sillón que había en su cuarto. La lluvia golpeaba con furia en los cristales repartidos de su ventana, y por los postigos entreabiertos penetraban minúsculas gotitas en forma de llovizna, que alcanzaban a humedecerle la cara y el cabello.

Desde allí la palma se veía borrosa, con sus hojas sacudidas por el viento, como si fuesen brazos dislocados. De tanto en tanto algún dátil golpeaba contra las celosías de chapa.

Era casi mediodía, aunque, a causa del temporal, la oscuridad del cielo hacía suponer que no faltaba mucho para la noche. La quinta estaba en calma. Mónica dormía. El olor que despedían la arena, el pasto y los árboles, al ponerse en contacto con el agua, le traían a Mariana recuerdos de algún verano de su infancia, cuando, estando en esa misma casa, esperaba que dejase de llover para hacer navegar los barcos de papel que le hacía su abuela.

Entrecerró los ojos. Al abrigo de la manta y escuchando el sonido de la lluvia sobre el techo, le pareció revivir la misma sensación de intimidad que sintiera unos días atrás, cuando estaba abrazada a Pablo adentro de la bolsa de dormir. Las imágenes fueron presentándose claras, y descubrió que podía recuperar el gozo a través de los recuerdos.

Habían buscado un sitio apartado de la playa, para poder amarse durante el resto de la noche, sin que nadie los interrumpiera. El cielo se transformó en techo y paredes, de una imaginaria habitación, y los grillos y el río, en música de fondo. Cuando las estrellas comenzaban a opacarse y todo se iba volviendo gris, se pusieron a contemplar las primeras luces del día, desde el interior de la bolsa, desnudos y abrazados, sintiéndose más cerca que nunca el uno del otro. El aire era frío y húmedo y ellos se sentían cobijados, a resguardo del mundo, dentro de esa intimidad inviolable.

Trató de imaginarlo a Pablo ahora, en su cama, y sintió que tenía ganas de estar adentro de su abrazo, de despertar siempre a su lado, de recibir sus besos de pescadito como desayuno, de cubrirlo de caricias.

Se levantó y fue hasta la cómoda. Abrió el último cajón, tratando de no hacer ruido. Necesitaba que ese momento de intimidad se prolongara.

Volvió a sentarse en el sillón, envuelta en el cobertor y comenzó a desatar el hilo sisal que sujetaba la tapa de la caja.

Hacía rato que Ana se había levantado. El ruido de la lluvia la había despertado temprano y aprovechó esa excusa para no permitirse seguir dando vueltas en su enorme cama, sin poder dormir.

Le costaba digerir la verdad acerca de Sergio. Habían pasado algunos días desde la nochebuena y todavía no podía dejar de pensar en la conversación que tuviera con Mónica durante esa madrugada.

Ahora, una vez más trataba de recrear las escenas en su mente, de lo que Mónica le relatara. Se la imaginó agazapada sobre el lavatorio del baño, a punto de cruzar la ventana. Después le pareció verla, acercándose al dormitorio y hasta logró imaginar la voz — seguramente ronca— de la persona que grabara el mensaje en el contestador, anunciándole a Sergio que podía irse de vacaciones, que había cumplido con su misión y que la "pichona" podría ser ahora, controlada desde cerca, en Washington. Y antes del clic, y del saludo final, las felicitaciones por haber hecho muy bien el trabajo, sin que nadie se asustara demasiado.

Seguramente estaban perfeccionando los métodos.

Ahora abrió un cajón de su escritorio, y sacó las pruebas contundentes, para seguir lastimándose al contemplarlas.

Los datos de los pasajes a Brasil que Mónica se ocupó de tomar, seguramente por temor a que ella no le creyera. Los había encontrado en el cajón de la mesa de noche de Sergio, debajo de unas cartas viejas, cuando siguió revolviendo después de escuchar la llamada. Estaban a nombre de él y de una mujer, y tenían fecha y hora de partida: 24 de diciembre, 16 hs.

"Podría ser detective. Es arriesgada y no se le pierden detalles" —pensó Ana, mientras contemplaba la fotografía que Mónica sacó semiescondida desde un taxi, en la puerta de Aeroparque.

En la foto podía reconocerse con claridad a Sergio, abrazando a una mujer —que seguramente tenía el nombre que figuraba en el pasaje—, mientras arrastraban un par de maletas, con caras gozosas, como anticipándose al placer de las vacaciones; sin imaginar que Mónica, en lugar de estar abordando su vuelo a Washington, estaba a escasos metros de distancia, mientras Mariana la esperaba dentro del coche, a unas cuantas cuadras.

"Está visto que debo estar sola —pensó—. Lo que más me duele es haber sido tan ingenua, haber creído en sus mentiras, haber confiado en él. Soy una idiota".

Hizo un bollo con la foto y la tiró en el fondo de un cajón. Después se secó las lágrimas de un manotazo y se fue hacia el invernadero, caminando despacio debajo de la lluvia que caía como una cortina, levantando globitos en los charcos.

El mismo olor a papel viejo que sintieran cuando don Gómez había abierto la caja, llegó hasta Mariana, que seguía acurrucada en el sillón, mientras el sonido de la lluvia, golpeando sobre el techo, parecía transportarla a un lugar sin tiempo.

Buscó entre los papeles amarillentos y sacó una hoja al azar. La desdobló con cuidado, con un ligero temblor en las manos, y se puso a leer:

11 de marzo de 1977

Para mi chiquito... o chiquita

Hola mi amor, te estoy acariciando a través de mi panza que sigue estirándose para protegerte. Sé que me estás escuchando porque respondes a cada caricia con un golpecito de lo que creo, debe ser tu pie. A veces me empujas mucho, como si te estiraras, como si te faltara espacio y quisieras salir a conocer el mundo. Por un momento me falta el aire, entonces te acuno un poco y te digo al oído (que seguramente está muy cerca de mi ombligo): todavía no es el momento. Y creo que me escuchas, porque después te calmas por un buen rato.

Ayer don Gómez me trajo del pueblo una carta de tu papá, escondida en el diario. ¿Querés que te cuente cómo es tu papi? Es un Marcos grandote, de pelo negro y largo que me gusta enrollarme entre los dedos, con ojos enormes como dos pozos llenos de noche, que se le llenan de estrellas cuando te nombra, y de truenos, cuando desaparece un amigo. Es muy valiente y si yo siento un poco de miedo por vos, él me da fuerzas y me dice que tenemos que seguir luchando, para que cuando crezcas el mundo que te dejemos sea más justo, y en él nadie muera de hambre. En las cartas que siempre manda, me pone que nos quiere mucho y que a veces lo despierta un sueño: Vamos los tres caminando por la playa, y mientras el sol va apareciendo sobre las olas, te enseñamos a caminar y te cantamos "Vamos a la mar...". Nos gusta mucho el mar, y cuando todo esto termine, nos vamos a ir a vivir a sus orillas.

Ya te elegimos nombre. Si sos varón te llamarás Ernesto, por el Che, que ya te vamos a contar quién fue. Y si sos una nena te llamarás Marina. Papá dice que vas a ser mujer, y que en tus ojos va a brillar la luz del mar como en los míos. Yo lo dejo que hable...

Ya es de noche. ¿Escuchas cómo cantan los grillos? Hay una luna grandota como una rueda dorada que asoma al borde del río. Hace un poco de frío, pero es tan hermoso estar cerca del agua, con un techo de estrellas, que me envuelvo en la manta, y me quedo, y al envolverme te envuelvo como si te diera un abrazo. Te quiero tanto que no veo la hora de que llegue junio para poder acariciarte la piel y llenarte de besos, y alimentarte con la leche que te están preparando mis pechos.

El domingo vamos a ir ver a papá. Cuando lo extraño mucho mucho, tomo entre mis dedos la media limita de alpaca que llevo colgada de mi cuello. Él tiene la otra mitad. Me la regaló cuando se enteró de que ya vivías adentro de mi panza, diciéndome que nuestros corazones eran de luna, y que cuando al fin estuviéramos juntos serían una luna llena.

Espero que falte poco para que eso sea verdad. Buenas noches, mi amor... Seguí soñando con duendes azules que yo voy a cuidar tu sueño.

Te quiero mucho

Tu mami

Mariana dobló la carta y se acordó de las palabras del viejo: "Antes de bajarse se sacó una porquería que llevaba siempre colgando y me la díó pa' que la metiera en la caja con los papeles". Entonces se puso a hurgar en el fondo de la caja, hasta encontrar lo que buscaba. Miró la inedia lunita de alpaca, oscurecida con la pátina verdosa del paso del tiempo, y le dio un beso. Después tomó la cadena y se la prendió al cuello. Tragó las lágrimas, preguntándose en qué abismo estaría la otra mitad de ese corazón de luna, que ya nunca podría ser una luna llena.

27

No podía determinar qué la había despertado. Si fue el sol ardiente que penetraba a través de su ventana abierta, acompañado de un aire dulzón y pegajoso. O si fue el sueño que parecía tan real, de ese rostro casi adolescente, de enormes ojos grises y dos hoyuelos al costado de la boca, que se veía envuelto en la bruma del mar, mientras un caballo se alejaba a toda carrera por la arena húmeda, emitiendo un estridente relincho.

Se sentó en su cama y trató de recordar adonde estaba y más tarde, a medida que la niebla del sueño se fue disipando, intentó grabar en su memoria las sensaciones oníricas que persistían, causándole ese extraño placer.

Fue en ese momento que escuchó el relincho, muy cerca de su ventana y pensó que tal vez ésa era la causa de haber despertado, o bien que la voz real del caballo se había metido a través de sus sentidos, para fabricar una historia, en el desconocido laberinto de los sueños.

La voz de Mónica le llegaba con claridad y al asomarse a la ventana la vio. Sus cabellos oscuros y enrulados, contrastaban con la cola larga y baya del animal, que al igual que sus crines parecían flotar, movidas por el viento. Un hombre vestido con bombachas y botas, camisa clara y sombrero negro, sostenía las riendas del animal, cuyo pelaje brillaba a la luz del sol.

Cuando Mariana se levantó y salió al jardín, el hombre ya se alejaba al galope, en un roano de cola y crines recortadas. Mónica se acercó sonriente, montada en el caballo que ella viera a través de la ventana. Era un animal soberbio y cuando salieron al galope por el camino de arena, Mariana dejó que esa sensación tan placentera al terminase de despertar.

La luz del atardecer envolvía todo con su color rojizo. Ana había preparado la mesa con el mantel blanco, velas rojas y un centro de flores naturales que había seleccionado cuidadosamente de entre las mejores del vivero.

Las plantas recién regadas despedían un vapor húmedo que atenuaba la temperatura elevada que había persistido durante todo el día,

—Estás hermosa—le dijo Mónica—, pero triste. A ver si cambias un poco esa cara... ¿Acaso no me has dicho que habías soñado esto para Navidad?'

Ana se sentó después de servir la cerveza y trató de sonreír. —No era exactamente así como lo había soñado, pero... trataré de no quejarme.

—No pienses más en ese hombre, no vale la pena.

—¿Qué crees que puede pasar ahora con él?

—Supongo que hasta que no vuelva de vacaciones no va a pasar nada. Deben estar seguros de que suspendimos las investigaciones. Hoy hablé con Mercedes y la noté muy tranquila. Si bien no nos tienen allá para controlarnos, están totalmente convencidos de que Mariana está enferma, y eso los calma, porque los hace pensar que no podemos movernos. Conociéndola como la conozco no hay otra explicación para entender que, aún sabiendo que su hija está enferma, esté tan contenta en lugar de exagerar los temores como me dijo Mariana que siempre hizo cuando ella estaba en cama, con algo no más complicado que una gripe.

—¿Realmente crees que ellos estaban confabulados con Sergio...?

—Yo sospecho que Mauricio se conectó con Sergio o bien que los ha conectado un tercero, con la intención de cuidarnos, de vigilarnos, para que no pudiera pasarnos nada malo, pero sin imaginarse que podríamos llegar a descubrir lo que descubrimos. —¿Y te parece que él se haya acercado a mí por ese motivo? —Mira Ana, aunque te duela, te digo que es muy probable. Yo estuve tratando de recordar y supongo que si él nos vigilaba, tal vez vio a Pablo la primera vez que vino a traer un pedido de plantas y habrá sacado conclusiones —bastante lógicas— de que los chavales podrían llegar a ser amigos. Y con esa hipótesis, Sergio comenzó a acercarse a ti. Debe de haber supuesto que pasaría inadvertido y podría cuidarnos sin despertar sospechas. Yo estoy segura de que en un principio, a lo único que apuntaba era a protegernos por orden de mi cuñado, sin imaginarse para nada que iría a ocurrir lo que ocurrió después. Cuando se dio cuenta de que Mariana estaba por develar su origen, se habrá comunicado con Mauricio o con quien los contactaba, y le habrán exigido que evitara que siguiéramos avanzando en la investigación, por supuesto tratando de que no nos diéramos cuenta.

—La culpa de todo es mía. Si yo no le hubiese contado nada...

—No puedes culparte, Ana. Para serte sincera, yo recién comencé a sospechar de él la última vez que estuvimos juntos. Por eso le pedí que llevara mi auto y que me trajera las valijas. Necesitaba asegurarme de que su casa estaría sola para investigar, pero en realidad no sabía que buscaba. Si no hubiese sido por el contestador...

—Te confieso que tengo miedo de lo que puede pasar cuando él regrese...

—Cuando él esté de regreso ya tendremos en nuestras manos las pruebas concretas del delito cometido por Mauricio y Mercedes. Por otra parte no tiene por qué enterarse del verdadero motivo de la suspensión de nuestro viaje. Podemos sostener que Mariana realmente ha cogido hepatitis, sin levantar sospechas.

—Yo no voy a poder soportar que me toque una mano. Siento que lo odio...

—Lo más probable es que no vuelva por mucho tiempo y si lo hace, seguramente él mismo va a poner distancia.

—Mejor cambiemos de tema. ¿Se puede saber por qué se te ve tan risueña?

—Digamos que esa sorpresa la reservo para el año nuevo...

Pablo y Mariana iban galopando por uno de los caminos de arena. Se dirigían hacia el lado opuesto de la laguna, hacia el este, por el camino que conducía a la vieja fábrica de aceites, que estaba abandonada desde hacía casi un cuarto de siglo.

Con la fuerza del galope sus cuerpos golpeaban sobre la montura y se sacudían acompasadamente muy juntos uno del otro. Sentían la rudeza del pelaje áspero, rozando la piel de sus pies desnudos, que llevaban lucra de los estribos, en su intento de aferrarse al vientre palpitante del caballo.

El olor del sudor del animal se confundía con el almizcle del aire y del río cada vez más cercano, envolviéndolos en una atmósfera salvaje y sensual.

Mariana apoyaba su cabeza sobre la espalda de él, abrazándolo con fuerza y entrecerrando los ojos para dejarse llevar por el resto de sus sentidos.

Subieron la última cuesta y Pablo tensó las riendas para aminorar el galope. El animal se paró en dos patas emitiendo un relincho, y después se calmó e inició el descenso de la pendiente, al paso.

Se bajaron y dejaron que el agua tibia y barrosa de la orilla les cubriese los pies, mientras Espartaco — el caballo que Mónica les regalara esa mañana— bebía para aplacar la sed y recuperarse de la fatiga causada por el calor y la cabalgata.

Después ataron las riendas en un poste del muelle vetusto, que había logrado sobrevivir a medias a las inundaciones y al abandono, y se abrazaron, parados sobre la suave pendiente de arena a contemplar el atardecer.

—Te amo, Mariana. —Yo también te amo, mi amor.

Se besaron inventando nuevas formas, jugando con sus labios, separándose y reecontrándose después, con más pasión.

A sus espaldas, los galpones abandonados de la vieja fábrica iban oscureciéndose y parecían extraños fantasmas lamentando otros tiempos. Apenas brillaban los bordes superiores de sus chapas oxidadas, con los últimos rayos del sol.

—Cuando me llamas por mi nombre siento como una corriente que me sacude y me recuerda que tal vez me llamo de otra manera. A veces, cuando estoy sola, pruebo a llamarme con el nombre que leí en la carta para ver cómo suena, pero después pienso que hasta que no me den el resultado de los análisis no estoy segura de nada, entonces trato de no pensar...

—Ya falta poco, en dos semanas vas a saber con seguridad si sos Marina...

—De cualquier manera sé que no soy Mariana, que Mariana es un invento y es como si no existiese, como si no fuese nadie, como si estuviera viviendo suspendida en el aire hasta que por fin me digan quien soy. ¿Entendés lo horrible que es?

—Sí, pero seas quién seas, no va a cambiar el amor que te tengo aunque te llames Anacleta o Pancracia. Pensándolo bien a lo mejor tenés un nombre de esos. A mí me gustaría que le llamases.

Rudecinda.

Mariana se puso a correrlo mientras reía y le tiraba arena. —Si te llevo a alcanzar te voy a tirar al río como hice con tu guitarra...

Pablo frenó de golpe y Mariana chocó contra su cuerpo. Entonces el la levantó sobre su espalda y la hizo girar hasta que cayeron los dos sobre la arena tibia, mareados y riendo a carcajadas.

—Te quiero Rudecinda. No sabes cuánto te quiero...

El cielo estrellado parecía invadido por relámpagos que iluminaban el horizonte cuando dieron las doce.

Estaban los cuatro alrededor de la mesa redonda, engalanada con flores y velas. Las burbujas de champán los alegraban y el abrazo que se dieron les recordó que el amor —como diría Mónica— siempre puede elaborarse, como una obra de arte.

Mariana no pudo evitar extrañar a sus supuestos padres, en los últimos segundos de ese año vicio, que se llevaba, entre sirenas y estruendos, la imagen semiderruida de su familia, arrebatándole toda la inocencia, la credulidad, la pureza, para dejarla —pese amor de Pablo y a los abrazos de Ana y Mónica—, tremendamente sola frente a la inmensidad de horas que le traía el año nuevo

"Subí los dos escalones de mármol gris claro, tratando de concentrarme en todo lo que viera. La puerta era enorme de una madera marrón, muy trabajada y con herrajes de bronce, igual que el llamador, que tenía una forma de una mano pequeña. Lo golpeé tres veces y pude escuchar cómo el sonido retumbaba dentro de la casa, agrandándose y provocando ecos misteriosos.

Me hizo pasar una señora muy vieja, tan vieja que caminaba encorvada como si estuviese buscando cosas por el suelo. Se apoyaba en un bastón oscuro de puño plateado y tenía un vestido negro, del que le asomaba una puntilla despareja. Eso lo noté cuando se dio vuelta y me pidió que la siguiera, porque cuando estaba de frente, como estaba tan arqueada, apenas si alcancé a verle el cuello de encaje blanco que tenía el vestido, y los ojos. Los ojos eran casi transparentes, de un color celeste despintado y me miró de una manera tan rara, que sentí miedo.

La vieja se fue por una de las puertas, dejándome sola en una habitación grande, sin ventanas. La luz del sol entraba por el techo, que parecía uno de los vitrales de las iglesias, o de los panteones que hay en los cementerios grandes. Tenía dibujos de flores y de pájaros y el lugar se llenaba de luces de colores suaves. Las paredes eran de un rosado que tiraba más al color de los damascos, y el techo y las columnas estaban pintados de blanco y bordeados de franjas grises. Sobre el hogar, que era enorme y con bordes de yeso todo trabajado, brillaban dos candelabros plateados. Había cinco puertas tan altas como la de la entrada, pero éstas tenían vidrios con cortinitas tejidas al crochet. Me acordé de cuando Mónica intentaba enseñarme a tejer y me imaginé los años que habría tardado en tejerlas. A lo mejor por eso la vieja estaba tan encorvada, de tanto agacharse para hacer los puntos de las cortinas...

Me senté en un sillón de terciopelo verde, que tenía tachas de bronce, un montón de tachas, una al lado de la otra y me puse a contarlas para no aburrirme. Estaba por la número cuarenta y cinco cuando se abrió una de las puertas y la vieja volvió a aparecer.

Me dijo que subiera por la escalera del zaguán. Ahí me di cuenta de que zaguán le llamaba al corredor largo por el que habíamos entrado, porque me acordaba de haber visto una escalera de madera, en forma de caracol, como la de la Iglesia de los Agustinos, por la que subíamos con las chicas para ir a investigar. Mientras contaba los escalones me acordaba de eso, porque tenía el mismo olor a madera vieja, y despertaba la misma curiosidad por saber qué habría allá arriba: si fantasmas, o santos cubiertos de trapos viejos, con coronas dorado-verdosas llenas de piedritas y dedos de yeso rotos. Cuando llegué a la habitación de arriba, estaba tan oscuro que tuve que esperar un rato, hasta que se me acostumbrasen los ojos, antes de animarme a pasar.

Me di cuenta de que había alguien sentado por el ruido que hacía el sillón al mecerse, y porque después de unos segundos ese alguien tosió. A lo mejor tosió para que me terminara de dar cuenta de

que estaba ahí, o porque le dio tos nomás, qué sé yo. La cosa es que a mí me dio un miedo bárbaro y muchas ganas de salir corriendo. Pero entonces me dijo "Sentate", con una voz medio ronca, y no me animé a escaparme, pero sí me arrepentí de haber aceptado ir sola.

Pude distinguir entre la penumbra, un sillón, y me senté. Aunque no podía verlo bien, podría asegurar que era igualito al que estaba abajo, de terciopelo verde, y con un montón de tachas de bronce, una al ladito de la otra. Ahora no las contaba, pero empecé a contornearlas con los dedos, mientras esperaba que la mujer al fin comenzara a hablarme."

Mariana hizo una pausa. Había decidido escribir todo. Estaba segura de que cuando pasara un tiempo no iba a recordar los detalles y lo que acaba de vivir le parecía demasiado importante para que quedara en el olvido.

Hacía pocas horas que se había encontrado con Adriana Prieto, la amiga de Nora Falken, su supuesta madre, y si bien le había contado a Pablo, a Ana y a Mónica el encuentro, lo había hecho en una forma superficial, sin ahondar en detalles, hablando sólo de lo más importante. Le costaba contar los pormenores, tal vez porque era la prueba irrefutable del actuar de los militares, y no podía superar el hecho de que eso involucraba a Mauricio, a quien todavía no podía separar de la imagen de padre.

La necesidad de escribirlo era tan fuerte que no podía dejar de hacerlo, sabiendo que en su diario volcaría toda la verdad que no se atrevía a reconocer frente a terceros.

Se levantó de la silla y fue hasta la cocina a buscar un vaso de leche. A esa hora de la noche la casa estaba en silencio y podía escucharse el canto de los gallos, que ya iban anunciando la mañana.

Estaba sentada en la sala de espera, mirando las placas que colgaban en la pared que estaba frente a ella. Austria, Alemania, año 78, 79, 80. Eso le hacía pensar que en todo el mundo la gente sabía la verdad de lo que acá estaba pasando. En todo el mundo menos acá. Y dolía.

Hacía ya demasiado tiempo que se había ido acostumbrando a esperar en vano alguna noticia, pero igual no se resignaría nunca a aceptar que su hija estaba muerta. Jamás le habían entregado su cuerpo y ella no aceptó bajo ningún concepto que ese puñado de huesos imposible de ser identificados, que en un momento pretendieron darle, pertenecieran a Nora. A su Nora, hermosa, de largos cabellos rubios y ojos enormes y grises, que al sonreír parecían llenarse de vida, como si tuviese un sol adentro que la iluminara. No. Su Nora no podía ser ese montón de cenizas sin rastros, sin identidad, que habían mezclado bajo dos iniciales horrendas, con otros montones de despojos iguales.

Y ahora estaba otra vez con el corazón latiéndole con fuerza, después del llamado que recibiera en la mañana. Tal vez había una buena noticia que no habían querido adelantarle por teléfono. El hecho de que fuesen Abuelas las que la llamaran le hacía suponer que las noticias no serían sobre Nora, sino sobre su posible nieta.

La espera se le hacía larga, por eso sacó el rosario de la cartera y se puso a rezar. Era a lo único que había atrevido a aferrarse después de que se le cerraran todas las puertas. La Iglesia nunca le había dado respuestas, ni ayuda. Pero Dios, Dios era otra cosa. Y en todos esos años las plegarias le habían permitido persistir en la esperanza y no boicotarse la vida, ni con la locura ni con el suicidio, pese a que la llamaban en forma constante.

Después de que la hicieran pasar y le dieran un abrazo apretado, pidió un vaso con agua.

Hay lenguajes que no necesitan de las palabras, ni de las explicaciones. Pero igualmente esperó a que le dijeran "Hay buenas noticias", antes de aflojar la tensión y permitirse, por primera vez después de muchos años, volver a llorar.

Mariana continuó con la escritura:

Cuando escuché su voz ronca preguntándome si estaba cómoda me animé a preguntarle por qué estábamos a oscuras.

Primero me explicó —aunque yo no se lo había preguntado— que la señora que me recibió (la vieja encorvada) era una tía abuela de Nora con la cual ella había vivido en su época de estudiante, ya que su familia era de Mendoza.

Yo me quedé pensando que si era la tía abuela de Nora, y si se confirmaba lo que se suponía, la vieja era pariente mía. Traté de buscar algún sentimiento al recordar a esa mujer tan encorvada y misteriosa, pero no sentí nada.

Después de unos minutos fue hasta la ventana y abrió las celosías de chapa para que entrase la luz. Volvió a cerrar las hojas de vidrio y se sentó a mi lado sobre el sillón.

Me miró de frente y no pude disimular mi impresión. Su cara, en uno de los costados, tenía marcas profundas, violáceas, y cerca de la sien derecha una cicatriz gruesa que le deformaba el ojo, hasta dejarlo casi cerrado. Me sonrió y me dijo:

—No quería asustarte, por eso estaba a oscuras. No es por mí, ya no trato de disimularlo. Tardé varios años hasta aceptarme con esta nueva cara, pero ya lo he logrado. No quise cirugías. De cualquier manera ningún cirujano podrá borrarle el horror que llevo por dentro. Portar esta cara es como acusarlos. Después comenzó el relato...

"Yo era la mejor amiga de Nora y no necesito ninguna prueba para saber que fue tu madre. Sos su vivo retrato. Fue la mina más fiel a sus principios que he conocido. Siempre la admiré y la sigo admirando porque, aunque ella ya no esté, siento la fuerza de su espíritu flotando siempre cerca de mí.

"Voy a contarte algunas cosas que sucedieron; tal vez te sirva para reconstruir algo de tu historia.

La mujer dio largo suspiro y yo sentí como si no estuviese conmigo en ese momento.

—Nora y yo vivíamos juntas, en Rosario —dijo—. Terminábamos de cursar el primer año de periodismo y éramos militantes débese, igual que Marcos, tu viejo. El ya pasaba a tercer año de psicología... Una mañana, al llegar a la pensión después de haber dormido en el departamento de Mareos, encontramos todo revuelto. y ahí nos dimos cuenta de que estábamos en peligro.

"Se habían llevado un montón de cosas, papeles, libros, y lo poco que quedaba estaba roto por todas partes. Nos asustamos mucho. Nora insistió en que teníamos que irnos, pero yo sabía que no estaríamos a salvo en ningún lado. Durante dos noches no volvimos a dormir. Caminábamos durante el día y, al toque de queda, nos refugiábamos en unos vagones abandonados, en la estación de trenes. Nos enteramos de que también habían entrado al departamento de Marcos, entonces nos pusimos en contacto con uno de sus primos y nos citó en un bar de las afueras. Ahí nos telefoneó tu viejo, diciéndonos que estaba en una casa quinta en las afueras de Rincón, en Santa Fe. Nos dijo que no había ni un alfiler, pero que podríamos ir en menos de una semana.

"Tu vieja estaba embarazada de tres meses. Estábamos desesperadas, no podíamos arriesgarnos a esperar. Fue entonces cuando nos acordamos de Ana. El viejo vivía en el pueblo y sabíamos que ella estaba por casarse con un tipo que tenía un vivero en la zona de quintas de Rincón. Yo casi obligue a tu mamá para que se fuera esa misma tarde, diciéndole que la alcanzaría al día siguiente, y que le avisaría a Marcos adonde iba a estar ella cuando el volviera a llamar. Yo creo que cuando nos abrazamos, las dos sentimos que no nos volveríamos a ver."

Adriana sirvió café; me miraba sin verme, como si yo fuese la pantalla de un televisor y ella una locutora que hablaba sin parar.

"Esa tarde me chuparon cuando fui hasta la pensión a buscar mi documento, que había olvidado llevar, con todo el despelote.

Generalmente operaban de noche, pero hubo excepciones. Estaban esperándome. Me violaron ahí mismo, antes de llevarme, todas las veces que se les ocurrió, esperando que oscureciera. Me amordazaron para que mis gritos no se sintieran y me golpearon con toda la brutalidad de que eran capaces. Habían puesto la música a todo volumen, en el grabador que milagrosamente no habían descubierto los días anteriores, porque en cada secuestro se robaban todo. El crimen más grande fue que eligieran a Los Beatles. Desde ese día no pude volver a escuchar «Yesterday» sin revivir toda la pesadilla de esa tarde. Después, con cada sesión de picana, hubo otras músicas que provocaban el mismo efecto espantoso de la tortura, pero no tenían el mismo significado que tenía «Yesterday» para mí, para tus viejos, para David, que era el amor de mi vida."

Ahora sí pareció regresar adonde estábamos. Su mirada se endureció y me dijo casi en un susurro:

"Cada una de estas marcas violáceas que ves en mi rostro son las cicatrices de los culatazos que me dio esa noche el Comandante de Gendarmería como bienvenida, en el Servicio de informaciones de la

Jefatura Provincial, en la misma ciudad. Casi pierdo el ojo con uno de los culatazos y eso tal vez fue lo que me salvó la vida. Yo iba a ser llevada con un grupo de personas a Ibarlucea —que es un pueblo cercano a Rosario—, con el pretexto de ser trasladados a la cárcel de Coronda. Los acribillaron a todos a balazos frente a la comisaría de esa localidad, simulando que los mataron por un intento de copamiento. Esto lo supe mucho después, por supuesto. Ese día yo iba a formar parte del grupo y debido a mi ojo derecho que casi estaba colgándome, me llevaron a que me viera un médico, no sé en qué lugar, y pude salvarme. Después me trasladaron al Paredón Sur, en la Fábrica Militar de Armas y lo que viví ahí es inenarrable..."

De tanto en tanto Adriana se detenía a observar la medialuna que cuelga de mi cuello. Me parecía que se emocionaba, pero no estoy segura, porque después retomaba el relato como si estuviera leyendo un informe.

"Cuando me liberaron, a fines del 77, me fui del país. Pasó mucho tiempo antes de que pudiera entender que estaba viva. Sentía como si hubiera estado a través de un vidrio muy grueso. Los demás vivían del otro lado y yo me encontraba de éste, totalmente sola, porque estaba muerta."

Se hizo un silencio largo. Yo no podía hablar. Estaba conmocionada. Me costaba creer que todo lo que me estaba contando esa mujer fuese cierto, pero su cara era algo así como la prueba concreta del horror que había vivido.

Después de un largo rato pareció reparar en mi presencia.

—Sos tan parecida que por momentos creo estar con ella" —me dijo. Y después se puso a contarme cosas lindas que vivieron con... con Nora (no puedo llamarla de otra manera), mucho antes de todo ese infierno.

Así me enteré que escuchaban a Los Beatles y a los Bee Gees. Que les gustaba Almendra y que Marcos le cantaba siempre "Muchacha ojos de papel".

Después Adriana tomó la media luna que llevo colgada y esta vez sí no me quedaron dudas, sus ojos se llenaron de lágrimas.

29

Pablo no paraba de reírse, mientras la abrazaba y la hacía dar vueltas por el aire.

—Estás totalmente loco —le decía Mariana.

—Puede ser, puede ser. Pero soy feliz. Y te amo. ¿Te imaginas si te sale que sí?

Mariana estaba seria.

—Estoy aterrada —dijo—. No quiero pensar qué pasaría si llego a estar embarazada. Débora me dijo que hay una forma rápida de saberlo. Esta tarde quedamos para vernos en el Rancho, ella me va a

llevar un test de embarazo y lo vamos a hacer allá. Pero no quiero que nadie se entere, Pablo, por favor, y menos tu vieja.

—Si mi vieja también se casó embarazada. ¿O no sabes sacar las cuentas?

—No importa... A mí me da mucha vergüenza. Ni siquiera me animé a hablarlo con Mónica.

—Esta tarde vamos con La Rana, y espero que sea un sí.

Pablo no podía decirle a Mariana que a él también lo asustaba la idea, pero que eso sería una manera segura de estar siempre juntos. Sabía que Mauricio y Mercedes regresarían a finales de febrero y pese a todo lo que estaban viviendo, muchas noches lo despertaba la misma pesadilla: Mariana volviendo con sus apropiadores al sur.

Los resultados de los análisis hemogenéticos habían confirmado el origen de Mariana. Las Abuelas habían citado a los familiares y les explicaron que, como todas las veces que se encontraba un niño, no sólo se reparaba el daño que le habían hecho a la criatura y a la familia, sino también a la sociedad. Estaban felices. Después de tantos años de oscuridad, al fin se encendía una luz que les comenzaba a anunciar, de alguna manera, el fin de la noche.

Ahora seguían reunidos en la sala cómoda y bien iluminada: un grupo de psicólogos, algunas Abuelas, Chela, la madre de Marcos y Mirta, la madre de Nora, junto a su hijo Carlos y la familia de él. Cuando terminó de hablar la psicóloga encargada de prepararlos para el encuentro con Mariana, se produjo un silencio incómodo. Después de la alegría frenética del primer momento, comenzaban a aflorar los temores y las angustias de todos. Las voces, que comenzaron a sonar suaves al principio, fueron alzándose.

—Si tu hijo no le hubiese llenado la cabeza a Norita con todas esas pavadas revolucionarias, ella hoy estaría viva y la nena hubiese crecido entre nosotros.

—¿Cómo puedes decirme eso, Mirta? Vos sabes muy bien cuáles eran los ideales de los chicos. Nadie le llenó la cabeza a nadie. Lo tenían muy claro.

—Sí, pero cuando Norita quedó embarazada ella quería dejar y él no se lo permitió. No pensó en su mujer ni en su hijo. Pensó en él y nada más, fue egoísta.

—No seas injusta. Sólo porque sé el dolor que sentís puedo perdonarte. Marcos pensaba solamente en el bien de todos. Me parece oírlo cuando me decía: "Vieja, mientras un sólo chico se esté muriendo de hambre en este país no vamos a dejar de luchar. Tenemos que seguir para no mirar con vergüenza a nuestros hijos", y vos ahora decís que era egoísta.

—Y de qué les valió preocuparse por los demás, mira cómo terminaron. No sabemos nada de ellos. Se los tragó el espanto.

—Pero fueron valientes hasta el último momento, y lo sabes tan bien como yo. No puedes decir que Norita haya sido una cobarde. —Para lo que les sirvió la valentía, ¿quieres decirme, Chela para qué les sirvió?

—Nos tiene que servir a nosotros para recordarlos como lo que fueron y no permitir que el dolor distorsione sus imágenes. —Bueno, paren un poco, che. La voz de Carlos se oyó apaciguadora.

—Después de todo no venimos acá a acusarnos ni a buscar culpables —siguió—. Sólo vos sabes lo que quería a mi hermana, vieja, pero lo que estás diciendo no nos ayuda. Ahora tenemos que pensar en Marina. Ella está viva y nos necesita. Nosotros somos su familia. A Nora y a Marcos no los vamos a olvidar nunca, y por eso es necesario que dejen de manosear su memoria.

Poco a poco fueron volviendo a la calma y el clima angustiante que se despertó al remover los recuerdos, fue disipándose.

La tarde era calurosa. Pablo y Mariana estuvieron nadando durante un largo rato hasta que vieron aparecer a Débora, con un paquete en la mano, diciendo risueña: "Acá traje el test de embarazo. Si es positivo, quiero ser la madrina".

Ahora, los dos conversaban cerca del río, mientras esperaban el resultado.

—Pablo, ¿vos crees que faltará mucho para que nos llamen de Buenos Aires? ¿No sería mejor que habláramos nosotros?

Mariana estaba recostada sobre la arena, con su cabeza sobre la falda de él, amparados por la tenue sombra que proyectaba un sauce sobre la playa calurosa.

—Seguramente nos van a llamar esta semana. Dijeron cuarenta y cinco días, ¿no?

—Mis viejos... bueno, ellos, escribieron. Lo van a operar mañana. Dicen que si todo sale bien estarán de regreso a fin de febrero, que me prepare porque nos volvemos al sur antes de que empiecen las clases.

—Y vos... ¿te pensás ir?

Mariana se mordió los labios y no contestó. En ese momento el grito de Débora, los obligó a levantarse.

—Mala onda, chicos —les dijo, acercándose—. No voy a ser madrina, dio negativo.

Después de la charla con la psicóloga, fue la presidenta de Abuelas, la encargada de conversar nuevamente con los familiares de Mariana.

—Bueno, ahora quisiera que me escuchen por un momento.

Todos hicieron silencio.

—Esta chiquita, Marina, ha venido a vernos personalmente y esto, pese a que su apropiador es militar, es un buen síntoma. La acompañaba su novio y cuando esto ocurre, es mucho más fácil la aceptación de la verdad. De cualquier manera, antes de concertar el encuentro, necesitamos realizar algunas entrevistas con la psicóloga que apoya siempre a Abuelas.

—Perdón, pero yo quiero saber algo —preguntó Carlos, el tío materno de Marina—. ¿Ella vendrá a vivir con alguno de nosotros?

—Eso es algo muy difícil de determinar. Estos jóvenes ya no son niños y ustedes saben que en la etapa por la que están atravesando, todo es mucho más conflictivo y doloroso. Yo en principio les propongo algunos encuentros con la psicóloga. Ella les responderá a todas las dudas que ustedes tengan. Y después, en pocos días más, le avisaremos a Marina y, cuando estén preparados, podrán conocerla.

Chela se acercó a Mirta y, dándole un abrazo, le dijo: —No me aflojes ahora. Siempre estuvimos juntas en esto. No busques culpables. Pensemos en el futuro.

Chela la abrazó en silencio y permanecieron así un largo rato.

30

Cuando el avión comenzó a tomar carrera Pablo la miró a Mariana con gesto de pánico. Mariana le dijo sonriendo:

—No te preocupes. Apenas despegue —y siempre que no estalle en el aire—, comenzará a ascender y te sentirás mucho peor. Son cosas que ocurren en el primer vuelo.

—¿Quién te dijo que tengo miedo, nena?

Ella se largó a reír mientras le besaba la nariz.

—No, si no se te nota para nada...

El viaje pasó muy rápido. Tendrían tiempo para darse un baño y salir a pasear antes de ir a la entrevista que estaba concertada para la tarde.

Las abuelas le habían conseguido los datos de Susana Olivera, la mujer que había asistido a Nora Falken en el parto, quien vivía en Buenos Aires desde hacía algunos años y los recibiría para contarles lo que ellos desearan saber.

Las abuelas los esperarían al otro día y Mariana trató de disfrutar de cada momento sin atormentarse demasiado con las conjeturas sobre la familia de sus verdaderos padres, a quienes todavía no lograba incorporar a su vida.

Mónica y Ana estaban sentadas en el jardín interior del vivero, en el sitio donde crecían las plantas exóticas. Había una cascada por la cual se deslizaba continuamente el agua, provocando un sonido inquietante entre las piedras. A los costados crecían los heléchos y las orquídeas, largando sus varas

largas y cubiertas de flores. Era un lugar irreal y esa sensación se veía reforzada por la semipenumbra provocada por la cubierta del techo y por la atmósfera siempre húmeda y tibia.

Mónica tenía las piernas adentro del agua fresca y observaba a Ana, que revolvía la tierra de unas palmeras.

—Me acaba de telefonar Mercedes. Le he dicho que Mariana estaba durmiendo, que no era bueno despertarla porque aún estaba un poco débil, que la llamara más tarde...

—¿Te parece que se lo haya creído? —le preguntó Ana.

—Estaba tan preocupada por su marido que es como si no hubiera otra cosa en el mundo que le importara. La operación ha salido mal, y esto es lo que más me asusta.

—¿Lo volverán a operar?

—No, ya no tiene más posibilidades. Quedará para siempre en una silla de ruedas y el regreso va a ser antes de lo previsto, puesto que no habrá tratamiento de recuperación. Ella supone que estarán acá a mediados de febrero.

—¿Qué crees que vaya a pasar con Mariana?

—No lo sé, Ana. Te juro que no lo sé. Pero estoy muy preocupada.

—Pasen. Los estaba esperando.

Susana Olivera era muy distinta a como Mariana la imaginara. La había relacionado con el rostro de Adriana Prieto, y esperaba encontrarse con una mujer vejada o tal vez abatida por todo lo que le había tocado vivir.

Sin embargo, cuando les abrió la puerta, vieron a una mujer joven y elegante, envuelta en un extraño vestido de seda, mostrando orgullosa su vientre.

Los hizo sentar en una sala luminosa, en unos sillones mullidos y el acondicionador no sólo los envolvía en un aire fresco y vivificante, sino que los aislaba de los ruidos provenientes de la calle.

Les sonrió con calidez y luego comenzó a hablar.

—Me han relatado tu historia y en verdad, me hace muchísimo bien conocerte. Durante todos estos años intenté saber algo sobre vos o sobre tu madre y nunca hallé nada que me indicara que seguían con vida. Tal vez ahora, mi relato pueda servirte para unir algunas piezas de este rompecabezas.

Bajó el aire acondicionado y después comenzó a hablar.

—Yo siempre fui muy impresionable, me descomponía ante la vista de sangre o me horrorizaba ante la idea de tener que enfrentarme con la muerte de algún ser querido. Sin embargo, las circunstancias me llevaron a tener que contactarme con cosas mucho más terribles. Recuerdo, por ejemplo, el momento en que nos atraparon, cuando una amiga me dijo: "Tómatela". Yo sabía desde siempre que no iba a tomármela. Pero ella se la tomó; se tomó una pastilla de cianuro y murió adelante de mí y de sus dos

hijos. Eso ocurrió en Montevideo, cuando nos secuestraron los uruguayos. Nos llevaron a uno de sus chupaderos, hasta que vinieron a buscarnos los argentinos. Recuerdo que cuando llegaron nos dijeron: "Quédense tranquilos, muchachos, que se vienen con nosotros a la Argentina". Imagínense la tranquilidad que eso podía darnos.

—¿Ustedes sabían lo que estaba pasando acá? —le preguntó Pablo.

—La versión que más circulaba acerca de los centros clandestinos de Argentina, era la de la Escuela de Mecánica. Se decía que era un centro de exterminio. Todos coincidían en decir que la ESMA era el peor lugar.

—Bueno, nos cargaron vendados y encapuchados en un avión militar —esto lo suponíamos por los ruidos y las voces, porque no veíamos nada— y nos trasladaron a Buenos Aires. Cuando llegamos acá, el que nos recibió, que supongo estaba investido con cierta autoridad, nos dijo: "¿Cuál es el último lugar adonde quisieran estar?" Le respondimos sin dudarle: "En la Escuela de Mecánica". Entonces nos dice: "Bueno, bienvenidos. Esta es la Escuela de Mecánica, y no se olviden nunca que acá yo soy Dios, porque la vida depende de mí. Acá se vive o se muere según como a mí me dé la gana."

Susana hizo una pausa y sirvió gaseosas para los tres. Después continuó hablando.

—El día en que llegué me llevaron al cuartito número trece. Famoso cuarto, en el que te desnudaban y te ataban a un elástico de metal, para dar comienzo al interrogatorio. Ese día estuve largo rato en la máquina. La máquina era la picana eléctrica. Después, como no tenía nada que cantar porque había estado mucho tiempo en el exterior, no me torturaron más. Bah, no me torturaron con picana, pero las torturas no sólo eran físicas. Existía la otra tortura, la psicológica, la que te sumía en la indignidad. Algunas veces te tocaba un guardia más clemente, un verde, de no más de diecisiete años, que podía llegar a apiadarse. En esas ocasiones, sobre todo a las embarazadas, les llevaban una manzana o un pedazo de dulce y queso, que en aquel lugar era como comer caviar.

La mirada de Susana Olivera parecía ensombrecerse a medida que rescataba sus recuerdos.

En medio de ese infierno conocí a tu madre. Al principio sólo a través de las palabras, porque ambas estábamos encapuchadas. Dormíamos en cuchetas vecinas, y nos comunicábamos en voz baja, a través del tabique de aglomerado. Así me enteré que nacerías en junio, y me pidió que la acompañase en el momento del parto.

Un día tu mamá, algo ilusionada, me cuenta que se estaban produciendo traslados hacia cárceles del sur. Por ese entonces como gozábamos de cierta libertad, no llevábamos vendas todo el tiempo y pude ver sus ojos, iluminados, mientras me lo contaba.

Empezamos a esperar los miércoles, que eran los días de traslado, con una ansiedad nueva, pensando que si nos llevaban a otro sitio se acabaría el infierno. Sólo sabíamos que te colocaban una vacuna y te subían a un avión, para llevarte al sur, adonde te blanquearían en una cárcel. No pueden imaginarse

con qué anhelo esperábamos los miércoles. Ahora, recordando todo esto, no puedo dejar de relacionarlo con la última guerra mundial, cuando los judíos esperaban su turno para ir a las duchas, en los campos de exterminio. Seguramente debe de ser la necesidad del ser humano de aferrarse a una esperanza.

La voz de la mujer pareció quebrarse por un momento, pero luego prosiguió, recobrando la calma. Poco después empezamos a pensar mal de los traslados, nos llamaban la atención algunos detalles: al día siguiente, por ejemplo, aparecía en el pañol la ropa de los trasladados, ¿se irían desnudos?, nos preguntábamos; una vez, un verde, con lágrimas en los ojos, nos preguntó qué pasaba con la gente que se llevaban... Hasta que un día, un compañero que volvió de uno de esos "viajes", nos confirmó nuestras sospechas: el traslado era un vuelo sin regreso. Antes de salir te quitaban las ropas, te aplicaban una inyección de pentonaval para que te durmieras, no una vacuna como creíamos, y después te arrojaban desde un avión, con vida, al fondo del mar. Era un viaje hacia la muerte. Esta revelación hizo que se desvaneciera toda ilusión para nosotros y que, a partir de entonces, los días miércoles, la vida se transformara en un calvario, rogando que no pateasen la puerta de nuestra cucheta. Mariana y Pablo escuchaban en silencio, tomados de las manos. Habían estado leyendo muchos testimonios de esa época, pero oírlos de la boca de alguien que lo había vivido en carne propia, hacía que sonasen más atroces. De cualquier manera, necesitaban seguir escuchando

Las familias de Nora y Marcos estaban nuevamente reunidas en la sede de Abuelas. Habían tenido varios entrevistas para prepararse al encuentro con Marina, que se produciría al día siguiente.

Carlos, el hermano de Nora había ido con su esposa y sus dos hijos, pensando que la presencia de los primos le conferiría —tal vez— un poco de alegría al momento difícil que se acercaba.

El padre de Nora había fallecido hacía algunos años. Mirta decía que la vida se le había ido apagando a medida que el tiempo pasaba y la búsqueda de su hija y de su nieta se había convertido en una espera inútil, en una agonía constante en la cual el único motivo para seguir viviendo era esperar una carta, un llamado, algo que le devolviera la esperanza, que le calmara la incertidumbre.

Pedro había sido más fuerte. Luchó al lado de Chela casi todo el tiempo. Cada mañana, al levantarse decía: "Hoy, vieja. Hoy va a aparecer Marquitos. Ya vas a ver. Nos va a silbar en la ventana y va a venir con la nena y Norita y todo va a ser igual que antes. Igualito a cuando éramos felices". Pero a medida que pasaron los años la mente se le fue enredando y los recuerdos y las premoniciones reemplazaron a la realidad, hasta que terminó muriendo en la cama de un psiquiátrico, con una sonrisa triunfal, diciendo: "Ahí está Marquitos, vieja. Viste que te dije que iba a venir".

No había otros familiares. El hermano de Marcos vivía en Suecia desde hacía años y no podía viajar, aunque les envió los mejores deseos al enterarse de que al fin habían encontrado a Marina.

Ahora estaban emocionados, preguntándose cómo reaccionaría, si aceptaría vivir con ellos, si podrían —al fin—, abrazarla.

Susana Olivera siguió narrando, con su voz cálida y clara, mientras acariciaba su vientre, que en contraste con su relato, era el símbolo de la vida.

—Tu mamá, pese a todo, no perdía la alegría. Por las noches te cantaba, casi en un susurro, una canción venezolana: "Vamos a la mar, tum tumm, a comer pescado, tum tumm...", me parece oírlo. Tenía una voz dulce y clara, y no se rendía con facilidad. Siempre hablaba de lo felices que serían los tres cuando todo terminase.

Una madrugada, más o menos a mediados de junio, comenzó con las contracciones. La llevaron a la sala de las embarazadas, que estaba ahí mismo en capucha, y la acostaron sobre una mesa. Me permitieron acompañarla, tal como ella lo pidió y nos descubrieron los ojos. Yo me quedé helada cuando vi entrar al ginecólogo, porque pude reconocerlo: era del Hospital Naval. Mi viejo trabajaba allí como médico civil y me había llevado como a los dieciocho años a hacer una radiografía y me lo había presentado como jefe de ginecología de ese lugar. Eso significaba que muchos sabían lo que estaba ocurriendo... El parto transcurrió sobre la mesa, sin otro tipo de atención más allá que la del médico. A Nora le habían puesto suero, me acuerdo porque cuando hacía fuerzas yo tenía cuidado de que no se le saliera la aguja.

Circulaba la versión de que a las embarazadas, después de dar a luz, las blanqueaban y las llevaban a reencontrarse con sus hijos, pero después de habernos enterado de lo que ocurría con los traslados, esto no nos daba ninguna tranquilidad. También aseguraban que a los bebés los entregaban a los familiares, pero había algo que nos llamaba mucho la atención. Cada vez que ocurría un nacimiento, ya tenían listo un ajuar nuevo, impecable, esperando. Y se imaginan que en medio de ese lugar, ver un ajuar nuevo despertaba sospechas. Además, desde hacía algunos meses, a las embarazadas les daban un cuidado especial, lo que te hacía pensar que les interesaba la salud del bebé.

Cuando el médico se retiró, quedamos unos minutos a solas, sin guardia, y Nora me preguntó, angustiada, cómo podríamos hacer para reconocerte, si te llevaban de allí. No sabíamos qué iba a pasar. Lo único que se nos ocurrió fue hacerte una marca. Entonces en nuestra inocencia, en nuestra ilusión, en nuestra desesperación, te hicimos una agujero en la oreja con una aguja de coser y con un hilo azul. Me tocó hacértelo a mí, porque tu mamá no podía. Era tremendo pero tenía que hacerlo. Te traspasé el lóbulo, con una aguja medio oxidada y después te atamos el hilito como si fuese un aro. Piensen cuál habrá sido el grado de desesperación, que suponíamos, en ese momento, que nadie lo iba a ver, que ese agujerito con el hilo azul iba a ser invisible a los ojos de ellos, que pasarían pocos días y tu mamá te

iba a encontrar. No sé... De cualquier manera no podías pensar en el futuro. Ahí adentro el futuro más lejano era el día siguiente. Tenías que sobrevivir hasta el día siguiente.

No sabes cómo berreaste. Y además nos perseguía la idea de la infección que pudo haberse hecho, al hacer eso sin alcohol, ni otros cuidados. Siempre me quedé pensando en lo que habría pasado con tu oreja.

Mariana no dijo nada. Solamente se levantó el cabello del lado derecho y le mostró su oreja sin lóbulo. Susana le apretó una mano, después le acarició la oreja y sus ojos se llenaron de lágrimas. Pasó un largo rato antes de que pudiera hablar:

—A tu mamá no la volví a ver después de ese momento. Pero quiero que sepas que fue muy valiente. Soportó todo con una dignidad feroz. Y en los peores momentos, antes de que nacieras, repetía hasta el cansancio que vos le ayudabas a soportar la muerte, porque estar ahí adentro era como estar muertos... Y tenía razón...

Susana Olivera se quedó unos instantes con la mirada perdida, y después, regresando al presente, tomó las manos de los chicos y les dijo, mirándolos a los ojos:

—No voy a olvidarme nunca de todos esos años. Es imposible sepultar tanta barbarie, pero siento que, pese a todo, no han podido vencerme. Tal vez nunca volveré a ser completamente feliz, pero seguiré apostándole a la vida y luchando, a mi manera, por un mundo mejor...

Mariana y Pablo se fueron emocionados, llevándose en su memoria la imagen de esa mujer, de casi cuarenta años, acariciándose el vientre prominente, mientras los saludaba con una sonrisa en la puerta del ascensor.

31

Tuvieron que caminar muchas cuadras para sentir que podían insertarse otra vez en el ahora. Caminaron en silencio, cada uno deambulando con su pensamiento por aquellos intrincados caminos del pasado, a los cuales el relato de Susana Olivera los llevó.

Cuando quisieron acordarse en donde estaban, se vieron rodeados por personajes extravagantes que recorrían una plaza atestada de personas que, a juzgar por el aspecto y el idioma que hablaban, eran en su mayoría, turistas extranjeros.

Un anciano engalanado con ropajes verdes y dorados, les sonreía desde lejos. Tenía barba y bigotes blancos, que se confundían con su larguísima cabellera y un casquete del mismo color que su traje, coronando su cabeza. Se detuvieron a observarlo como quien mira el carnaval.

Siguieron caminando, mientras observaban las antigüedades que se amontonaban en los exhibidores, despidiendo su olor a cosa vieja. Mariana se entretuvo con los teléfonos y los abanicos. Pablo con todo

objeto extraño que se cruzara: sifones azules y verdes, cámaras fotográficas con fuelles, gramófonos lustrosos que arrancaban voces cascadas a los discos de pasta.

En un recodo, un caballero de cuento, los saludó con una reverencia y una anciana totalmente cubierta de flores, les dio la bienvenida a la feria de San Telmo.

Recorrieron galerías y casas. En una de ellas, en un cuarto en penumbras al que llegaron por una interminable escalera de hierros enmohecidos, se encontraron con trajes de otros tiempos. El fotógrafo los miraba divertido mientras se probaban sombreros con plumas, levitas, vestidos con miriñaque, trajes de fangueros y guantes de tul.

—Hermosa señorita, ¿no aceptaría a este humilde señor, como esposo? —le dijo Pablo, cuando terminó de vestirse, exagerando la voz.

—Me encantaría, de no ser que usted, de acuerdo a la ropa que lleva puesta, está viviendo treinta años después que yo —le contestó Mariana riendo.

Se sacaron fotos, jugando a ser otros y distorsionando las épocas, como si fuesen los dueños del tiempo.

—Me alegro de que estén aquí, y por lo que veo un poco más tranquilos que unos días atrás. Dentro de un rato llegará Marina. Ella ya se ha reunido con nuestra psicóloga y aparentemente está preparada para el encuentro.

—¿Va a venir ahora? —preguntó Mirta.

—De un momento a otro. Pablo, su novio, la acompañará. Creo que estamos todos muy emocionados, ¿no?

En ese momento sonó el portero y el silencio quedó flotando en el aire como una presencia más, hasta que oyeron el ruido del ascensor y por fin, la puerta se abrió para que entrara Mariana.

Cuando ella apareció fue como si la vida, en un juego macabro les devolviera a Nora por un momento. Pero todos sabían que eso era una ilusión, y la presencia de Mariana o Marina, sólo estaba confirmando el paso del tiempo, y la pérdida definitiva de la esperanza de que Marcos y Nora aparecieran con vida.

Era un sentimiento extraño, confuso.

La primera en recuperarse de la impresión fue Chela, que se adelantó y le dijo, mirándola a los ojos:

—Pónete cómoda. Cuando quieras, podemos empezar a charlar.

Mariana se sentó, mordiéndose los labios. Se sentía ajena, confundida, y con unas ganas terribles de salir corriendo. Pablo le tomó la mano y ejercitó todos los códigos de amor que habían fabricado, sabiendo que en ese momento Mariana lo necesitaba más que nunca. Y fue él, al cabo de un rato, quien rompió el silencio.

—Iba a venir Ismael —dijo Mónica como si estuviese hablando para sí misma.

—Ahora entiendo tus sonrisas misteriosas —le contestó Ana.

—Sí, pero me habló ayer diciéndome que no podrá viajar. Quiere que vuelva.

Las imágenes de ambas se reflejaban en las aguas mansas de la orilla del Ubajay.

Se habían ido a pescar, tratando de acortar la espera angustiada que les provocaba el regreso de los chicos y para no quedarse todo el tiempo pendientes del teléfono.

—¿Te vas a volver a España?

Mónica dejó por un momento la pesca. Se quitó la túnica transparente que cubría su traje de baño y se recostó sobre la arena húmeda con un cigarrillo encendido. Al rato le contestó.

—No he decidido nada todavía. Lo extraño mucho, pero esperaré el regreso de mi hermana, y sobre todo la decisión de Mariana. "

—Marina —la corrigió Ana.

—Mira, esa cuestión es anecdótica, ¿no? La identidad no pasa solamente por el nombre. Le voy a proponer a Mariana que se quede a vivir conmigo. Sin presiones de ningún tipo, como si mi casa fuese una opción neutral.

—La idea me parece buena, pero te confieso que cuanto más lo pienso, más temores tengo de que Mariana se vuelva con ellos.

—Será lo que tiene que ser —dijo Mónica con un suspiro—. Pero espero que la verdad sea más fuerte. Recuerdo que una vez alguien dijo: "Quiero poder disfrutar del paraíso aquí en la Tierra y no sólo cuando me muera". Yo siempre estuve convencida de que junto al paraíso existe el infierno, pero no para los muertos —como han tratado de hacernos creer— sino para los vivos. Lo importante es saber quién es quién para no equivocarte. Espero que Mariana lo sepa.

Hacía más de una hora que habían comenzado a charlar y poco a poco fueron sintiéndose más cómodos.

Nadie mencionó a los apropiadores de Mariana, y ella se los agradecía en secreto.

—¿Hay más fotografías de Marcos y de Nora? —preguntó de pronto.

—Sí, yo traje algunas —dijo Mirta buscando en su cartera—. Mira, éstas son de cuando era más chiquita. Estas son las de la escuela, la de la comunión, la de la fiesta de egresados... Acá está con tu papá, cuando ya eran novios.

Mariana las fue mirando

—¿Y las del casamiento? —preguntó.

Se hizo un silencio.

—Ellos no se alcanzaron a casar —dijo Mirta.

—No alcanzaron, pero tampoco querían hacerlo —aclaró Chela—. Al menos por Iglesia. Tenían otras convicciones.

—No, pero tu mamá me había prometido en una carta que apenas pudieran se iban a casar. Por lo menos les iba a dar la bendición un cura tercermundista. Ella me lo escribió; —y después de un suspiro agregó— Era tan parecida a vos...

Mariana también suspiró, después de un silencio largo que iba tornándose incómodo. Tenía ganas de irse. De estar a solas con Pablo, lejos de tantas miradas que parecían hurgar adentro de ella para saber si era o no era, tan parecida a su madre.

—Para mí no es fácil todo esto —les dijo de pronto—. Necesito que me entiendan. No los conozco, al menos no los conocía hasta hoy. Creo que voy a necesitar mucho tiempo. Tampoco los conocí a ellos y por más que me cuenten cosas o que lea cartas que ellos escribieron, no puedo quererlos, porque no los conocí.

—Yo quería decirte —agregó Carlos—, que si vos quisieras venir a vivir con nosotros, con tus tíos y tus primos, nuestra casa te está esperando desde hace mucho tiempo, desde antes de que siquiera tuviéramos la esperanza de encontrarte alguna vez.

Mariana le pidió ayuda a Pablo con la mirada. Después de un rato agregó:

—Por ahora no se lo que quiero hacer. Necesito tiempo. —Y yo necesito decirte algo muy importante —le dijo Chela—. No sé si puede alcanzarte, si puede servirte, pero quiero que sepas que nunca te abandonamos. Que siempre, desde el primer momento, cuando apenas eras un puntito en la panza de tu mamá, te quisimos y te esperamos. Y durante todos estos años de espanto en que no sabíamos dónde estabas, no dejamos de buscarte. Te buscamos por todas partes, imaginando tu cara. Queríamos engañar al tiempo, soñando que se detenía y que cuando al fin te encontráramos serías aún la nena chiquita que vendría corriendo a nuestros brazos. Pero al tiempo no se lo puede engañar. Creciste. Sos casi una mujer. Y te seguimos queriendo y te vamos a seguir esperando todo el tiempo que necesites hasta que puedas o quieras querernos.

32

Eran los primeros días de febrero cuando Mariana, siguiendo un impulso decidió viajar sola a Rosario, a la casa de Chela.

Desde ese primer encuentro la llamaban casi todos los días, o Carlos o sus abuelas. Ella los atendía con amabilidad un poco forzada, pero no manifestaba deseos de verlos.

Ahora, mientras el taxi la acercaba desde la terminal hasta el barrio en el que vivía su abuela, Mariana estaba arrepentida de no haberlo pensado mejor.

Se bajó un par de cuadras antes, para poder caminar e intentar analizar lo que sentía. Las casas tenían hermosos jardines, y se respiraba un aire de calma muy parecido al de la Villa.

Cuando le abrieron la puerta, pudo reconocer a Chela, que evidentemente la estaba esperando.

El tiempo se les pasó rápido, mientras las dos trataban de rescatar los hechos y los afectos que se les había negado vivir; pero a lo largo de la tarde tuvieron la certeza de que esos años estaban definitivamente perdidos.

Su abuela salió un momento y volvió con una torta de manzanas, y una bolsa repleta de cartas y fotos viejas.

—Esta torta era la preferida de Mareos. Se sentaba ahí, adonde vos estás, porque decía que era el lugar privilegiado para sentir el perfume de los rosales. Y mientras me hablaba de todos sus sueños se comía media torta, con un litro de café. Era Sancho Panza y Don Quijote. Todo en uno.

Después se puso a revolver en la bolsa de recuerdos.

Primero sacó los pañuelos firmados, que les habían enviado desde todas partes del mundo, para una gran marcha, en la que pedían por la aparición con vida de los desaparecidos.

Después, fue sacando las cartas que les enviara Marcos, desde mucho antes —cuando estaban separados debido a los viajes de ellos—, en las cuales él le contaba sus sueños, su militancia, su lucha. Siguieron con las que les envió después de su secuestro, mientras estuvo oculto, hasta llegar a la última, pocos días antes de que desapareciera para siempre. Mariana se puso a leer:

Queridos viejos:

¡VIVO! (haciendo referencia a una pregunta que hiciera mamá en una carta anterior) y me alegro mucho de poder hacerlo. Creo que en esta época no son muchos los que lo hacen, por lo menos con plenitud. Además parece que hay muchos que quieren evitarlo a toda costa. No hay más que mirar para los costados o para arriba. Por aquí las cosas, como de costumbre...

La carta se extendía en más de dos carillas, pero Mariana no podía apartar sus ojos de ese primer párrafo. La palabra "Vivo" le había quedado flotando, tan contradictoria con la realidad. Él deseaba estar vivo, vivir con intensidad, y sin embargo...

Cuando Chela le alcanzó una foto diciéndole que iba a conocer a su padre antes de haberse dejado la barba, tal como estaba cuando le anunció que iba a tener un hijo, Mariana se sorprendió.

Era muy difícil para ella pensar que ese chico sonriente, casi de su misma edad, era su padre. Trató de imaginar cómo sería ahora, de estar vivo y se dio cuenta de que jamás podría recuperar lo irrecuperable.

Chela se quedó en silencio, esperando a Mariana, que no podía salir del círculo encantado de los recuerdos que su abuela le había ido guardando, para que ella intentara reconstruir su historia perdida. La abuela, desde el peso de sus años que parecían haberse multiplicado con el dolor, se preguntaba qué estaría pensando esa joven casi desconocida, que fuera criada entre gentes tan distintas, venerando cultos y costumbres que para ella eran intrascendentes, renegando de muchos de los valores de su hijo. Hoy, cuando parecía que al fin la había recuperado, se daba cuenta de la distancia tan tremenda que las separaba.

Mariana dejó la carta y por primera vez le pidió a su abuela que le contara algo sobre el secuestro de su padre.

Chela comenzó a hablar con voz pausada:

—Todas las historias fueron terribles, pero lo que nos pasó con Marcos fue espantoso... El día en que lo vinieron a buscar él no estaba. Cuando regresó vio los autos y pudo escaparse. Estuvo escondido durante un tiempo en Rincón. Nosotros lo sabíamos porque él se comunicaba por teléfono o por cartas, hasta que lo secuestraron... Después de muchos meses de no tener noticias, nos llaman desde Santa Fe, diciéndonos que lo habían matado en un enfrentamiento. Recién al año de esto nos vuelven a llamar, y nos entregan el cuerpo, pero no nos dan el certificado de defunción, así que, cuando regresamos a Rosario, no pudimos darle sepultura. Entonces nos trajimos el féretro a casa, porque no teníamos donde dejarlo. A los pocos días llega un "señor", vestido todo de negro, diciéndonos que tenía orden de ver el ataúd. Después nos obligó a colocarnos junto a él y se quedó por más de una hora. Antes de irse, nos dijo que regresaría cada quince días para repetir la ceremonia. Y así fue: durante más de un año, cada dos semanas aparecía este "señor" y nos obligaba, a tu abuelo, a tu tío y a mí, a hacer junto a él un simulacro de velatorio, parados alrededor del ataúd.

Mariana la miraba asombrada.

—¿Y para qué hacía eso? —le preguntó.

—Supongo que para atormentarnos, para enloquecernos. Nosotros lo aceptábamos porque teníamos miedo. El nos amenazaba diciéndonos que los organismos de inteligencia nos controlaban, y bueno, teníamos otro hijo y... estábamos aterrados. Pero a medida que pasaba el tiempo empezamos a estar cada vez peor. Imagínate que tu tío terminó por colocar el ataúd en su cuarto, sobre la cama de Marcos... Había pasado casi un año, cuando yo me impuse y casi obligué a tu abuelo a que me acompañase a Santa Fe. El director del cementerio todavía se acordaba de nuestro caso y dijo que, si bien él no podía darnos un certificado de defunción, nos daría un permiso para cremarlo... Fue así como, al regresar a Rosario, pudimos hacerlo y trajimos las cenizas en una pequeña urna que enterramos debajo de uno de los pinos, en el patio de casa. En uno de esos pinos a los que tu papá se subía cuando era chico, riéndose de mi miedo... Después, por supuesto, durante muchos meses

tuvimos que soportar las amenazas y persecuciones del "señor" de traje negro. Nos siguió visitando, mientras otros nos vigilaban en las esquinas y nos perseguían cada vez que salíamos... En fin, fue terrible. Pero no terminó ahí. Porque un tiempo después, telefonean para decirnos que teníamos que ir a reconocer el cuerpo de tu papá, porque lo habían baleado en un enfrentamiento. Pero no era él. Unos días más tarde, alguien nos llamó y nos dijo que Marcos no estaba muerto, que estaba en lista de desaparecidos. Ahí fue cuando tu abuelo empezó a enfermarse. Esperaba que apareciera en cualquier momento, o que alguien llamara para darnos algún dato, o para decirnos adonde estabas vos. Y así, poco a poco, fue enloqueciendo.

Mariana quedó un rato en silencio, tratando de asimilar lo que su abuela le había contado. Después preguntó:

—¿Nunca hablaste con alguien que lo haya visto después de que lo secuestraran?

Chela suspiró y después le dijo:

—No. Nadie vino a contarme nada. Sin embargo, un día me llegó una carta sin firmar, de un muchacho que decía haber estado con él en el Pozo de Banfield. No sé si habrá sido cierto. Hubo gente que inventaba cosas por el simple gozo de fantasear o jugar con el dolor del otro. Me mandó una cadena con una media luna de metal, que dice que Mareos llevaba colgada en el cuello. Yo no recuerdo habérsela visto, pero tampoco podría asegurar que no haya sido así. Según lo que me decía en la carta, Marcos le había contado una historia sobre la media luna, que ya ni recuerdo, algo así como si hubiese sido la alianza de casamiento con Nora. Eso fue lo que me hizo dudar, porque Marcos no era de andar en esas pavadas. Pero, por esas cosas, no la tiré. Debe de andar metida en esta bolsa, enredada con tantos recuerdos...

Mientras Chela la buscaba, Mariana se sacó la que ella llevaba colgada debajo de la remera y se la mostró, justo en el momento en que su abuela sacaba la otra.

—¿Me la regalas? —preguntó Mariana después de explicarle cómo llegó a sus manos la otra media luna.

—Sí, mi amor —le dijo Chela, y por un momento fugaz le pareció sentir que la distancia se había achicado algunos centímetros.

Cuando acompañó a Mariana hasta la puerta de calle no faltaba demasiado para el atardecer. El taxi la estaba esperando. Se llevaba la torta y algunas cartas y fotos que su abuela quiso darle, además del colgante.

Chela se dio vuelta antes de que el coche partiera porque no quería que viera sus lágrimas, pero volvió a acercarse cuando escuchó que Mariana la llamaba.

—No me pidas que te quiera, todavía —le dijo su nieta—. Pero voy a intentarlo.

Pablo la estaba esperando en la terminal y no paró de abrazarla durante un largo rato.

En el trayecto hacia la quinta, mientras las luces de los automóviles apenas iluminaban sus rostros a través de la ventanilla del colectivo, Mariana fue contándole lo que había vivido, entre beso y beso.

Pablo volvió a sentirse más tranquilo, como si la sombra de la duda, del miedo a perderla fuera disminuyendo con el paso que Mariana acababa de dar.

Cuando bajaron del micro y caminaron por las calles de arena, Pablo se animó a decirle que los que decían ser sus padres habían anticipado el regreso y llegarían al día siguiente, a media mañana.

33

Nadie había querido ir al aeropuerto. Mónica se había levantado casi al amanecer y estaba alimentando el horno a leña, para quemar las últimas piezas de la serie.

Mariana y Pablo iban al galope, callados, sobre el camino de las defensas nuevas. Cuando llegaron al bosque se bajaron y ataron las riendas de Espartaco al alambrado para que pudiera gozar de cierta libertad.

—Mariana —le dijo él abrazándola con fuerza—, quiero que nos casemos. Por favor, no te vayas con ellos.

Ella trataba de no llorar.

—No quiero ir con ellos, Pablo, Pero tampoco estoy preparada para casarme. Mónica me propuso vivir con ella, y los demás... Mirta, Chela, Carlos, hasta tu vieja. Pero no sé cómo explicarte lo que me pasa. Me siento terriblemente sola. Yo sé que están todos a mi lado, pero... es como si un terremoto hubiese tumbado mi casa con todo lo que tenía adentro, con mis juguetes de cuando era chica, con los libros de cuentos, con mi bicicleta, con mis patines, con mis viejos, con mis abuelos, hasta conmigo misma. Y de pronto alguien me salva. Estoy afuera de la casa, pero todo está destruido. Hay otras casas, hay otras gentes, hay otros abuelos, hay otros tíos, pero ya nunca más va a ser lo mismo. Y duele. Estoy mirando las ruinas de todo ese terremoto y no sabes cómo duele. Y nadie puede ayudarme.

Pablo la abrazó en silencio.

Mercedes estaba sentada en uno de los sillones de la sala, cuando vio llegar a Mariana.

Pablo la había dejado sola a pedido de ella y ahora cruzaba el parque despacio, deliberadamente, mientras lo saludaba con la mano y una sonrisa triste.

Cuando entró en la casa lo primero que la recibió fue una oleada del perfume de su madre y casi simultáneamente el abrazo apretado, y después el llanto de las dos, que terminó en sollozos ahogados.

Después de un largo rato de llorar abrazadas, Mercedes la miró y comenzó a hablarle.

—Mi amor, chiquitita, cuánto habrás sufrido todo este tiempo, tan lejos de nosotros.

Mariana la miraba en silencio. Ya no lloraba. Trataba de buscar adentro suyo todo el odio que había ido sintiendo desde que se enterara de su adopción, pero —extrañamente— la invadían sentimientos confusos, en los cuales se entremezclaban la bronca y el amor.

En ese momento se sintió la voz de Mauricio desde la habitación. Mercedes se puso de pie y fue a vestirlo, mientras desde allá le decía a Mariana, alzando la voz:

—Ya vamos mi cielo, espera que lo ayude a papá a ponerse lindo para verte.

Mariana tomó fuerzas. Se levantó y buscó la copia de la carta reveladora, que guardaba en su habitación. Se miró en el espejo de su cómoda y salió resuelta a la sala para enfrentarlos y echar por tierra todas sus mentiras.

En ese momento Mercedes salía del cuarto llevando la silla de ruedas. Mauricio parecía su propio abuelo. El cabello que siempre había llevado casi rapado, se veía bastante largo y encanecido, y dejaba al descubierto dos enormes entradas, como si la frente se le hubiese agrandado. Había adelgazado mucho y la piel del rostro le colgaba a los costados de sus mejillas en pliegues gruesos.

Lo que más impresionaba era su mirada. Siempre había sido dura, penetrante, y ahora se veía como ausente, subrayada con enormes ojeras, y al ver a Mariana no paraba de llorar, mientras le decía con voz apagada: "¿Viste lo que me pasó?".

Ella lo abrazó con ternura, como si la nueva imagen de quien siempre le había dicho ser su padre, fuese algún abuelo desprotegido, intentando convocar a los vivos a través de la lástima, al sentirse cerca de la muerte.

No tuvo valor de enfrentarlo. Hubiese sentido que estaba dando el golpe de gracia para acelerar su agonía. Estuvo hablando con él durante un rato y cuando lo notaron muy fatigado la ayudó a Mercedes a llevarlo a la cama.

Cuando regresaron a la sala Mariana le dio la carta. Se quedó observando el rostro de esa mujer a la que, pese a todo, todavía seguía llamando mamá, tratando de buscar en su mente todos los justificativos posibles para poder, al menos, perdonarla.

Cuando Mercedes terminó de leerla, por primera vez en su vida Mariana notó que estaba desesperada.

Estuvieron hasta media tarde encerradas en la sala. Mónica no se atrevió a interrumpirlas y Pablo y Ana aguardaron en su casa, luchando contra la ansiedad y las ganas de acompañarla.

Cuando terminaron de hablar y las dos sintieron que ya no quedaba nada por decir, Mariana lo llamó a Pablo y le pidió que la buscara.

El caballo galopó hasta la vieja fábrica de aceite y Pablo, en medio del silencio que no se atrevía a romper, podía intuir que Mariana ya no era la misma. Algo se había quebrado adentro de ella.

La tomó de las manos y esperó que ella hablara.

—No puedo... No puedo dejarlos ahora, mi amor. Te juro que no puedo.

Después de una pausa siguió, ante la expresión neutra de Pablo, que la escuchaba como si estuviese hablando con un espectro.

—No irme con ellos sería como matarlo y pese a todo lo que me hicieron no puedo hacerlo. El es como si se hubiese vuelto bebé otra vez. No va a volver a caminar y sé que si yo lo abandono ahora se va a dejar morir, es como si lo estuviera condenando a muerte. ¿Me entendés? ¿Podes entenderme?

Pablo no podía hablar. Sólo le dijo que no con la cabeza, y siguió sacudiéndola en un gesto de negación, mientras no podía evitar que le saltaran las lágrimas.

Después dejó de abrazarla y le dio una patada violenta al tronco caído de un eucalipto, mientras gritaba:

—¡Son unos hijos de puta, eso es lo que son!

Mariana esperó que se calmara y agregó:

—Ella me pidió nada más que un poco de tiempo para que lo hablemos los tres apenas él se recupere un poco de la operación. Si no los acompaño vamos a tener que hablar ahora y eso sería como matarlo.

—Te siguen mintiendo. Te siguen envolviendo con su hijaputez para dominarte. ¡No vayas! No puedes olvidarte de todo lo que te hicieron.

—Para todos es muy fácil, pero ¿quién se pone en mi lugar? Fueron mis viejos durante toda mi vida y ahora pretenden que los odie, que me olvide que estuvieron a mi lado todo el tiempo, que los condene, que entienda que son asesinos. ¿Pero me querés decir cómo hago para borrar toda mi vida? ¿Cómo hago para olvidarme para siempre de los besos, de las caricias, de los "te quiero", de las noches de tormenta en que me llevaban a su cama para que no tuviera miedo? ¿Me querés decir cómo hago?

Pablo no pudo contestarle, sólo la abrazó en silencio y lloraron juntos.

34

Mientras el avión iba carreteando Mariana se acordaba del día en que viajaron a Buenos Aires con Pablo, en su cara de susto, en su ternura, en la intimidad cómplice que los unía mientras buscaban la verdad, y se dio cuenta de que ya no tendría paz. Era como si estuviera partida en pedazos y complaciera a quien complaciese ya nunca estaría entera. Sólo tendría que complacerse a sí misma, pero ella estaba demasiado lejos de entenderlo todavía.

Iba sentada en la ventanilla mirando el vacío que se provocaba debajo de sus pies a medida que el avión se elevaba. De tanto en tanto observaba de reojo a Mauricio y a Mercedes, que viajaban a su

lado, sintiendo una infinita lástima por ellos, por ella, por todos. Lástima que fue mezclándose con la bronca, que parecía resurgir con más fuerza a medida que se alejaban.

Habían pasado más de dos meses desde que llegaron al sur. Ya el otoño se anunciaba con su estallido de colores increíbles en el paisaje de postal en que vivían. Hacía mucho frío.

Mauricio había mejorado notablemente y, si bien nunca dejaría la silla de ruedas, su mirada y su carácter iban recuperando la fuerza de otra época.

Mariana había intentado sacar el tema varias veces, pero Mercedes siempre se encargó de aplacarla, diciéndole que esperase un poco más, que aún no era el momento.

Mariana estaba escribiendo una carta y de pronto todo comenzó a molestarle demasiado: la voz de Mercedes, hablándole como si fuese una nena; los llamados imperiosos de Mauricio, para que lo ayudaran a levantarse; las ganas terribles de estar entre los brazos de Pablo; el olor del río y de las islas que —desde sus recuerdos— se filtraba entre la lluvia que golpeaba a su ventana desde hacía varios días; la apariencia de que todo estaba en calma.

Se levantó de su silla y fue directamente a la habitación de Mauricio.

—Quiero que hablemos —le dijo. Y su tono terminante, imperativo, hizo que Mercedes se acercara hasta ellos, con su rostro pálido, tratando inútilmente de acallarla.

Mariana le dio la carta, esperando que él la leyese, pero, contra todo lo que esperaba, él la arrugó dentro de su puño y, mirándola a los ojos le dijo:

—Ya sé de qué se trata. Tu mamá ya me lo dijo. Pero esto no tiene ningún valor. No es más que un papel del pasado y el pasado es mejor olvidarlo.

—Para mí no es el pasado —le gritó Mariana—. Esta carta habla de mí y yo estoy aquí, ahora. ¿Por qué nunca me dijeron que era adoptada?

—Esas son pavadas. Para nosotros sos nuestra hija. Nunca te sentimos como si fueras adoptada. — Pero no soy tu hija.

—Para nosotros y para la ley, sí. Tenemos tu partida de nacimiento en regla.

—Eso sólo es una mentira más. Yo se quiénes fueron mis verdaderos padres.

Mercedes apeló a un último recurso.

—Mañanita, por favor, mi amor... Mira cómo se está poniendo papá. Le va a hacer mal, ya sabes lo que dijo el médico. Vamos a dejar esto para otro momento.

—¡Deja de llamarme Mañanita! Ya no soy una nena, y además ése no es mi nombre.

—;Déjale de decir estupideces! —gritó Mauricio—. ¡Fallaría que ahora digas que tampoco te llamas como le llamas!

—Ustedes me llaman Mariana, pero no es el nombre que eligieron mis verdaderos padres.

—Tus verdaderos padres no existen. Tus padres somos nosotros —agregó Mauricio.

—Dijiste bien. Mis verdaderos padres ya no existen. Están desaparecidos junto a más de treinta mil personas, y vos lo sabes muy bien porque tuviste mucho que ver con eso, ¿no?

—No voy a permitirte que digas eso. No sabes nada de lo que pasó.

—No sabía nada. Porque ustedes siempre me ocultaron todo. Pero ahora sí sé. Y se la verdad por boca de los que estuvieron del otro lado, por los secuestrados, por los torturados, o me vas a decir que eso también es algo sin valor y que es mejor olvidarlo.

Mauricio tenía una palidez cadavérica. La pesadilla que lo despertara tantas noches después de su accidente se había hecho realidad de pronto. Tardó unos largos minutos en recobrar la compostura, y entonces le respondió:

—¿Y qué? Hay tantas verdades como lados. ¿O acaso me vas a decir que les vas a creer a esos bolches hijos de puta antes de creernos a nosotros, que dejamos nuestros mejores años para cuidarle, para que nunca te faltara nada, para darte lo mejor. Los mejores colegios, la mejor ropa, la mejor educación.

—¡Nunca les pedí nada!

—¡No le levantes la voz a tu padre! —gritó Mercedes.

Mauricio usó un tono calmo y pausado cuando volvió a hablarle a Mariana.

—Seguramente los que te contaron todo eso no te hablaron de lo que hicieron ellos por entonces... En aquella época ya no se podía salir a la calle porque no sabías si ibas a volver, a causa de las bombas, de los secuestros, de los asesinatos a sangre fría que realizaban. Las madres no dormían pensando en sus hijos. Había que terminar con todo eso y nosotros fuimos los elegidos. Nos investía el derecho y el deber de hacerlo. Ellos no eran nenes de pecho como pretenden mostrarlos. No te engañes. Eran guerrilleros, subversivos, y había que devolverle la paz al país. Aquello era una guerra.

—Leí muchas cosas sobre esa época y no es como vos lo contás. Decir que fue una guerra es una excusa para justificar todas las monstruosidades que hicieron —lo interrumpió Mariana.

—Como en toda guerra —siguió él como si no la hubiese escuchado—, hubo algunos excesos. No voy a negarlo. Pero devolverle la paz al país era lo más importante, había que terminar con el terrorismo.

—Mejor decí que ustedes implementaron el terrorismo. ¿O cómo llamarías a todas las barbaridades que hicieron? Se creyeron dioses, creyeron que tenían el poder y el permiso de hacer desaparecer a las personas a su antojo y de quedarse con el botín: nosotros. Podes decir lo que quieras, como hiciste siempre. Pero ya no soy una nena. Ahora puedo buscarla verdad por mí misma... Si no hubiera sido así, no hubiesen tenido necesidad de ocultar nada.

—Nadie ocultó nada. Te contaron la verdad, pero te la contaron mal, mi amor —siguió Mauricio tratando de contener su ira—. Te la contaron los resentidos, los perdedores...

—¿Y éste también es un perdedor? —preguntó Mariana arrojando un recorte de diario sobre la cama—. Este hombre estaba en la Marina con vos, y ahora habla porque no puede más con su conciencia. ¿Me querés hacer creer que esto también es una mentira? ¿O me vas a decir que tirar personas con vida al mar, era necesario para devolverle la paz al país? Te convendría leerlo, a ver si no se te despierta un poco el arrepentimiento.

—¿De dónde sacaste esa basura? —preguntó Mercedes con un hilo de voz.

—La basura es lo que hicieron ustedes.

Las palabras de Mariana, cargadas de dolor, los golpeó más que cualquier insulto, pero trataron de sobreponerse.

—No tenes derecho a juzgarnos —le dijo Mauricio—. Actuamos como debíamos. Era la única forma de terminar con la violencia de esos tiempos. De cualquier manera eso ya pasó Mariana. El pasado no puede modificarse. La vida quiso que fuésemos tus padres y creo que intentamos hacerlo lo mejor que pudimos. ¿Adonde vas a estar mejor que aquí?

Mariana no pudo contestarles.

Eran los últimos días del mes de mayo y Pablo estaba sentado frente a la ventana, observando cómo la llovizna desdibujaba el paisaje.

El otoño siempre le había parecido triste.

En el cielo gris podían verse las hojas de los plátanos que, arrastradas por el viento, se asemejaban a pájaros perdidos.

Un poco más alias se distinguían las ramas del Ybirá-Puitá que hacía muchas semanas había perdido sus corolas amarillas.

Intentaba concentrarse en lo que estaba leyendo, pero su mente se resistía, aferrándose a los recuerdos del verano.

La extrañaba. Sus dos últimas cartas no habían tenido respuesta y pensaba que tal vez Mariana se había dejado envolver en la gruesa telaraña y ya no quería ni siquiera escucharlo, por temor a dejarse convencer.

Hacía un rato que Mercedes y Mauricio daban vueltas en la cama, rumiando en voz alta las palabras que creían más adecuadas para decirle a Mariana apenas despertara.

—Lo va a entender, ya vas a ver —trató de calmarlo Mercedes—. Es joven, impulsiva, pero lo va a entender...

—Fuimos unos idiotas. Hubiéramos tenido que ganarles de mano y contarle lo que pasó antes de que se enterara sola —le dijo él.

—Anda a saber cómo se lo dijeron...

—Nos hubiéramos tenido que ir del país como hicieron muchos —agregó Mauricio—. Siempre te lo decía... Quisiera saber de dónde sacó ese diario. A ese traidor se le ocurrió justo ahora descargar su conciencia y romper el pacto de silencio.

—No te pongas tan mal. Yo creo que lo mejor va a ser no tocar el tema por un tiempo, dejarla que salga para que se divierta y poco a poco se le va a pasar, quédate tranquilo. No van a tener más fuerza ellos que nosotros, que fuimos durante todos estos años su familia.

Faltaban pocos minutos para el mediodía cuando Mercedes entró en la habitación de Mariana, con la bandeja del desayuno y la mejor de sus sonrisas.

—Vamos, chiquita. A levantarse que hoy es otro día...

Dejó la bandeja, corrió las cortinas y se sentó sobre la cama. Recién cuando quitó el cubrecamas para despertarla se dio cuenta de que sólo había una almohada.

Se puso a llamar a Mauricio con gritos histéricos, olvidando por un momento que el ya no podía caminar.

Al rato entró en la habitación donde estaba su esposo y, con la cara desencajada, se puso a leer la nota que temblaba entre sus manos:

No intenten buscarme porque no voy a volver.

Cuando ustedes estén leyendo esta carta hará más de una hora que el avión estará acortando la distancia con Santa Fe.

Les advierto que tengo las pruebas suficientes como para enviarlos a la cárcel, y un montón de gente que me apoya y me quiere bien. No se atrevan a buscarme.

Ustedes están enfermos. Los dos. No hay otra forma de entender lo que han hecho conmigo, mientras afirman que me quieren de verdad.

Durante todos estos meses traté de buscar adentro y afuera de mí, los datos necesarios para no equivocarme y al fin encontré la respuesta.

"Todos los días que te lleve saber cómo esto fue, te servirán para ser en otro tiempo, algo más libre". .Esto lo dijo León Gieco, y les aseguro que es así, porque a mí me sirvió.

Mi verdadera mamá estaba en la ESMA y seguramente terminó en el fondo del mar, como tantos otros. No sé cómo pudieron dormir durante todos estos años, ni tampoco cómo podrán hacerlo de aquí en más.

Nada de lo que digan podrá justificarlos. Nunca.

~~MARIANA~~ MARINA

Cuando Pablo la vio entrar se levantó despacio y quedaron uno frente al otro, mirándose sin hablar. Pasaron varios minutos antes de que se atrevieran a abrazarse. Recién cuando pudieron sentir el contacto de su piel y volvieron a inventar los besos, se convencieron de que no estaban soñando.

Afuera el otoño seguía arrancándole hojas a los árboles. Adentro, el resplandor de un leño en el hogar iluminaba sus cuerpos abrazados.

Sabían que no sería fácil. Pero estaban juntos y se amaban. Y los dos sentían que era el momento de comenzar a construir un tiempo nuevo. El tiempo de detener el tren agonizante y comenzar al fin, a cruzar la noche.

FIN

